



PAULA GALLEGO

Imperfecta Armonía

Imperfecta Armonía

PAULA GALLEGO

© Todos los derechos reservados

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Título: *Imperfecta Armonía*

© Paula Gallego

Mayo 2015

Diseño de portada: Alexia Jorques

Edición y maquetación: Alexia Jorques

<http://infoalexiajorques.wix.com/alexiajorques>

info.alexiajorques@gmail.com

*Con todo mi cariño, a mis abuelos,
Tomasita y Eloy. A Leo y a Ima.*

ÍNDICE



[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Epílogo](#)

[AGRADECIMIENTOS](#)

[PAULA GALLEGO](#)

Capítulo 1



Grité. Pero nadie escuchaba. Aunque estaba sola en casa y nadie me oiría, mi alma gritaba por dentro, sin atreverse a levantar la voz.

Sabía qué era aquello. Sabía que si mi interior desataba todo lo que había guardado esos meses, estaría algo más en paz y no tendría ni que plantearme lo que me disponía a hacer en esos instantes.

Pero esa era la única forma que tenía de desahogarme. Y por eso me encerré en el baño, me senté en el suelo de mármol y vacilé con la cuchilla sobre mi piel unos segundos para, después, cortarme.

Y ahí estaba. La sangre, la liberación. Ya me sentía mejor.

No era ingenua. Había leído sobre ello. Sobre los “cutters”; gente que se autolesiona, que generalmente se corta, buscando una forma de expresar lo que no puede decir con palabras. Sé por qué lo hacía. Sé que el subidón que experimentaba justo antes de cortarme, y la descarga de tensión después, el alivio, eran lo que me llevaban a hacerlo una y otra vez. Era mi droga, mi adicción. Y era completamente consciente de ello.

Pero no tenía intención de parar.

No era una suicida, ni una persona que quisiera llamar la atención. Si la gente lo supiera, habría dicho que estoy enferma. La mayoría no lo entendería, es “insano”. Pero, para mí, en cambio, era la única forma de mantenerme mentalmente “sana”. Si no pudiera cortarme, me habría derrumbado hace mucho tiempo.

Me levanté despacio, y limpié la sangre y la cuchilla. Me la metí al bolsillo, bajé las mangas de mi camiseta y volví a mi cuarto, para esconderla en el cajón de los calcetines.

Mi tía Beatrice no suele fisgar. De hecho, no creo que entre nunca en mi habitación. Pasa mucho tiempo fuera de casa, y yo me encargo de hacer mi propia colada y de mantener ordenado mi cuarto; no soporto el desorden.

Me acerqué al tocador. Y una chica paliducha de dieciséis años me devolvió la mirada desde unos ojos azules y cansados. Frente al espejo había un cepillo y a su lado un botecito con pastillas.

Es triste que a mi edad estuviera tomando antidepresivos. Pero me consolaba la idea de que podría ser peor. Si mi tía o mi psicólogo se enterasen en algún momento de que me cortaba... Bueno, me imagino que los antidepresivos habrían sido el menor de mis males.

Guardé la cuchilla que llevaba en el bolsillo, cogí una de las pastillitas, y me aseguré de que eran las cuatro de la tarde. Cerré los ojos y la tragué sin pensar. Después me arrepentí de no tener cerca un vaso de agua, pero ya era tarde. Aun así, con un desagradable regusto en la garganta, bajé al piso de abajo a por uno.

Miré mi muñeca desnuda. Allí, hacía tan solo una hora, había estado mi querida pulsera azul; la que me regaló mi madre por mi noveno cumpleaños. Y su pérdida, en parte, era una de las cosas por las que estaba triste aquel día.

Mi tía Beatrice me había regalado una blusa de una de aquellas tiendecitas autónomas del centro, esas demasiado pobres como para asentarse en la Gran Avenida, pero que se encuentran a tan solo unas calles de distancia de esta.

No me quedaba bien, y tenía que ir a descambrarla. Tendría que haber ido con mi tía, porque odio ir de compras sola. De hecho, odio cualquier actividad que implique salir sola de casa. Pero el caso es que la tienda cerraba pronto y era el último día para descambiar la prenda. Mi tía estaba trabajando y tenía que acercarme yo sola. Y además de la vergüenza que pasé diciéndole al dependiente que la mayoría de la ropa que me enseñaba no me gustaba, había perdido mi pulsera azul.

No es que fuera algo irremplazable. Hacía mucho que no me la ponía, pero últimamente me gustaba llevarla conmigo. Ahora ya no podría hacerlo.

Dentro de la tienda había estado jugueteando con ella, y seguramente la había perdido en un descuido.

Suspiré, resignada, y enfilé las escaleras. Cuando subí, me quedé paralizada en la puerta de mi cuarto. Dejé caer el vaso y se hizo añicos sobre el suelo de madera.

Delante de mí, y al otro lado de la habitación, había un chico mirando distraído por la ventana. Con unos dedos delgados y alargados retiraba cuidadosamente la cortina, con la vista fija en la calle otoñal.

Era alto y moreno. Llevaba unos vaqueros ajustados, y una camiseta negra con la que se le marcaban los bíceps.

Me quedé sin respiración, y me recordé a mí misma que lo impactante no era su físico, sino que se hubiese colado en casa. Sacudí la cabeza para reponerme y entonces caí en la cuenta de que podría ser peligroso. Pero me daba miedo moverme, mi tía aún tardaría en llegar. Además, si intentaba salir corriendo puede que me alcanzara; a lo mejor resultaba ser rápido. Bueno, más rápido que yo seguro.

Me decanté por el plan B.

—¿Quién diablos eres tú y qué haces aquí?

—Eso me preguntaba yo. —Su voz era suave, pero grave.

—¿Quién eres?

—Me llamo Jack.

—Muy bien, Jack... ¿Y qué se supone que haces en mi casa?

—Ya te he dicho que no lo sé.

Entonces oí que se abría la puerta del piso de abajo. Escuché el típico repiqueteo del llavero de mi tía y me relajé un tanto. Ella sabría qué hacer. No parecía un tipo peligroso, pero aun así podría ser alguien desequilibrado. Volví a darle un repaso; no parecía un loco.

—¡Beatrice! —Grité sin apartar la mirada del extraño que había irrumpido en mi cuarto. Esperé. —¡Beatrice, date prisa!

—Ya voy, ya voy.

Sus tacones resonaron en el entarimado de madera. Por fin, tras unos interminables segundos en los que imaginé cómo el guapo y pacífico Jack se convertía en Jack el destripador y nos mataba a las dos, Beatrice llegó a mi lado.

La miré a ella y, después, al frente. Ella siguió mi mirada. Bien. No parecía asustada. ¿Tal

vez lo conocía? ¿Estaría haciendo el ridículo?

—¿Pero qué has hecho?! —Exclamó. —¿Te encuentras bien? —Miró al vaso hecho pedazos en el suelo y luego me miró a mí.

—Beatrice... —Susurré, alzando la mano hacia el desconocido. Pero ella se me adelantó, y caminó hacia él con paso seguro y firme.

—¿Por qué tienes esto a oscuras? ¡Por eso se te ha caído el vaso, porque no veías nada! — Dijo, mientras se dirigía a la ventana, hacia donde estaba Jack y... y pasó por delante de él. Por su lado, sin inmutarse siquiera. Incluso pude ver cómo rozaba su brazo sin que se dignara a levantar la cabeza hacia él; como si no lo hubiera visto.

Ahogué un grito y me quedé con la boca abierta. Mi tía volvió a mi lado y me dijo que iría a por una escoba. Yo asentí, sin apartar la mirada del desconocido que se encogía de hombros como si la cosa no fuera con él.

Instintivamente, miré hacia el bote de pastillas del tocador. Y entonces caí en la cuenta de que me había vuelto rematadamente loca. Era oficial. La señorita Mel estaba peor que una cabra.

Capítulo 2



Caí derrotada sobre la cama. Tenía dos opciones: me lo callaba, o lo contaba. Ambas incluían cosas buenas y cosas no tan buenas que me preocupan más. Si hablaba, era probable que me medicasen aún más, que doblasen las sesiones del psicólogo y, probablemente, que descubriesen lo que hacía con mi cuerpo... Y, con un poco de mala suerte, quizá me internasen en algún centro. Pero si no lo decía... Bueno, lo único que estaba en juego era mi propia salud mental.

Jack cotilleaba, curioso, cada rincón de la habitación mientras yo iba acostumbrándome a mi locura con la cara enterrada entre las manos. Estaba en shock.

Después de un rato, en el que ninguno habló, me decidí a romper el hielo.

—Jack. —Pronuncié, con prudencia. —¿Qué haces aquí?

—Dímelo tú. —Dijo mientras jugueteaba con el marco de una foto.

—Oh. Así que... ¿Quién eres en realidad? ¿Un espíritu o un ángel que quiere que descubra por mi cuenta por qué necesito su ayuda?

—No. —Negó con la cabeza. —Cuando te he dicho que me lo dijeras tú, era exactamente porque creía que tú lo sabrías mejor que yo. No tengo ni idea de qué hago aquí. Solo sé que me has traído tú.

—Ajá... —Murmuré con cansancio, sintiéndome ridícula por seguirle la corriente a un producto de mi imaginación, de mi mente. —¿Y quién eres exactamente?

—Soy Jack.

—¿Jack qué más?

—Solo Jack.

Me dejé caer en el colchón. Madre mía, ¡estaba hablando con alguien que no existía! Tras unos segundos de absoluta desesperación, me incorporé y crucé el pasillo que separaba mi cuarto del baño.

Lo acabas de hacer. No, no lo hagas. Lo acabas de hacer. Lo acabas de hacer. Lo acabas de hacer... —Me repetí, una y otra vez, delante del espejo. Pero no tenía fuerza de voluntad. Busqué una cuchilla de depilar, pues no quería que mi nuevo amigo Jack viese cómo sacaba mi cuchilla especial del cajón de los calcetines, y la hice vacilar sobre la piel de mi brazo.

Lo acabas de hacer. Otra vez no... —Gritó alguien desde algún rincón de mi interior. Pero nadie le escuchó, porque los gritos de mi alma afligida amortiguaron el sonido. Y en mi cabeza solo podía pensar en la gloriosa sensación que vendría después de hacerlo. Derramé un hilillo de sangre. No mucha, la suficiente para sentirme más serena.

Limpié todo concienzudamente y volví a mi cuarto, donde me esperaba mi nuevo trastorno. Pasé a su lado sin prestarle atención y me pregunté qué debía hacer. Tenía que distraerme hasta la hora de la cena. Pero solo pensar en ver los programas que retransmitían a esas horas en la tele...

me ponía enferma.

Tampoco quería salir. En esos instantes, no me apetecería ver a nadie. Y, aunque quisiera, ¿con quién podría quedar? Seamos sinceros, solo tenía una amiga y casi siempre estaba ocupada. Pero ese no era el mayor de mis problemas en aquel momento.

El mayor de mis problemas medía más de uno ochenta, era moreno y tenía una sonrisa de infarto. Ojalá pudiera decir que solo era la típica chica colada por el bombón de clase. Ojalá. Pero no era así.

Cogí un libro y bajé al salón. Por algún motivo, me daba reparo quedarme a solas con él. Me tiré en el sofá y escuché a Beatrice mover cacharros en la cocina. Eso me relajó.

Sin embargo, al cabo de unos minutos, oí cómo Jack bajaba las escaleras y se acercaba a mí.

—¿Tú quién eres? —Me dijo, como si fuera él el sorprendido.

No le contesté, volví a distraerme con la lectura y procuré no prestarle atención.

—Dime al menos cómo te llamas. Yo te he dicho mi nombre.

Hice como que no le escuchaba.

—¡Eh, vamos! —Me chilló.

—¡No grites, trato de leer! —Le espeté, malhumorada.

—¿Dices algo, Mel? —Oí la voz de mi tía desde la cocina.

—No... Nada. —Le dije, consciente de que acababa de gritarle a mi propia imaginación.

Volví a mi habitación atropelladamente y me encerré dentro.

—No me hables en público. —Le pedí a Jack.

—Entonces préstame un poco de atención cuando estemos a solas. —Alzó una ceja. Sacudí la cabeza. No podía creer lo que estaba pasando.

—Escúchame. —Le dije, señalándolo con el dedo. —No pienso hablarte, ni mirarte, ni prestarte atención. Estás en mi cabeza, y cuando deje de pensar en ti, te irás.

Entonces tomé una decisión. Haría como si todo fuera normal. Jack podía ser un efecto secundario de los antidepresivos. Seguramente, si dejaba de pensar en él, se acabaría yendo. Desaparecería sin más, igual que apareció...

—Bueno. —Me dijo él. —Supongamos que soy producto de tu imaginación. ¿Entonces qué tiene de malo que me hables? Es decir, de momento no supongo nada malo para ti; así que, ¿por qué no me das algo de conversación? —Me guiñó un ojo y me llevé las manos a la cabeza, entre desesperada y abatida.

La cena fue horrible. Intenté no prestar atención a Jack. Pero estaba ahí, interviniendo una y otra vez. Yo trataba de hablar con Beatrice, pero él me lo impedía. No dejaba de escuchar el eco constante de su voz, molestándome.

Mi tía notó que me pasaba algo, tal vez porque no era capaz de decir más de dos frases seguidas o porque resoplaba cada dos segundos. Pero le dije que estaba agobiada por unos deberes que tenía que acabar para el día siguiente, y me dejó marchar a mi cuarto ofreciéndose a recoger ella la mesa.

—Está bien. —Le dije a Jack cuando nos quedamos a solas. —Te hablaré. —Forcé una sonrisa. —Al fin y al cabo, tenerte puede ser divertido. Nunca estaré sola.

—Nos vamos entendiendo, Mel. Te llamas Mel, ¿verdad?

—Sí.

—¿Mel de Melissa? ¿Melinda, tal vez?

—Mel de Mel. —Zanjé. Me dirigí al armario y saqué la mochila del instituto. Miré el horario en la agenda y empecé a meter libros en ella.

—Vaya, vaya. —Sacó un libro que acababa de meter. —¿Así que mañana nos vamos al instituto?

Me giré hacia él, esperanzada.

—¿Te importaría quedarte en casa? Te prometo que al llegar te daré conversación. —Me mordí los labios, deseando que funcionara.

—Lo siento, pero estoy ligado a ti.

—¿Qué quieres decir con eso de “ligado”?

—Que me siento atraído por ti en todo momento. —Soltó una risotada, clara y algo grave. —Me refiero a que algo me empuja a mantenerme cerca de ti.

—Lástima. —Cogí un libro y me quedé unos instantes parada frente a la cama. Pensé en leer hasta que me entrara el sueño. Pero llevaba mucho tiempo sin dormir bien, y lo cierto era que me sentía agotada.

Tal vez, si consiguiera dormir bien Jack desaparecía de mi mente. Dejé el libro en su sitio y encendí la luz de la mesita de noche antes de apagar la lámpara del techo. Me asomé por la puerta de mi cuarto y le grité a Beatrice, que veía la tele en el salón, que me iba a acostar.

Dejé que las sábanas me engulleran y apagué la luz.

—Eh, ¿vas a dormir?

—Voy a intentarlo.

—¿Y yo qué? —Jack me miraba, expectante.

—Puedes dormir también. —Le propuse.

—¿Dónde?

—¡Oh, vamos! —Casi grité, encendiendo de nuevo la luz. Jack estaba junto a la ventana. Con las manos en los bolsillos de sus vaqueros y expresión divertida. —¿No puedes dormir de pie?

—¿Tú sí? —Se hizo el sorprendido y alzó mucho una ceja.

—Yo no soy producto de la imaginación de alguien.

—Ouch. —Se llevó una mano al pecho, fingiendo estar dolido. —Pero todavía no puedes afirmar eso, no estás segura de que sea producto de tu mente.

—¿Puedes demostrarme lo contrario?

—Ni siquiera yo sé por qué estoy aquí.

—Entonces no hay más que hablar. Eres una alucinación. ¡Desaparece!

Sacudí la cabeza, ignorando mi comentario.

—¿Y bien? ¿Dónde duermo?

—Mañana ya pensaré en algo. De momento, puedes dormir en el suelo. —Volví a acostarme. —Tienes algunas mantas en el armario. Búscalas.

Jack se dirigió al lugar que le había indicado, algo resignado; pero obediente. Y encontró las mantas de las que hablaba. Tumbó varias en el suelo, a modo de colchón, y apretujó una para usarla de almohada. Se echó la restante por encima y suspiró.

—Es muy temprano. No creo que pueda dormir.

—Inténtalo.

—Hasta mañana, Mel.

—Hasta mañana.

Cerré los ojos. ¿Realmente acababa de darle las buenas noches a un ser imaginario? ¡Madre mía!

Capítulo 3



Me había costado dormir. Escuchaba silbar al viento a través de la ventana, oía la televisión del salón e incluso el agua corriendo por las cañerías.

Me moría de sueño, era una sensación horrible. Aun así, no fui capaz de pegar ojo hasta bien entrada la noche.

Al día siguiente me levanté temprano. Como siempre, por la mañana mi reflejo en el espejo no mostraba mi mejor cara. Lo disimulé como pude, pero no existen los milagros. Me di una ducha y me vestí, escogiendo con cuidado una camiseta de manga larga y deseando que no hiciera mucho calor en clase. Al volver a mi cuarto para hacer la cama, encontré unas mantas tiradas en el suelo.

Veía la noche anterior algo borrosa. Al parecer, dormir, aunque poco, me había hecho bien. Y aquel delirio del chico guapo era agua pasada. Me agaché para recoger las mantas, y me volví al escuchar un bostezo.

Solté un grito de pánico y asusté a un dormido Jack incluso más de lo que lo estaba yo.

—No te has ido. —Sollocé.

—Mmm... No. Parece que no.

—Esto es de locos.

Jack se encogió de hombros.

—Ayer parecías haber aceptado que iba a quedarme contigo.

—Me autoconvencía. Pensaba que desaparecerías.

—Siento decepcionarte. —Me miró de cerca y, por primera vez, me di cuenta de que tenía los ojos verdes; verdes, grandes y luminosos. Asentí para mis adentros: para ser una alucinación, mi cabeza le estaba dedicando toda clase de detalles.

Suspiré y reprimí las ganas de llorar. Aquello era demasiado. Me contuve, hice la cama respondiendo brevemente a las preguntas que Jack me hacía y bajé a desayunar. Mi tía se había marchado hacía un rato, y me alegré de que no estuviera en casa, porque no tenía apetito. Ojeé el frigorífico y acabé decidiendo marcharme con un bollo para el almuerzo.

Salí de casa desganada y recorrí el vecindario incorporándome a la calle principal. Jack me hacía observaciones, pero no esperaba que le respondiera. Sabía que, estando en la calle, no podía hacerlo.

Llegué en quince minutos. Sonó la sirena de clase, y crucé la puerta principal junto con varias decenas de chavales gritones y alterados. Entré en clase, dispuesta a enfrentarme al mismo infierno de todos los días. Y ahí estaban; nada más verme, Lucie y Keyla me miraron de arriba abajo con descaro.

Miré a mi lado. Jack no estaba. Seguí caminado.

Nos sentábamos de dos en dos. Ocupé mi asiento y, por el rabillo del ojo, vi que escribían algo en un papel, entre risas. Me hice la loca y miré la puerta. Sophie aún no había llegado. Era mi

compañera y única amiga. Nos habíamos conocido hacía un año, se acababa de mudar y congeniamos sin que a ella le importase lo más mínimo lo que los demás opinasen de mí.

Me di cuenta de que Lucie y Keyla pasaban una nota a las de la mesa de atrás, y estas la abrían, me miraban y rompían a reír. Acto seguido la doblaron, la pasaron a la siguiente mesa, y dos chicos repitieron lo mismo.

Fingí que no me percataba del revuelo que estaba causando esa nota que, a todas luces, decía algo grotesco sobre mí.

Si Sophie no llegaba pronto, me moriría. Saqué el cuaderno y el libro de biología e hice como que anotaba algo; no podía quedarme quieta fingiendo no darme cuenta de lo que pasaba. Por lo menos, tenía que hacer algo.

Entonces la puerta de la clase se cerró, y el profesor caminó hasta su escritorio. Dejé caer la cabeza entre las manos y procuré que el cabello negro me ocultara el rostro. Me esperaban seis largas horas de clase sin Sophie. Y, además, la mañana no había empezado precisamente bien.

En el descanso, saqué el móvil de la mochila y le escribí un mensaje. Diez minutos después, recibí su respuesta.

“Tengo fiebre, esta mañana no iré a clase. ¿Todo va bien? Besos.”

No, nada iba bien. Me recosté en el asiento, mirando al frente. Me sentaba en primera fila y delante de mí estaba la pizarra. Entonces reparé en una figura junto a la puerta y advertí que se trataba de Jack. Cerré los ojos con fuerza, como si así al abrirlos fuera a desaparecer, y volví a mirarle. Él me sonreía con los brazos cruzados ante el pecho.

Al parecer, debí de quedarme demasiado tiempo mirándole. O, a los ojos de los demás, mirando a la nada... pues oí a Lucie decir algo como “boba” e “ida” y al séquito que tenía a su alrededor reír su ocurrencia.

El resto del día lo pasé sumida en un creciente desasosiego. Cada vez que el profesor buscaba en la lista para preguntar a alguien me sentía horriblemente tensa. Deseaba y rogaba con toda mi alma que no me preguntase nada. No importaba si conocía o no la respuesta. Dijera lo que dijese, fuera acertado o no, todos se reirían o me criticarían. Si acertaba, por engreída y, si fallaba, por tonta.

A esas alturas, todo aquello no debería importarme. Pero todavía dolía. No siempre fue así. Durante un tiempo fui una alumna más. El año que cambié de centro porque tuve que mudarme con mi tía, empezaron las burlas, las risas y los insultos.

Conseguí pasar desapercibida hasta la última clase. No quedaba más de media hora para que pudiese volver a casa y descansar. Pero el profesor me hizo una pregunta y me vi entre la espada y la pared. Hablar o callar. Sabía la respuesta.

Me miró apremiante, aburrido. Yo le devolví la mirada y me mordí el labio inferior.

—Esperamos una respuesta. —Me dijo, intentando parecer amable.

Lucie soltó una risotada nada disimulada y el profesor la mandó callar.

—No lo sé. —Dije simplemente, y todos empezaron a hablar por lo bajo.

Agaché la cabeza hacia el libro, para que no siguiera insistiendo y preguntó a otro. Él tampoco había sido capaz de responder, pero todo quedó ahí. Los dos habíamos reaccionado de la misma manera. Pero él se iría tranquilo a casa, yo no.

Durante el camino de vuelta Jack no habló, cosa que me sorprendió. Llegamos pronto y subí directamente a mi cuarto. Tiré la mochila sobre la cama y entré en el baño antes de que él subiera las escaleras.

Me apoyé en la puerta y cerré los ojos con fuerza. Tenía ganas de llorar, de pegar puñetazos a

la pared y de dormir. Dormir, desaparecer, y olvidarme de todo.

Cogí aire y volví a mi habitación. Jack estaba de pie, mirando por la ventana. Se giró para observarme, pero yo no le miré. Busqué rápidamente la cuchilla en el cajón de los calcetines y me la metí debajo de la manga.

Me pregunté a mí misma por qué le ocultaba aquello a mi imaginación. Pero no le di muchas vueltas. No quería que nadie lo supiera y punto; fuera real o no.

Volví a meterme en el baño y eché el cerrojo. Me senté en el suelo y levanté la manga izquierda de mi camiseta. La herida del día anterior aún estaba allí, brillante donde todavía no había salido la postilla. Subí un poco más arriba, hasta la zona media del antebrazo e hice ahí el corte.

La sangre brotó, se formaron pompas donde la incisión fue más profunda y sentí punzadas en los nervios. Un dolor agudo, y algo de escozor.

Volví a coger aire cuando la hoja metálica se separó de mi piel y suspiré. Me tomé mi tiempo para eliminar cualquier rastro que delatara lo que había estado haciendo y regresé a mi cuarto.

—¿Todos los días son así?

—¿Qué? ¿A qué te refieres?

—En el instituto.

—No quiero hablar de eso. —Respondí, fría.

—Yo tampoco, Mel. —Dijo él. —Pero no me das otro tema de conversación y soy bastante curioso. —Rió. —Es gracioso. Realmente no sé quién soy pero sí que sé cómo soy.

—¿Y cómo eres? —Nada más formular la pregunta me arrepentí de haberlo hecho. Me giré en redondo y salí del cuarto para bajar al salón. Tuve la esperanza de que Jack no me siguiera, pero ahí estaba él, bajando las escaleras en pos de mí.

—Soy amigable y me socializo con facilidad. Si fuera a un instituto probablemente sería todo lo contrario a ti.

Pasé por alto ese comentario tan hiriente y me dije a mí misma que solo era mi subconsciente, castigándome. Abrí el frigorífico y no encontré gran cosa. Dejé que saliera el frío durante unos instantes más y después cerré la puerta, para decidirme sobre qué comer.

—También soy observador y tengo labia. Soy algo perezoso, pero por lo general me obligo a mantenerme activo. —Levantó uno de los brazos, mostrándome cómo la camiseta se ceñía al bíceps. —Se nota, ¿verdad?

Sacudí la cabeza.

—¿Todo eso son cosas que supones o que recuerdas?

—Son cosas que de alguna manera recuerdo. Pero no sé de qué.

—Puede que estés muerto y que debas ir hacia la luz o algo así. —Solté, volviendo a abrir la puerta del frigorífico y sacando unos macarrones del día anterior.

—No. —Movié la mano. —No me siento muerto. Lo cierto es que no me preocupa demasiado lo que hago aquí. —Se acercó a mí y vigiló de cerca lo que hacía. Me vio coger un plato, echar algo de pasta y sentarme con él delante de la televisión.

Jack se dejó caer en el otro extremo del sofá y estiró las piernas hacia mí.

—Si eres parte de mi imaginación, me perteneces. —Dije.

Jack alzó las manos, en fingido gesto defensivo y con ojillos de recién levantado.

—Puedo decidir sobre ti, porque eres mío.

—¡Eh, eh! —Movié las manos hacia delante y hacia atrás.

—Puedo hacer contigo lo que quiera.

La expresión de su cara cambió. Se incorporó y se acarició el mentón con los dedos, sugestivo.

—Ahora te escucho. Creo que tengo una idea sobre lo que quieres hacer conmigo —Alzó las cejas, divertido.

Ignoré ese comentario.

—En realidad, soy como tú. La única diferencia es que nadie puede verme. A excepción de ti, claro. No sé por qué.

—Pero eres parte de mi imaginación.

—No lo creo. Pienso y actúo por mí mismo.

—Entonces esto puede ser más aburrido de lo que esperaba. —Me dejé caer en el sofá, arrugando la frente.

—¿Por qué no salimos y me enseñas los alrededores?

Le obsequié con un no rotundo. Nunca salía sola, si podía evitarlo. Y no iba a hacerlo para enseñarle el barrio a un ser “etéreo”. La última vez que había salido sola, además, había sido para descambiar aquella dichosa blusa, y había perdido mi pulsera azul.

Suspiré, miré al frente y me topé con una de las novelas que estaba releendo. La cogí de la mesita y la abrí por la página marcada.

Como Jack seguía aburrido, me quitó el libro de entre las manos. Fui a gritarle pero entonces me di cuenta de algo: nuestros dedos se habían rozado al intentar arrebatármelo, y yo lo había sentido.

—¿Tú también lo has notado?

Asentí, boquiabierta.

No había sido un contacto normal, como cuando tocas a una persona o a un objeto. Había sido algo... menos físico. Un cosquilleo que iba más allá de la superficie de la piel, pero que recorría todas las fibras de tu cuerpo.

Jack alargó la mano y me pasó el pulgar por la muñeca. Y ahí estaba, ese contacto irreal pero palpable. Y, de alguna manera, cálido.

El resto de la tarde fue mucho menos aburrida de lo que me esperaba. Jack se había plantado en medio de la calle, esperando a que pasara alguien. Mientras, yo le veía desde la ventana.

Por fin, apareció una mujer acompañada de una niña. Jack se detuvo en medio de la acera, por donde ellas pasarían en unos segundos. Me miró, y yo le devolví la mirada a él.

La señora iba caminando con la pequeña, riéndole por llevar los cordones sueltos. Jack dio un par de pasos a la izquierda, buscando chocarse con ella. Y tres, dos, uno... La mujer se dio de bruces contra él, dando un par de pasos atrás inmediatamente y sacudiendo la cabeza.

Mientras la mujer buscaba con la mirada qué le había hecho tropezar, la niña se tiró al suelo para atarse los cordones de los diminutos zapatitos. Entonces Jack se puso en cuclillas a su lado. Le acarició la cabecita rubia, pero la niña no se inmutó. Le pasó la mano por la frente, con el mismo cuidado que me había rozado a mí la muñeca, pero no surtió el mismo efecto; la niña frunció el ceño levemente, pero no pareció sentir el roce.

Si alguien se fijara, podría haber observado que aquella tarde no corría el viento, pero que una de las coletas de la niña parecía mecerse al son de este. Yo, en cambio, veía como una de sus coletas era agitada por un frustrado Jack, que me miraba con ojillos consternados.

Capítulo 4



—Así que, solo tú puedes verme y sentirme.

—Eso parece. —Me había sentado en la cama, y miraba cómo Jack se paseaba de un lado de la habitación a otro. Había tomado una decisión sobre él. No me preguntaría de dónde venía. No. Cuanto más me preguntaba, más dudas me surgían y, a veces, me planteaba la posibilidad de que Jack no fuera solo parte de mi imaginación. Por eso, hice un pacto conmigo misma. Jack estaba ahí porque tenía que estar. Punto.

—Eso puede sernos útil. —Comentó.

—No veo cómo.

—Ya se me ocurrirá algo. —Una sonrisa felina asomó a sus labios y no pude evitar sonreírle también. Aunque no tenía ni idea de qué le hacía sonreír.

Por la tarde, llamé a Sophie. Al parecer, al día siguiente tampoco iría a clase, y yo volvería a estar sola. Me preguntó cómo estaba, pero me limité a decirle que lo que Lucie y Keyla pudieran decir no me molestaba. Por lo visto, le parecí convincente, pues me deseó que se me hiciera leve y se despidió de mí.

Miré por encima de mi hombro, desde el escritorio, y vi que Jack me observaba, paciente.

—¿Es que sigues ahí?

Hacía una hora que me había puesto a leer, y él no parecía tener interés por abandonar la habitación.

—¿Qué pretendes que haga?

—Desaparece, por favor. —Suspiré, echando la vista al cielo.

—Ya sabes que no puedo. —Me fulminó con la mirada. Por un momento, pareció molesto, enfadado. Yo hice como que no me había percatado y volví a girarme hacia mi libro.

Un rato después, mi tía llegó a casa y cenamos juntas. Luego, preparé la mochila del día siguiente y di gracias porque ya hubiera llegado el viernes. Cogí el libro con la intención de que la lectura me ayudara a dormir.

—¿Vas a leer? —Protestó Jack. —¿Otra vez?

—Sí, otra vez. —Sacudí la cabeza, exasperada.

—Entonces me voy a ver la tele con tu madre.

—No es mi madre, es mi tía. —Dije, instintivamente. Jack se giró en redondo justo cuando estaba a punto de salir por la puerta y me maldijo por no haberme callado. Dejé el libro abierto y boca abajo sobre mi regazo, deduciendo que aquello iba para largo.

—¿Y tus padres?

—Mis padres estaban divorciados. Hace años, mi madre murió y mi padre renunció a mi custodia.

—¿Renunció a tu custodia? —Repitió, alejándose aún más de la puerta. Al parecer, había

encontrado algo más interesante que la tele.

—Nos veíamos de vez en cuando, no teníamos una relación muy estrecha. Él no vive en la ciudad. Dijo que no estaba preparado para criar a una niña.

Cerró la puerta y se acercó a mí. Se subió a la cama de un salto y se tumbó, apoyando la cabeza en una mano. Yo dejé la novela en la mesilla. Había perdido las esperanzas de poder leer esa noche.

—¿Sigues viéndolo?

Negué con la cabeza.

—Renunció a mí. Hubo juicios. Ahora mi única tutora legal es mi tía Beatrice. Ella tampoco estaba preparada para criarme. No quería esto, pero le tocó. Lo hace lo mejor que puede. —Me encogí de hombros, tratando de disimular el nudo que se me hacía en el estómago al hablar de aquello. —Mi madre estaba endeudada. Aunque hubiéramos querido no habríamos podido quedarnos con la casa. Beatrice asumió todas las deudas y vine aquí con ella.

—Vaya. —Murmuró, a falta de palabras. —¿Y por qué te llevas tan mal con tus compañeros?

—Eso me gustaría saber. —Sacudí la cabeza. —Soy diferente a ellos, nada más. Pero no me llevo mal con todos. Sophie, la chica que se sienta a mi lado y que hoy no ha venido, es amiga mía.

—¿Y...? —No llegó a formular la pregunta, pues le interrumpí.

—No sé si te has dado cuenta. —Abrí mucho los ojos y fruncí los labios. —Pero no me gusta demasiado hablar con extraños sobre asuntos personales.

—Vale, sí. Nos conocemos desde hace un día. Pero, eh, hemos dormido en la misma habitación. Eso nos da cierto grado de intimidad. —Alzó las cejas, provocativo.

—No quiero hablar más contigo. Ya está.

—Entonces, supongo que tendré que ir a ver la tele con tu tía. —Suspiró largamente y rehízo el camino hacia la puerta. Lo vi marcharse y cerrar la puerta tras él. Esperé unos instantes, pero no volvía. Así que agarré el libro de mi mesilla y me dispuse a leerlo, contenta.

Aunque estaba cansada, era incapaz de dormir. Apagué la luz y cerré los ojos, pero no hacía más que dar vueltas en la cama sin ningún efecto.

Un par de horas después, escuché cómo se abría la puerta, pero me hice la dormida, para evitar que Jack decidiera entablar una conversación conmigo y desvelarme aún más.

Con los ojos medio abiertos, comprobé que entraba a hurtadillas y daba la vuelta a la cama con mucho cuidado para no hacer ruido. Pensé que sacaría las mantas del armario y que intentaría dormir. Así que no hice ningún movimiento, tan solo aguardé.

No obstante, lo que hizo a continuación me dejó tan descolocada que tuve que moverme. Sentí deslizarse las sábanas de la cama a mi espalda y noté cómo el colchón se hundía momentáneamente.

Encendí la luz y me giré, gritando.

—¿Qué diablos estás haciendo?!

—Creía que estabas dormida. —Me miraba tumbado de medio lado, con los ojos verdes cansados y medio cerrados.

—¡Pues ya ves que no! —Me había incorporado y le miraba amenazadora.

—Shuuut. —Se llevó un dedo a los labios. —Tú tía acaba de irse a su cuarto. Puede escucharte.

—Me da igual que me escuche. —Bufé. Aun así, bajé mi tono de voz instintivamente. —¿Qué haces ahí dentro?

—Dormir. Deberías intentarlo tú también. —Se cubrió aún más con las sábanas y me dio la espalda.

Me puse en pie, furiosa, y rodeé la cama hasta plantarme frente a él. Tiré del edredón con fuerza y lo destapé.

—¡Oh, por dios! —Grité, al ver que solo llevaba puestos unos bóxers negros.

—No pensarías que iba a dormir vestido, ¿no? —Seguía con los ojos medio cerrados, pero ahora un brillo de picardía se asomaba en ellos.

—Al suelo. Ya. —Señalé el suelo con una mano, obligándome a mirarle a la cara. Lo cierto era que los pectorales etéreos de Jack estaban bastante bien.

—Paso. —Se puso las manos detrás de la cabeza, desafiante. —Vamos, no es nada cómodo y aunque te cueste creerlo me levanto con dolor de espalda. No te molestaré, te lo juro.

—Al suelo. —Repetí.

—Veo que insistes. —Bostezó. —Así que te diré que pienso quedarme donde estoy. —Me dedicó una amplia sonrisa burlona y simpática al mismo tiempo. —Puedes intentar echarme, pero soy bastante más fuerte que tú. Así que, si no quieres compartir la cama conmigo, te recomiendo que saques esas mantas del armario y vayas poniéndolas en el suelo.

Apreté los puños, indignada porque una alucinación pudiera provocarme semejante frustración. Volví a mi sitio y me metí en la cama, dándole la espalda y apagando la luz. Lo maldije por lo bajo y me tapé con las sábanas, haciendo un esfuerzo por sumergirme en el mundo de los sueños.

Pero, a pesar de mis problemas para dormir y por sorprendente que parezca, caí rendida al instante.

Me levanté temprano y me dediqué un par de minutos a despejarme. Me quedé sentada en la cama, incapaz de abrir los ojos del todo. Entonces, vi un bulto a mi lado y recordé que Jack había tomado la decisión de no dormir más en el suelo.

Así que piensa quedarse para largo. —Pensé, frotándome los ojos.

Fui a cepillarme los dientes. Sentí un tenue escozor en el brazo izquierdo y analicé las marcas que me lo recorrían. Algunas, más recientes. Otras, más viejas; ya cicatrizadas y desapareciendo. Las acaricié instintivamente.

—¡Mel! —Escuché llamar a Jack desde el otro lado.

Me sobresalté y me bajé la manga rápidamente. Pero no me molesté en responderle. Seguí cepillándome los dientes frente al espejo.

—¿Mel? —Volvió a repetir.

Volvió a llamarme unas cinco veces, llegó a aporrear la puerta, pero no le hice ni el más mínimo caso. De pronto, la puerta se abrió de golpe y Jack se precipitó en la estancia.

Le miré boquiabierto, con el cepillo en la mano y las comisuras de los labios aún manchadas de pasta de dientes. No me creía lo que había hecho.

—¡Sal de aquí ahora mismo! —Grité, sonrojándome por la rabia.

—No contestabas, pensaba que te podía pasar algo. —No estaba arrepentido, una sonrisilla asomaba a sus labios y eso me enervó aún más.

—¡Jack!

Jack alzó las manos, todavía sonriente, pero abriendo mucho los ojos. Dio un paso atrás y se giró sobre su propio cuerpo, cerrando la puerta tras él.

Me limpié la cara y salí, malhumorada. El día anterior no había terminado especialmente bien, y aquel tampoco empezaba de la mejor forma posible. Cerré los ojos y deseé que mi suerte

cambiara a lo largo del día.

Afortunadamente, al llegar a clase, me encontré con la sonrisa de Sophie, que se había recuperado antes de lo que esperaba. Eso mitigó el dolor de las burlas de aquella mañana.

Al regresar a casa, encontré un pequeño maletín fucsia de viaje a un lado de la puerta. Escuché los tacones de Beatrice en el piso de arriba y caí en la cuenta de que tenía que viajar, por negocios.

Era consultora. O algo por el estilo. Trabajaba para varias empresas y siempre estaba de un lado a otro.

—¡Mel! —Me gritó desde el piso de arriba, bajando precipitadamente. —Mi tía Beatrice era muy guapa. Tenía los ojos azules, como yo, y mejillas risueñas y sonrosadas. —Tengo que salir ya mismo o perderé el autobús. —Se agachó un poco y me dio un beso en la frente. —Cúdate, cielo. Te llamaré cuando llegue.

—Pásalo bien. —Le dije.

—Voy a trabajar, no podré pasármelo bien. —Hizo una mueca, agarró el asa del maletín y salió de casa.

Me quedé plantada en medio del salón, sola y en silencio. Por un momento me sentí totalmente desamparada y me dije que estaría así varios días más. Después, sacudí la cabeza y pensé que sentirme así era una tontería. Había estado sola cientos de veces, y estaba acostumbrada.

Dejé la mochila en el sofá y caminé escaleras arriba, apoyando todo mi peso en la barandilla. Jack me siguió por detrás.

—¿No vas a comer?

—No. No tengo hambre.

—No hace falta tener hambre. —Replicó. —Solo instinto de supervivencia.

Le dediqué una mirada que lo decía todo y no necesitó nada más para comprender que no comería.

Entré al baño y me quedé un rato mirándome en el espejo. Después de un tiempo, la persona al otro lado parecía desdoblarse, convertirse en otra versión de mí. Me asecé y me cepillé el pelo.

Bajé al salón y me tiré en el sofá. En un par de horas tenía cita con el psicólogo. Mientras hacía zapping me pregunté qué le diría cuando me preguntara acerca de las nuevas pastillas.

¿Le diría que eran geniales y que podía ver a Jack, un morenazo de metro ochenta? No. Solo procuraría no comentar nada que pudiera causarme más problemas.

—¿En qué piensas? —Me preguntó Jack, sentándose en el sillón.

—En qué le diré al psicólogo.

—¿Vas a ir al psicólogo?

—Como cada martes y viernes. —Admití.

—¿Por qué?

—Porque tengo cita para los martes y los viernes. —Le di largas, esperando que captara la indirecta.

—Me refiero a qué te pasa.

No lo captó.

—¿Llevas un par de días conmigo y aún no te has dado cuenta?

—¿Es por tu padre? ¿Por tus compañeros?

Me encogí de hombros.

—Supongo que por todo en general. No soy una chica normal.

—Pues a mí me pareces de lo más normalita. —Repuso.

Sacudí la cabeza y dejé de prestarle atención. Me volví a concentrar en lo que le diría al doctor.

Capítulo 5



Se acariciaba su espeso bigote negro con el índice y el pulgar. Mientras, repasaba mi ficha con la otra mano. Yo sonreía, nerviosa. Después de casi tres años, en cada consulta, el doctor Klen repasaba mi ficha antes de comenzar.

—Mel. —Empezó, entrelazando los dedos de ambas manos y echándose hacia adelante, sobre el escritorio. —Dime, ¿cómo te va todo?

—Me va bien. —Miré de reojo a la esquina, donde Jack ojeaba los libros de una gran estantería. Reparé en que el doctor esperaba que dijera algo más. —Me va mejor.

—Mel. —Repitió. —Ambos sabemos que quiero oír algo más. Cuéntame, ¿ha habido algún cambio en tu vida últimamente? ¿Qué tal con las nuevas pastillas?

Vi que Jack dejaba de prestar atención a los libros y se centraba en nosotros. Puse los ojos en blanco y me resigné a contestar.

—No he notado ninguna mejoría aparente.

—¿Has tenido mareos, náuseas, jaquecas...?

—Nada.

—¿Sigues teniendo insomnio?

Callé. Las dos últimas noches había dormido de un tirón.

—La verdad es que sigo durmiendo poco, pero mejor.

—Puede que las pastillas sí que estén haciendo su efecto después de todo. —Anotó algo en mi ficha y esbozó una sonrisa. Tenía entradas y llevaba una camisa elegante. —¿Hay algo que quieras comentarme?

—No. —Dije, tal vez demasiado rápido. Aunque este hecho pasó desapercibido para él, así que no me preocupé y me encargué de contestar al resto de sus preguntas sin hablar sobre Jack.

La consulta terminó más rápido de lo normal y Klen decidió que desde entonces solo tendría que ir allí una vez por semana. Me alegré en parte por mí, por no tener que soportar ese suplicio, y en parte por mi tía, porque no tendría que pagar tantas sesiones.

Salí de su despacho, a un vestíbulo cuyas paredes eran blancas. En cada esquina había una planta mal cuidada, y frente a la puerta, varias sillas que constituían la sala de espera. En ellas, ya había alguien aguardando para entrar después de mí.

Era Daniel. Vestía un polo blanco, más blanco que el de las paredes descascarilladas. Llevaba unos pantalones vaqueros gastados y descoloridos. Y tres pendientes consecutivos asomaban en su oreja izquierda.

No era tan alto como Jack. Era esbelto y tenía una sonrisa condenadamente sexy. Puede que esa sonrisa fuera lo único que me gustara de aquella consulta.

Le saludé con la cabeza y me dispuse a dirigirme a la salida. Pero no me lo permitió. Daniel era de esos chicos que, si te ven por la calle, se paran, te dan dos besos y te preguntan por lo

primero que se les ocurre.

—Mel, la tímida. —Me dijo, poniéndose en pie y esperando a que me acercara.

Me ruboricé hasta las raíces del cabello y obligué a mis piernas a que caminaran hacia él. ¿Es qué Daniel no sabía que lo peor que puedes hacerle a una persona vergonzosa consiste en recordarle que lo es?

Claro que lo sabía. A él le divertía aquello, hacer que me ruborizara.

—¿Piensas decir algo o vas a quedarte callada hasta que me hagan entrar en la consulta? — Su mirada era burlona, sus labios esbozaban una sonrisa traviesa.

—Lo siento, estoy algo distraída.

—¿Y a qué se debe?

Me quedé de nuevo en blanco.

—Exámenes, ya sabes.

—Bueno. Hace tres años que trabajo, lo tengo algo olvidado. Si no te gusta, ¿por qué no lo dejas?

Eso Mel, ¿por qué no lo dejas? Porque sí me gusta. Pero como no me sé comunicar con la gente, me tengo que inventar cosas. —Pensé.

—Se supone que eso me asegura un buen futuro. —Me encogí de hombros.

Daniel cambió el peso de una pierna a otra, y se metió las manos en los bolsillos. No era un chico especialmente guapo. Tampoco era feo. Era, más bien, del montón. Pero había algo en él que le hacía atractivo. Tal vez fuera su voz, o su sonrisa, o su labia... No lo sé.

—Ya. —Sentí que sus ojos me pegaban un repaso de arriba a abajo. —Tal vez pueda hacer algo para distraerte, al menos unas horas.

Fui consciente de cómo se me aceleraba el pulso. Aguardé, expectante.

—¿Qué te parecería salir conmigo esta noche? Unos amigos y yo iremos a una discoteca del centro.

—No sé si...

—Diremos que eres mi novia. —Se mordió el labio inferior. Sin duda, estaba disfrutando con mi aturdimiento. —Así te dejarán entrar. No hace falta que seas mayor de edad.

Abrí la boca, pero no salió ningún sonido de ella.

—Ya tengo tu número. A las diez te llamaré, estate atenta. —Zanjó. —Me parece que debo entrar. —Señaló la puerta de la consulta a su espalda, y echó a andar.

Mentiría si dijese que no me quedé mirando las formas de su espalda mientras se alejaba. Antes de entrar se despidió de mí guiñándome un ojo.

A Jack no le pasó desapercibida la dirección de mi mirada y clavó sus ojos verdes en mí, haciéndose el indignado.

—No soy de piedra. —Susurré, lo suficientemente alto como para que él me oyera y lo suficientemente bajo para que nadie más me escuchara.

Capítulo 6



A las diez, puntual como un reloj, mi teléfono sonó y yo di un par de vueltas sobre mí misma antes de descolgar. Su voz era grave, pero melosa. Resultaba seductor incluso por teléfono.

Quedamos una hora más tarde. Pasaría a buscarme e iríamos juntos hasta el lugar. Nunca había salido a una discoteca, y no estaba muy segura de lo que debía ponerme. Así que, nada más colgar, subí al piso de arriba y rebusqué en mi armario.

—¿Cómo os conocisteis? —Preguntó Jack.

—En la consulta del psicólogo. Un día me pidió el teléfono.

Alzó las cejas, burlón.

—¿No es muy joven para trabajar en un lugar como ese?

—Es cliente. —Respondí, echando un vistazo a una camiseta negra de cuello alto.

Jack estalló en carcajadas.

—Así que vas a salir con un loco.

—Yo también visito al doctor Klen y no estoy loca. —Lo fulminé con la mirada, ofendida.

—Eso es cuestionable. —Bromeó. A pesar de sentirme molesta, no se lo demostré. Simplemente seguí rebuscando entre la ropa hasta que, al final, me decanté por unos vaqueros y una camiseta negra de manga larga.

Me peiné, me hice la raya a un lado y me recogí el pelo con un par de ganchos. Después, me pinté la raya de los ojos, sin marcarla demasiado, y me senté en el sofá a esperar.

A medida que se acercaba la hora, me puse más nerviosa. Cuando llamó al timbre, le abrí la puerta y le invité a pasar.

Llevaba una camisa negra y unos vaqueros. Como siempre, tenía aquel aspecto elegante que chocaba tanto con su expresión traviesa. Sentí que me analizaba y torció el gesto.

—Dime que llego pronto y aún no te has preparado. —Tenía las manos en los bolsillos y me miraba con aire crítico.

—¿Vamos a un sitio muy elegante? —Pregunté, asustada.

—No. Pero, aun así, no creo que esa ropa sea la adecuada...—Alzó las manos y sonrió ampliamente. —No me malinterpretes, estás genial, pero el ambiente del sitio al que vamos exigiría algo más... provocativo.

—Provocativo. —Bufó Jack, a nuestra espalda.

—Aún tenemos mucho tiempo. —Comentó, mirando la hora. —¿Por qué no me enseñas tu armario y te ayudo a elegir algo mejor?

Yo asentí, avergonzada.

Subimos las escaleras y Jack me murmuró al oído:

—¿Sabes por qué va al psicólogo? Puede que sea un maniaco obsesivo. —Se rió. Aunque a mí no me hizo gracia. Daniel entró en mi cuarto y, tras echar un vistazo, se fijó en el armario. Yo

abrí las puertas y dejé que lo inspeccionara.

Me senté en la cama, tensa. Y, de pronto, se me ocurrió la idea de que ningún chico había estado antes en mi cuarto; aparte del etéreo Jack, claro.

Al poco rato, me lanzó una camiseta de tiras y me pregunté si estaba bromeando. Estábamos entrando en invierno y me moriría de frío. Luego me dije que, aunque quisiera, no podría ponérmela. Si lo hacía, todos verían mis marcas.

—No puedo ponerme esto. —Le dije. —Hará demasiado frío. —Observé la camiseta. Había sido un regalo de Beatrice. Demasiado escote y demasiado ceñida para mi gusto; no me la había puesto nunca.

—Te llevo en coche. —Me dijo, despreocupado. —Y allí dentro pasarás calor, créeme.

—Desde el coche hasta la discoteca me helaré. —Protesté. Él levantó la mirada mientras suspiraba y buscó entre las chaquetas para, finalmente, darme una negra, muy fina.

—¿Ahora sí? —Inquirió.

—Bueno.

Volvió a centrarse en el armario y sacó una falda bastante vieja que apenas me había puesto y seguía conservando su color negro brillante.

—Pruébatelo todo.

—Está bien. —Me levanté dando pie a que saliera de la habitación. Pero lo único que hizo fue rodear la cama y plantarse de cara a la ventana. —Voy a cambiarme. —Insistí.

Alzó las manos, inocente.

—Prometo no mirar. Adelante.

Me mordí los labios y sentí cómo me ardían las mejillas. Me quité los vaqueros despacio, y después la camiseta. Giré la cabeza para asegurarme de que no estaba mirando, y me quedé algo más tranquila al ver que cumplía su palabra.

Sin embargo, al volverme reprimí un grito. Jack se había detenido frente a mí y me contemplaba con los brazos cruzados ante el pecho y apoyando el peso de su cuerpo en una sola pierna, flexionando la otra rodilla.

—Yo no prometí no mirar.

Me tapé con las manos cuanto pude, ruborizada, y le fulminé con la mirada.

Pronuncié la palabra “cretino” con los labios. Pero no podía hacer nada más.

—Adelante. A ver qué tal te queda esa falda.

Tuve que dejar de cubrirme para recoger la ropa que había dejado caer, y vi que Jack sonreía, divertido.

—Parece que tienes buen ojo, Daniel. —Alzó la mano, enseñándole el pulgar aun sabiendo que no le veía. Solo quería provocarme.

Me puse la camiseta, la falda y la chaqueta y me giré para mirarle, tratando de olvidar a mi querido y agradable amigo Jack.

—Ahora sí. —Se acercó, mirando con descaro. Y, extrañamente, bajo esa mirada me sentí aún más desnuda que cuando Jack me había visto en ropa interior. Me retiró un mechón de pelo de la cara y sentí una sensación eléctrica recorriéndome la piel. —Estarías mucho más guapa con el pelo suelto. Bien. ¿Dónde guardas los zapatos?

Jack volvió a reír.

—¿Así que el doctor Klen tiene un paciente compulsivo y controlador, eh? —Inquirió.

De acuerdo. La situación era algo extraña. Pero no dejaba de tener algo magnético.

Tres cuartos de hora después, Daniel aparcaba su Opel Astra blanco en una de las calles del

centro. A pesar de ser fin de semana, no había mucha gente por los alrededores. Me apeé y busqué a los amigos de los que me había hablado.

Jack bajó también del coche y bostezó. Me pregunté por qué no se quedaba en casa si aquello le resultaba decepcionante y procuré olvidarme de su presencia. Su última broma me hacía querer abofetearle. Escucharle y sentirle podía ser molesto, pero tenía la ventaja de que podía pegarle cuando quisiera.

Daniel marcó un número de teléfono en su móvil y esperó. No escuché lo que dijo, echó a andar y yo me preocupé por seguirle. No tenía zapatos de tacón, así que le cogí prestados un par a mi tía Beatrice. Un par que Daniel eligió, por cierto.

Me indicó que los demás estaban dentro y fuimos hasta una puerta con luces de neón parpadeantes y un gorila de dos metros ante ella. Al parecer, estaba acostumbrado a ir por allí, porque se saludaron amistosamente y nos dejaron pasar sin más preguntas.

Entrecerré los ojos para acostumbrarme a la oscuridad. Allí, el ambiente era pesado y estaba cargado de humo y sudor humano. Las luces de colores centelleaban y la gente agitaba sus cuerpos en la pista de baile.

Al verme indecisa, Daniel me agarró de la mano y me llevó dentro. Cruzamos la pista de baile y llegamos hasta una sala más tranquila donde había una barra, algunas mesas y unos cuantos sofás muy anticuados de terciopelo rojo junto a la pared.

Nos paramos frente a la barra y Daniel saludó con la cabeza a varios tipos. Debían de ser sus amigos, pues pronunció mi nombre en voz baja y todos asintieron.

Dijo todos sus nombres, mirándome, y yo asentí. Sin embargo, no había sido una buena presentación y apenas me había quedado con un par de ellos.

Daniel se acercó más a mí.

—¿Qué quieres tomar? —Me dijo, al oído. Por encima de su hombro vi que dos de sus amigos apuraban las copas e iban a reunirse con dos chicas que acababan de llegar. Ambas con minifalda y camisetas ceñidas.

—Una coca-cola. —Respondí, dubitativa.

Daniel rió.

—Está bien. Decidiré por ti. —Me dio la espalda y le gritó algo al camarero. Este llenó dos vasos con algo que, a todas luces, no era coca—cola y el muchacho me tendió uno de ellos.

—¿Qué es?

—Pruébalo. —Me animó. —Me da la sensación de que no estás acostumbrada a beber.

—Bueno... —Lo cierto es que apenas había probado el alcohol. Solo en contadas ocasiones había dado un par de sorbos a alguna bebida así.

—Mejor. —Se llevó el vaso a los labios y me dedicó una sonrisa traviesa. —Así será más fácil emborracharte. —Bromeó. Dio un trago a su vaso y aguardó a que yo hiciera lo propio.

—No está mal. —Mentí. A decir verdad, sabía horriblemente fuerte. Pero no quería ser descortés, así que me lo llevé a la boca y di otro sorbo largo.

Sus amigos no eran demasiado locuaces. Aunque estábamos en la zona tranquila, se balanceaban de un lado a otro y bebían, sin intercambiar más de dos palabras. Daniel, dos muchachos, una joven y yo nos sentamos en uno de los sofás.

La música estaba tan alta que apenas oía lo que él me decía, así que cada vez que hablaba se acercaba a mi oído y susurraba. Entonces un cosquilleo recorría mi piel y me estremecía de pies a cabeza.

En un momento se levantó para ir al baño. Y Jack, que había estado desaparecido hasta

entonces, tomó su asiento.

—¿Qué le ves? —Me dijo.

Yo me encogí de hombros. Seguía molesta con él y, además, no podía hablarle en público.

—Es un baboso que no deja de mirarte. Ni siquiera se corta.

Al menos me mira. Cosa que no hacen la mayoría. —Me dije.

—Ni siquiera resulta interesante. No parece listo y puede que sea algo atractivo pero... a mí me da grima. —También me hablaba al oído. Se separó un tanto, dando por finalizadas sus observaciones, pero cambió de idea y decidió apuntar algo más. —No te conozco mucho. —Casi pude ver su sonrisa burlona. —Pero apostarí algo a que eres de esas que se enganchan del primero que les dedica un poco de atención.

Aquel comentario me enfadó aún más. Pero no hice ningún gesto con el que pudiera apreciarlo.

—Te diré algo. Debes quererte un poco más a ti misma. —Me rozó la nariz con la punta del dedo y parpadeé.

Daniel volvió y Jack se levantó justo antes de que este se sentara. La chica que había estado hasta entonces a mi lado se vio envuelta en un pasional beso con el chico de su izquierda y yo miré mi vaso, avergonzada.

Daniel me puso una mano en la rodilla y me dedicó una sonrisa.

—Vamos, termina eso y bailemos.

Miré mi copa. Me quedaba casi la mitad. Al parecer, iba a tener razón; emborracharme iba a resultar bastante fácil. Bebí lo que quedaba en dos tragos y reprimí una arcada. Era demasiado fuerte.

Me llevó de la mano hasta la pista de baile y allí la música, las luces y el movimiento hicieron mella en mi cabeza y empecé a marearme de verdad.

Un rato después, cuando ya me dolían los pies, volvimos a los sofás. Daniel se detuvo en la barra para coger otras dos copas y me tendió la mía. No pensaba beber más, pero él había insistido en invitarme.

Estaba sedienta, y le di un sorbo solo para quitarme la sed. El sabor no parecía tan fuerte como antes, aunque yo sabía que era la misma mezcla de alcohol.

El muchacho volvió a poner su mano sobre mi pierna, pero esta vez no dijo nada. La tuvo un rato así y estudió mi reacción. Yo intentaba no demostrar lo nerviosa que estaba.

Le di otro trago a la copa, con la intención de soltarme más. Después otros dos más, y luego otro... Hasta que la apuré por completo.

—No tienes novio, ¿verdad, Mel?

Negué con la cabeza. Si él supiera cómo me veían todos en el instituto, no preguntaría eso.

—Bien. —Vi que se acercaba peligrosamente a mí. Pero solo se hizo con mi vaso vacío para dejarlo en la barra. Volvió con otro y sentí que si seguía bebiendo acabaría vomitando. Era demasiado para mí. Empecé a tener más dificultad para enfocar la vista, y las ideas y las formas se tornaron borrosas en mi cabeza. Me sentía espesa y al mismo tiempo era como si mi cuerpo volara.

Entonces volvió a acercarse a mí, pero esta vez no cogió ningún vaso. Simplemente me besó con fuerza y sentí el sabor a alcohol de su boca. Cerré los ojos y me dejé llevar. Todo daba vueltas y era desconcertante.

Noté su mano en mi muslo, subiendo y bajando, desencadenando un cosquilleo eléctrico cada vez que lo hacía.

Siguió besándome, y su mano pasó a mi cintura. Empecé a tener calor, pero no podía quitarme la chaqueta; todos verían mis marcas.

Cuando dejó de besarme, se separó de mí, pero no mucho. Y me habló al oído. Me pidió que le acompañara a algún sitio, y yo asentí sin ni siquiera saber a dónde me llevaba.

Me condujo a través de la fila de sofás hasta una puerta que daba a un pasillo oscuro y mal ventilado. Allí me dio la impresión de que nos cruzamos con un hombre con los ojos inyectados en sangre y la mirada turbia. Me pregunté si por la droga, pero estaba demasiado aturdida como para planteármelo seriamente. Así que, solo me dejé llevar.

No vi de dónde las sacó. Pero tenía un par de llaves con las que, tras entrar en un baño, cerró la puerta. Allí había algo más de luz, la música se escuchaba amortiguada y un poco de aire entraba por una pequeña ventanilla en la parte superior de la pared.

Era un habitáculo pequeño, tan solo tenía un retrete y un lavabo.

Me sentía desorientada, mirando una y otra vez a mi alrededor para hacerme a la idea de dónde estaba, como si mi cerebro no fuera capaz de procesar datos.

Entonces Daniel me empujó contra la pared y volvió a besarme con fervor. Cerré los ojos y le eché los brazos al cuello. Sus manos tantearon mi figura y sus dedos tiraron de mi chaqueta, bajándola.

En aquel momento se me olvidó por qué no podía quitármela, y le dejé hacer. Se detuvo, miró el lavabo a su espalda, pasó un trozo de papel por él. Me cogió de la cintura y me subió encima.

Sus labios buscaron mi cuello, con insistencia, y yo eché la cabeza hacia atrás. Estaba mareada, en parte por el alcohol, en parte porque todo estaba pasando demasiado deprisa.

Daniel acarició mis piernas y se pegó más a mí. De pronto, sentí su mano dentro de mi camiseta, acariciándome el estómago.

Capítulo 7



—Sabes lo que viene ahora, ¿no? —Inquirió una voz junto a mí. Abrí los ojos, Daniel me besaba el cuello y tanteaba con sus dedos sobre mi cintura. La voz procedía de Jack, que estaba junto a la puerta.

Luché por mantener los ojos abiertos y le miré fijamente.

—¿Es así como quieres que sea?

No sabía de qué estaba hablando. No sabía qué estaba pasando. Solo me estaba dejando llevar y... Daniel pasó una de sus manos muy cerca de mis pechos.

—¿En el baño de una discoteca, con un tío al que conociste en un psicólogo y que ni siquiera te gusta de verdad?

Dejé caer los párpados, apenas podía mantener la cabeza erguida. Pero, entonces, sentí cómo Daniel se apartaba y abrí los ojos para descubrir que estaba deshaciéndose de su camiseta.

Las palabras de Jack volvieron a repetirse en mi cabeza, esta vez con más fuerza. La confusión pareció desaparecer por unos instantes y me enderecé.

—No, no. —Alcé las manos. —Espera. —Bajé de un salto al suelo y me tambaleé. Daniel me sostuvo de la cadera y volvió a intentar besarme, pero no le dejé. —Estamos yendo demasiado lejos. —Busqué mi chaqueta en el suelo, y la recuperé a duras penas.

—Vamos... —Dijo él, algo crispado.

—No, no.

—¿Qué ha pasado? Todo iba bien. —Insistió.

—No, yo... Estoy mareada, creo que debería irme a casa.

—Te llevaré. —Dijo él, y me sentí aliviada. —Cuando acabemos con esto, ¿qué te parece? —Volvió a acercarse, pero vi la llave sobre el lavabo y procuré abrir la puerta.

—¡Mel! —Gritó, mientras yo intentaba escabullirme, demasiado aturdida como para acertar a meter la llave en la cerradura. Jack se puso a mi lado, me quitó la llave discretamente y fue él quien abrió la puerta.

Noté que Daniel salía de detrás de mí, molesto. Pero Jack dio un portazo a la puerta y me pareció ver que se chocaba con ella.

Salí al salón de los sofás rojos y me apoyé en la pared un momento, para recomponerme. Estaba desorientada. Aun así, sabía que debía salir de allí. Volví al lugar donde la gente bailaba al son de una música atronadora y me abrí paso dando más codazos de los que pretendía.

Conseguí llegar hasta la puerta y la empujé hasta que cedió. Esta dio paso al frío viento de las calles nocturnas, erizándome el vello de la nuca.

El portero me miró como quien mira llover, y pasé a su lado sin más. Aunque había estado la mayor parte del tiempo sentada, los pies me dolían; así que no podía andar muy rápido.

Estuve unos diez minutos caminando hacia alguna parada de autobús, y para entonces mi

cabeza ya había recobrado un cierto orden.

Doblé una esquina y pasé al lado de un grupo de chicos a los que no presté atención. Al salir del callejón llegaría a la recta donde paraban los autobuses. Miré el reloj. Aunque me costaba enfocar, conseguí ver la hora y calculé que el próximo bus pasaría en unos diez minutos, como mucho.

Escuché ruidosos pasos detrás de mí. No eran los de Jack, pues este continuaba a mi lado. Le miré y vi cómo se giraba.

—No te des la vuelta. —Me dijo. —Pero creo que te están siguiendo.

Quise girar, pero obedecí.

—Espera, puede que no sea a ti. ¿Cómo piensas ir a casa?

—En autobús. —Murmuré, desconociendo si hablaba demasiado alto o no.

—¿Está muy lejos? —Su voz apresurada y sus constantes miradas a mi espalda empezaron a ponerme nerviosa.

Giramos la esquina y aparecimos en la recta.

—Al final de esta calle.

—Quítate los tacones. —Exigió. Esta vez, su voz me confirmó que algo iba mal. El estómago se me subió a la garganta. Me paré dos segundos, lo suficiente para deshacerme de los tacones y seguí andando, un poco más deprisa.

—Espera... Espera. No echas a correr aún.

—Jack, ¿qué pasa?

—Que te están siguiendo. Son cuatro.

—¡Jack! —Se me escapó, haciendo un amago de salir corriendo, pero este me lo impidió. Estaba asustada y la presencia espectral de Jack no me reportaba ninguna tranquilidad.

—Eh, tranquila. Sigue andando. ¿De acuerdo? Y no grites. —Me miraba a los ojos, pero yo no podía dejar de mirar la recta; que se hacía interminable. —Aunque no puedan verme, puedo tocarlos, ¿de acuerdo? No dejaré que te pase nada. Confía en mí. Sigue caminando con normalidad hasta que te lo diga.

Un bus pasó por la carretera, a nuestra izquierda y distinguí que se trataba del mío.

—¿Ese es el nuestro? —Preguntó Jack, caminando de espaldas para no perder de vista a aquellos tipos.

—Sí.

—Vale, escucha, vas a tener que entrar en ese bus antes de que te alcancen. —Frunció el ceño. —Mel, sal corriendo. ¡Ya!

No me lo pensé dos veces, eché a correr descalza. Escuché cómo los que me seguían también lo hacían, entre gritos y mofas.

Me volví una sola vez, y comprobé que les sacaba menos ventaja de lo que había creído en un principio. Pero la cabeza me daba vueltas y no podía correr más deprisa; las piernas me fallarían. Entonces oí un sonido pesado, como si un fardo se hubiera desplomado y descubrí a Jack frente a uno de los tipos, al que había derribado. Este yacía boca arriba en la acera.

Esto me concedió unos segundos preciosos, pues el resto se paró para ver qué le había pasado y Jack echó a correr hacia mí, alcanzándome en un tiempo extraordinariamente corto.

Volieron a correr. Pero, para entonces, yo ya había alcanzado la parada del bus y me subía a él a toda prisa, recuperando el aliento mientras me apoyaba en la barra de la entrada.

—Dile que cierre, cuéntale que te están persiguiendo. —Me dijo Jack, al oído.

Sin embargo, antes de que tuviera tiempo de decir nada, el conductor cerró las puertas y me

miró fijamente, expectante. Entonces caí en la cuenta de que esperaba que pagara el billete. Me maldije. No llevaba dinero encima.

—Mira en el bolsillo de tu chaqueta. —Me recomendó Jack, acercándose mucho a mi oído. Introduje la mano como me había pedido y encontré un billete que me hizo respirar, aliviada. Se lo entregué al chofer y le dediqué una mirada interrogante al muchacho que, a pesar de haber corrido lo mismo que yo, respiraba con normalidad y ni se había despeinado. —Cortesía de Daniel.

Busqué un asiento en la zona trasera del bus. Me recosté contra la ventana y volví a ponerme los zapatos.

Seguía respirando agitadamente. Pero ya no estaba tan mareada como antes; la carrera me había despejado. Jack se sentó a mi lado y me observó sin decir nada. Agradecí el silencio; lo necesitaba para aclarar las ideas.

Bajé del bus algo nerviosa. No estaba más que a diez minutos de casa, pero aquellos minutos se me hicieron interminables.

Saqué las llaves, crucé el sendero de entrada y abrí la puerta rápidamente. Una vez dentro, eché el cerrojo y me apoyé contra la puerta, respirando con fuerza. Parecía que el corazón se me saldría del pecho. Entonces, un mar de sensaciones, confusión, pánico, arrepentimiento... me azotaron por dentro y me derrumbé. Rompí a llorar y me dejé caer al suelo.

Jack se agachó junto a mí, y me frotó los brazos, produciéndome una reconfortante sensación de calidez.

—Eh, eh. Estás a salvo.

Dejé que me pusiera en pie. Se me había pasado el enfado y ya no me importaba tanto que me hubiera visto en ropa interior. Para mí, que me viera llorar, era algo mucho más íntimo.

—¿Por qué no te cambias, te lavas la cara y te acuestas?

Traté de recomponerme. No había sido para tanto, pero las sensaciones se habían acumulado en mi interior, explotando sin remedio. Dejé los zapatos allí mismo. Ya los recogería al día siguiente, y subí las escaleras hacia mi cuarto, precedida por Jack.

Una vez allí, cogí los pantalones de un pijama y la camiseta de manga corta, ancha y grande, con la que solía dormir. Esta vez, respetuoso, el muchacho se dio la vuelta y me dejó intimidad. Me cambié sin prisa, siendo consciente, poco a poco, del frío que se había adueñado de mi piel. Después, crucé el pasillo hasta el baño y me miré en el espejo. Tenía la nariz roja por el frío, igual que las mejillas. Y se me había corrido la raya de los ojos. Me lavé la cara con agua templada y volví a mi habitación.

Me acurrugué en la cama, pero no apagué la luz de la mesilla. Jack se mantenía en pie, contemplándome.

—¿Se lo contarás a tu tía? —Inquirió, cruzando los brazos.

Negué con la cabeza.

—Quédate hoy conmigo.

—Siempre me quedo contigo. —Sonrió él.

—Pero esta vez te doy permiso.

Rió, y yo no pude más que sonreír también. Se tumbó a mi lado pero fuera de las mantas y apoyó la cabeza en su mano.

—Mañana tendrás resaca. —Comentó.

—Era la primera vez que bebía... Me parece una pérdida de tiempo.

—¿Cualquiera lo diría! —Me volvió a sonreír. Se notaba que trataba de lidiar con la

situación quitándole hierro al asunto. —¿Por qué no intentas dormir?

—No, todavía no puedo. —Lo cierto es que aún sentía el miedo en el cuerpo. Y, cuanto más desaparecían los efectos del alcohol, más calaba en mí la vergüenza. —Debes pensar que soy una fresca. —Comenté.

—Todo el mundo tiene derecho a divertirse un poco. —Dijo. —Habría sido tu primera vez, ¿verdad?

No contesté enseguida.

—También ha sido mi primer beso. —Las lágrimas me escocieron en los ojos. Un repentino ataque de sinceridad me había invadido, pero no me importaba. Quería desahogarme. Ya me arrepentiría a la mañana siguiente. Como me arrepentiría de muchas cosas...

Jack se quedó sin saber qué decir.

—El segundo será mejor. Ya lo verás. —Ante mi mirada desolada, añadió: —Te lo prometo. El primero nunca sale bien.

Asentí, convencida. ¿De los errores se aprendía no? Miré el reloj. Eran casi las tres, pero tal y como estaban las cosas, estaba segura de que esa noche no dormiría.

—Duerme. —Insistió. —Mañana te sentirás mejor.

—Suelo tener problemas para dormir. Así que imagina lo mal que lo haré hoy.

—Inténtalo, al menos.

Cedí, abatida, y apagué la luz de la mesita de noche. Le di la espalda y me tapé más con las mantas, pues el frío se negaba a abandonar mi cuerpo. Jack se metió dentro también, y se mantuvo quieto unos instantes. Después, indeciso, se pegó a mi espalda y sentí su cálido aliento en la nuca. Dubitativo, me rodeó con su brazo y frotó los míos tratando de hacerme entrar en calor.

Sus dedos pasaron cerca de mis heridas, y me estremecí. La intensidad de sus caricias disminuyó y acabó pasando por encima de ellas con un simple roce de sus yemas. No me importó, cerré los ojos, y me dejé arrastrar por el sueño.

Capítulo 8



Jack acertó. Ese sábado me desperté con malestar y un terrible dolor de cabeza. Por una vez, el hecho de quedarme sola en casa me parecía lo mejor que me podía pasar.

Cuando me levanté, Jack no estaba a mi lado. Pero recordaba los últimos minutos antes de dormirme, sorprendentemente pronto además...

Mientras me daba una ducha caliente, analicé lo ocurrido. Esperaba no ver a Daniel en mucho tiempo y deseé poder olvidar lo ocurrido algún día. Aunque me costara reconocerlo, Jack tenía razón. Daniel solo me gustaba porque me prestaba atención. Y era el único chico que lo hacía. Aun así, no debí hacer lo que hice.

Recordar la conversación mantenida con él en la cama me hizo ruborizar. Supuse que sería por el efecto del alcohol, pero me había sincerado con él como no lo había hecho con nadie.

Lo conocía desde hacía cuatro días, y mis conversaciones habían sido más profundas con él que con Sophie. Sacudí la cabeza. Ya no había nada que hacer.

Me imaginé lo que podía haber pasado de no tener a Jack a mi lado. Ni siquiera habría llegado a casa esa noche si esos tipos me hubieran perseguido estando sola. Me estremecí.

Intenté borrarlo todo de mi mente.

Si esa noche hubiera conseguido librarme de Daniel, despistar a esos tipos, y llegar sana y salva a casa, lo más probable es que me hubiera derrumbado y cortado nada más llegar.

El fin de semana habría sido una absoluta agonía. Puede que hubiera llamado a mi tía Beatrice para contárselo todo, y habría complicado las cosas.

Al final, resultaba que le debía a Jack más de lo que pensaba.

Me enrollé el pelo en una toalla, me sequé el cuerpo y me vestí con unos pantalones anchos y una sudadera de andar por casa.

Bajé a desayunar así, y me encontré a Jack viendo la tele. Me senté a su lado, debatiéndome entre si debía meter algo en mi agitado estómago o dejarlo estar.

—¿Cómo estás?

—Indigesta. —Respondí.

Una sonrisa burlona asomó a sus labios.

—Aun así, ¿podrás salir de casa?

—¿Hoy? No suelo salir demasiado los fines de semana

—¿Y cuál es el plan?

Me encogí de hombros.

—Leer, ver la tele, cocinar algo...

—¿No te aburres? —Inquirió. —Quiero decir... no serán así todos los fines de semana, ¿verdad?

—Sí, siento decepcionarte; pero sí que lo son.

—Podríamos hacer algo juntos. Si no fueras una borde, claro.

—¿Cómo qué? ¿Ir al cine y comprar dos asientos, uno para mí y otro para mi amigo imaginario?

—A eso me refería. Aunque la gente no pueda verme, tengo sentimientos. —Parecía molesto de verdad. Así que me retracté.

—Lo siento. Solo yo puedo verte. Y todavía no sé por qué. No podemos salir a la calle como si fuera algo normal. —Me acurruqué junto al cojín. —¿Seguro que no recuerdas nada de lo que pudo pasarte?

—Recuerdo... Recuerdo cosas.

Abrí mucho los ojos.

—¿A qué esperas? Cuéntamelas.

—Ah. —Sonrió. Ya no estaba ofendido. —¿Ahora eres tú la que se interesa por mí? Las tornas han cambiado.

Me abstuve de hacer un comentario ingenioso, porque no quería volver a herirle, y me limité a alzar las cejas, paciente.

—Tengo retazos de una vida, sensaciones, impresiones... Pero no recuerdo caras, ni nombres.

—Dame ejemplos. —Exigí.

—Sé que me vuelven loco los batidos de fresa, los que preparan en las cafeterías.

—¿Esos con nata y sirope?

—Sí, esos. —Sonrió tiernamente, como si fuera pecado reconocerlo. —También tengo la impresión de que no me portaba bien con todo el mundo.

—Hablas en pasado. —Observé, esperando a que fuera él quien lo aclarara. Aun así, no dijo nada. —¿Eres...? —Fruncí el ceño, pero no acababa la frase por mí. —¿Eres un espectro?

—No. No lo soy.

Alcé las manos, no estaba dispuesta a preguntar qué le hacía estar tan seguro, así que me callé.

—Ese tío de ayer... Daniel, se aprovechó de ti. Puede que yo fuera malo con las chicas también. —Sacudió la cabeza. —No así, claro. Pero creo que dejaba que se enamoraran de mí sin corresponderlas. —Volvió a agitar la cabeza, parecía confundido. —Aun así, todo son sensaciones, vanas impresiones. Es extraño.

Asentí.

—Así que eres popular con las chicas.

—Eso parece. —Me dedicó una sonrisa blanquísima. Una sonrisa de infarto, he de reconocer. —¿Te extraña?

No. No me extrañaba. Era un capullo, pero con una sonrisa espectacular.

—No seas tan engreído. —Le espeté, girándome nuevamente hacia la tele y decidiendo posponer el desayuno un rato más. Ni siquiera tenía ganas de levantarme.

Tras holgazanear toda la mañana, preparé algo para comer y engullí todo lo que pude, sin ganas, mientras Jack me recordaba lo mal que comía. Poco después de las tres de la tarde, sonó mi teléfono. Subí corriendo a mi cuarto, en su busca, y cuando lo encontré me quedé paralizada ante él.

Una sensación horrible se adueñó de mi conciencia. Ver el nombre de Daniel parpadeando en la pantalla me trajo un amargo sabor a la boca. Me sentía más avergonzada que nunca. En mi cabeza, decir que Daniel tan solo me gustaba porque me prestaba atención era fácil. Pero, en la práctica, era difícil de aceptar. Esperé con un nudo en la garganta hasta que el móvil dejó de sonar

y bajé con él hasta el salón, donde Jack ocupaba todo el sofá medio adormilado.

Me senté en una esquina, dubitativa, y me estreché las piernas entre los brazos. Sentí el impulso de decírselo a Jack. Pero, ¿para qué? ¿Qué sentido tendría decirle que me había llamado? Aquel no era su problema, y podía no importarle. Aun así, mi alma me gritaba que necesitaba contárselo.

—¿Quién te ha llamado? —Entreabrió un ojo más que el otro.

—Daniel. —Respondí, sin pensar.

—¿Y no pensabas decírmelo? —Se despejó por completo y se incorporó. Tenía el pelo revuelto, pero no se preocupó de peinárselo bien. Me callé. Al parecer, sí que era importante. — Da igual. Empiezo a entender tu forma de ser. ¿Qué le has dicho?

—No he contestado.

—¿Por qué? —Exclamó.

—No sabía qué decirle.

—Tal vez algo como: “hola, anoche te aprovechaste de mí y es un error que no volveré a cometer. Así que, borra mi número, y olvídate de mí. Me merezco algo mejor”.

Abrí la boca. Jamás sería capaz de decirle algo así.

—¿Y si luego me arrepiento?

—¿De qué?! —Se escandalizó. —Mel...

—Mejor no le digo nada. —Sentencié. —Captará la indirecta. Si vuelve a llamar no contestaré.

Jack suspiró largamente y sacudió la cabeza a modo de desaprobación. Luego volvió a tumbarse.

Aquella noche, me acosté bastante antes que él. Estaba cansada de no hacer absolutamente nada, y solo quería dormir y empezar un nuevo día. Cuando desperté, demasiado temprano tal vez, Jack estaba a mi lado roncando levemente.

Pasé el resto del día como el anterior. Aunque estaba acostumbrada a no hacer nada interesante, hasta el domingo por la tarde no me dio el bajón. Fue entonces cuando me pregunté qué sentido tenía quedarse encerrada en casa viendo la tele o leyendo. ¿Qué sentido tenía mi vida si no hacía nada por aprovecharla?

Tras varias horas de aburrimiento y ansiedad, me encaminé hacia el baño. Eché el cerrojo y apoyé la espalda en la puerta. Saqué de debajo de la manga la cuchilla que me acompañaba en mis horas más bajas y tanteé con ella sobre mi piel.

Hice un único corte. El escozor pareció despejarme y la sangre brotó formando pequeñas pompas.

El dolor me devolvió algo de paz, me serené y dejé de pensar en lo deprimente que era mi vida. Ya me sentía mucho mejor.

Limpié la sangre y bajé al comedor. Tras prepararme la cena, organicé la mochila y me senté a ver la tele con Jack.

—Tu vida es extremadamente monótona. Lo sabes, ¿verdad?

Me encogí de hombros, molesta. No tenía por qué recordármelo.

Aquella noche, no tardé mucho en aburrirme de lo que echaban por la tele y subir a mi cuarto a leer. Justo cuando pensaba acostarme, sabiendo que el sueño me pasaría factura al día siguiente en mis clases, Jack llegó bostezando y empezó a descalzarse.

—No puedes seguir durmiendo conmigo. —Le dije.

—¿Por qué? —Sonrió levemente. —Tranquila, Mel. No voy a propasarme.

—Me da igual. —Dejé el libro en la mesilla. —Es raro. Te conozco desde hace menos de una semana y no es normal dormir con un desconocido.

—En una cama se pueden hacer muchas otras cosas además de dormir, si es a eso a lo que te refieres. —Arqueó una ceja, sugerente y divertido.

—Y luego me preguntas por qué no quiero dormir contigo... ¡Ve al sofá!

—¡Já! Ve tú al sofá. —Se quitó los pantalones, y se deshizo de la camiseta, sabiendo que tendría que mirar a otro lado. Aun así, seguí clavando los ojos en los suyos, desafiante. Se acercó a la cama y agarró las mantas para meterse dentro.

No obstante, yo fui más rápida y me tumbé cuan larga era, estirando brazos y piernas todo lo que podía para ocupar todo el colchón.

Jack rió. Yo misma era consciente de lo absurdo de la situación; pero, en esos momentos, no me importaba en absoluto.

—Tienes las de perder, Mel. —Seguía divertido, parecía estar controlándose para no reírse. No pensaba dejar que se metiera en mi cama. ¿Por qué habría de hacerlo? Ni siquiera entendía por qué su cabezonería me hacía gracia. Quería seguir molesta, quería mantener mi posición.

—Ve al sofá. —Insistí.

—Te daré cinco segundos para que te apartes. —Ladeó la cabeza, dirigiéndome una mirada peligrosa. —Cinco...

—No pienso quitarme. ¡Vete! —Chillé.

—Cuatro... Tres...

—¡Qué te vayas! —Volví a exclamar, más nerviosa. No sabía qué pensaba hacer.

—Dos... Cómo voy a disfrutar con esto. —Se mordió los labios y pude advertir un destello de malicia en su mirada.

Aguardé, aferrándome a las sábanas. Su actitud me divertía. ¿Intentaba hacerse el malo? Porque aunque en su mirada brillara esa malicia fingida, su sonrisa seguía siendo la de un buen chico.

—Uno. —Dijo, retirando las mantas de un tirón. Me agarró de los tobillos y empecé a gritar. Sentí que me escurría y me di la vuelta, aferrándome con todas mis fuerzas al colchón. —Eres dura, Mel. —Dejó de tirar, y se subió a mi espalda a horcajadas. —Pero no lo suficiente. —Sus manos tantearon en mi cintura, produciéndome un cosquilleo, un cosquilleo que se intensificó y solté un alarido, muerta de risa.

—¡No se te ocurra hacerme cosquillas! —Exclamé, entre risas. —¿Cómo te atreves? ¡Para ya! —Intenté darme la vuelta y forcejeé para que me soltara. Entonces, visto y no visto, me agarró de las muñecas, tiró de ellas y me incorporó. Me agarró de la cintura al tiempo que se ponía en pie y me echó sobre su hombro. —¡Jack! —Grité, pataleando. —¡Jack, bájame!

—Te advertí.

Aporreé su espalda, pero no me bajó. Echó a andar hacia la puerta y posó una de sus manos sobre mi cadera, poniéndome aún más nerviosa.

—¡Quita esa mano de ahí!

—No puedo. Te caerías. —Dijo, con tono burlón. Llegamos a las escaleras, y las bajó sin dificultad alguna. Al cabo de unos instantes, ya estábamos en el salón. —Aviso para los pasajeros con destino al sofá, en unos segundos nos aproximaremos a la estación.

—¡No! —Grité. Pero fue en balde. Jack me arrojó sobre el sofá y caí de espaldas, jadeante y con el pelo revuelto. El muchacho me admiró desde arriba, con los brazos en jarras.

—Sabía que me iba a divertir. —Se sacudió las manos y dio media vuelta, hacia las

escaleras.

Me incorporé, indignada y vi mi reflejo en la tele apagada: sonreía.

Capítulo 9



Subí en pos de Jack y me lo encontré rehaciendo la cama destrozada. Entré, cauta, y me acerqué. Lo fulminé con la mirada.

—No me mires así. Tú te lo has buscado. —Se metió bajo las sábanas de un salto y se acomodó. —Tranquila, te dejaré la mitad del colchón. Toda tu mitad entera para ti.

—Me vengaré. —Le dije. —Ten por seguro que lo haré.

Me acosté, resignada. En fin, lo había intentado. Pero luchar con Jack era agotador.

Como todas las mañanas, me encontré con Sophie al ir al instituto. Una vez allí, asistí a todas las clases procurando prestar atención. Lo cierto era que no tenía sueño. Después de la pelea con Jack, me había quedado dormida nada más cerrar los ojos.

Lucie y Keyla no dieron mucho la lata. Parecían algo molestas la una con la otra. Me pregunté cuánto duraría.

Era la última hora y el timbre sonaría de un momento a otro. De pronto, Jack llamó mi atención gritando mi nombre y rompiendo el silencio de la clase. Al principio, me sobresalté. Luego me di cuenta de que exceptuándome a mí, nadie más le podía oír.

Señaló algo por la ventana.

—Menuda sorpresa te espera fuera. —Me dijo, esperando paciente a que sonara el timbre.

Recogí mis cosas y esperé a Sophie, intrigada. Mientras nos encaminábamos a la salida lo miré un par de veces de reojo, pero no me decía nada. Cuando llegamos al parking del instituto me di cuenta de cuál era la sorpresa.

Daniel aguardaba apoyado en el capó de su coche, buscándome entre los jóvenes que salían del centro. Pensé en hacer como que no le había visto y seguir hacia adelante, pero ya era demasiado tarde: nuestras miradas se cruzaron.

Me paré un momento al bajar las escaleras, y mi amiga me imitó. Siguió el rumbo de mi mirada y sonrió.

—¿Quién es ese? ¿Tienes que contarme algo, Mel?

—Muchas cosas. —Le dije. —¿Hablamos luego?

—Sí. —Se ajustó la correa de la mochila al hombro y siguió su camino. —¡Hasta mañana!

—¡Hasta mañana!

Jack y yo nos encaminamos hacia Daniel.

—Te estás sonrojando. —Me susurró Jack. —Sé firme. No olvides cómo se portó contigo. No olvides lo que quiere de ti.

Asentí.

Me planté frente a él y aguardé a que hablara.

—¿Tienes algo que hacer esta tarde? —Me dijo. Parecía triste, alicaído.

—Sí.

—Entonces te llevo a casa. Tengo que hablar contigo.

—No voy a montarme en un coche contigo. —Le dije, haciendo caso a Jack y manteniéndome firme.

—Lo siento. Estaba borracho. Al día siguiente cuando recordé todo... Nunca habría hecho lo que hice si hubiera estado sobrio. —Me quedé callada. —Me porté fatal. Me avergüenzo de cómo me comporté. Jamás habría intentado algo así contigo de esa manera. —Esperó, y sacudió la cabeza. —Quiero decir que eres guapísima y que me gustas, pero no quería que las cosas fueran así.

Madre mía. ¿Le gustaba?

—Mel... —Murmuró Jack.

—Quiero hacer las cosas bien. —Siguió Daniel. —Dame otra oportunidad.

—Estoy muy ocupada. —Di un par de pasos atrás.

—Por favor. Esperaré. ¿Qué me dices? —Parecía preocupado de verdad.

—Recuerda que mereces algo mejor. —Insistió Jack.

—Ya veremos. —Le dije, dándole la espalda. Pero incluso yo sabía que mi tono ya no era tan áspero como al inicio de la conversación.

—Te llamaré. —Gritó él, desde su coche. Y yo seguí caminando, ruborizada.

Jack hizo todo el camino enfurecido y con el ceño fruncido. Nada más entrar en casa se me encaró, gritándome. Seguramente había esperado a llegar para no gritarme en la calle y quedarse sin mi respuesta.

—¿Por qué no le has dicho que no de una vez por todas?

—Porque no sé si quiero decirle que no de una vez por todas.

—¿No recuerdas cómo llegaste a casa el viernes?

—No solo fue por él. Me atacaron en la calle.

—Sí. —Asintió, persiguiéndome por toda la casa mientras yo iba de un lado a otro recogiendo mi ropa y la mochila para no tener que quedarme parada y mirándole a los ojos. —Porque no fue capaz de llevarte a casa en coche. —Alzó las manos, dándose por vencido. —No voy a decirte nada más. Tú sabrás lo que haces.

—Exacto. Yo lo sabré.

—¿Mel? —Llamó una voz desde el piso de arriba. Mi tía se asomó por las escaleras. —¿Estás hablando sola? —Se extrañó.

—Pensaba en voz alta. —Maldije mil y una veces a Jack, deseando que mi tía no hubiera escuchado nada importante. —¿Cuándo has vuelto?

—Acabo de llegar. —Se quitó los zapatos de tacón y bajó para darme un beso. —¿Qué tal ha ido el fin de semana? ¿Alguna novedad? Por cierto, hablé con el doctor. Al parecer, solo tendrás que ir a su consulta una vez a la semana.

Abrí mucho los ojos. Me maldije a mí misma. Se me había olvidado por completo. Durante dos o tres días había dejado de tomar las pastillas. Me dije que ya me preocuparía después por eso y seguí charlando con ella durante un rato más.

Por lo que le dije, mi fin de semana había consistido solo en ver la tele y leer. De una forma muy sana, por supuesto; nada depresiva. Sin embargo, la realidad era muy diferente. Había pasado un fin de semana en compañía de un joven, bastante apuesto, al que solo yo veía. Me habían intentado atracar en la calle, había dado mi primer beso y me había autolesionado para desahogarme.

Además, justo la noche anterior, me había peleado con el muchacho al que solo yo veía y

habíamos acabado durmiendo juntos, de nuevo.

Sacudí la cabeza inconscientemente nada más terminar de mentirle acerca de cómo había sido el fin de semana.

Un rato después subía a mi cuarto para poner a punto los deberes y los apuntes. No había hecho nada en esos días, y ahora me tocaría apretar. Aun así, no me llevaría demasiado tiempo.

Jack, contra todo pronóstico, decidió no molestarme. Y, en lugar de eso, eligió uno de los libros de mi escritorio y comenzó a leerlo tumbado en la cama.

Mientras estaba sumergida en mi libro de texto, sonó el teléfono y me incliné en el asiento para ver de quién se trataba.

Daniel.

Cogí aire y me concentré para ordenar mis pensamientos. ¿Quería salir con él?

—¿Mel? —Recibí su voz desde el otro lado de la línea. —Sé que te dije que esperaría. Pero tenía que saber ya que me darás otra oportunidad.

Su tono de voz me conmovió y sentí cómo mi interior se ablandaba. Jack, a mi espalda, se puso en pie y se acercó, cauteloso. Yo le hice un gesto con la mano para indicarle que era una conversación privada. Pero no sirvió de mucho.

—Por favor, dime cuándo podemos vernos.

—¿Qué haríamos? —Inquirí, tratando de no darle muchas esperanzas.

—Te pasaré a buscar y te llevaré a un parque tranquilo, a un café, o a un bar.

—No quiero ir a ningún local.

—Está bien. —Casi pude ver su sonrisa triunfante. —Te llevaré a un parque. ¿Qué me dices? ¿Cuándo nos vemos?

Comprobé la hora y miré mis libros. No me quedaba mucho para terminar. Y, después, pasaría el resto de la tarde recluida en casa. Nunca salía entre semana. Pero, ¡qué diablos! Nunca salía, en general.

—Pasa a buscarme en media hora. Pero no toques la puerta.

—¿Por qué?

—No quiero que mi tía te vea.

—¿Por qué? —Preguntó, una vez más.

No consideré necesario responder. Simplemente sacudí la cabeza, consciente de que no me veía, y me despedí.

Jack levantó una ceja y volvió a tumbarse soltando un largo suspiro. No le presté atención, me concentré en terminar lo que estaba haciendo y después le pedí que me dejara cambiarme de ropa. Remolón, se levantó y salió de la habitación despacio, con el libro bajo el brazo.

Me planté frente al armario. Ya estaba vestida. Pero, por algún motivo, quería ponerme algo diferente. Me probé varios pantalones largos hasta que di con unos ajustados, que eran los que mejor me quedaban. Después escogí un jersey de lana y una bufanda.

Me peiné a conciencia y me pinté la raya de los ojos.

Contemplaba mi imagen en el espejo cuando escuché el timbre en el piso de abajo. Al principio, no me percaté; pero después me sobresalté al darme cuenta de quién esperaba al otro lado de la puerta.

Cogí la bufanda, el móvil, las llaves y corrí escaleras abajo deseando llegar antes que Beatrice. Ella estaba levantándose del sofá.

—¡No abras, tía! Ya abro yo.

—¿Es Sophie?

—No... —Me aferré al pomo y al otro lado me encontré con Daniel. Me percaté de que mi tía se asomaba tratando de ver más allá del umbral y procuré ser rápida. —¡Hasta luego, tía! —Me escurrí por la puerta y me quedé en la entrada frente al muchacho de ojos negros. —Te dije que no llamaras al timbre.

—Se me había olvidado. —Se encogió de hombros, pero algo me decía que tenía muy claro lo que le había dicho. —No he aparcado muy lejos. ¿Vamos?

Asentí y le seguí por mi calle, hasta que llegamos a otra paralela donde estaba su coche. Me senté en el asiento del copiloto y me puse el cinturón. Una duda fugaz me invadió: ¿estaría haciendo bien montándome en ese coche con él? Sin embargo, aquel momento de inseguridad no duró demasiado; pues otro rincón de mi mente sugirió que me relajara y disfrutara del paseo. De todas formas, Jack estaría en todo momento conmigo, y podía protegerme.

Me pregunté qué pensaría mi doctor si supiera que me sentía a salvo por el hecho de ir acompañada de un ente como Jack. Una sonrisa afloró a mis labios. Ya no me importaba demasiado estar loca o no. Yo veía a Jack y punto. Para mí, era real; lo sentía.

Daniel puso música durante el viaje. Así que no hablamos demasiado. Al cabo de quince minutos, detuvo el vehículo y yo me apeé, estirándome la ropa.

—Estás muy guapa. —Comentó, mirándome de arriba abajo con descaro.

—Gracias. —Me tapé un poco más con la bufanda, para que no viera que me sonrojaba.

Como había dicho, me había llevado hasta un parque donde los niños correteaban y las parejas paseaban por los senderos que lo rodeaban.

Llegamos hasta un banco, y allí nos sentamos sobre el borde del respaldo. Jack se quedó de pie frente a nosotros. Era una situación extraña, no solo porque yo no salía con chicos, si no porque era consciente de que únicamente yo veía a Jack.

—Siento lo del otro día. De verdad.

—Estabas borracho. —Comenté, quitándole hierro al asunto.

—Yo no soy así. Me gusta hacer las cosas de otra manera. —Se giró hacia mí, en su mirada brillaba un destello pícaro. —No sé si me entiendes.

Asentí. Aunque lo cierto era que no le entendía.

—Mira, sé que tienes problemas. —Sin previo aviso, me agarró de la mano y me dejó totalmente descolocada. —Nos conocimos en un psicólogo. Así que tú también sabes que yo los tengo. No quiero ser un problema más para ti, quiero que nos ayudemos mutuamente. —Su inesperado alarde de sinceridad me asustó y me... conmovió. —Me gustaste desde la primera vez que te vi. Por eso me acerqué a hablar contigo. Pero... tú eras tan tímida que creí que lo mejor sería dar yo el primer paso. Y tal vez me pasé al darlo.

—Te pasaste un poco. —Aseguré, recordando la noche de la discoteca.

Daniel rió y me pareció una risa relajada y natural. Así que yo también me relajé un poco. Seguimos hablando durante un rato, pero dejamos ese tema a un lado. A mí ya no me parecía tan grave lo que había pasado. Y empecé a replantearme la idea de estar con él.

Era agradable y, como él había dicho, también tenía problemas. Tal vez, la forma de salir de ellos sería ayudándonos entre los dos.

En medio de una de las conversaciones, Jack se aclaró la voz y llamó mi atención.

—La primera vez que te besó te arrepentiste después. No te olvides. —Me recordó, serio.

Al cabo de un rato, empezó a oscurecer y decidimos que era hora de volver. Apenas habíamos pasado un par de horas juntos, pero habían sido suficientes para que me convenciera de que le perdonara.

En el camino de vuelta, una idea me cruzó por la cabeza: ¿cuáles serían sus problemas? ¿Estaría tan machacado como yo?

Aparcó el coche cerca de la casa y me acompañó hasta la entrada. Una vez allí, abrí la puerta y esperé a que se despidiera.

—¿Te apetecería quedar mañana?

—Bueno... —Murmuré.

—Hasta mañana, entonces. —Se inclinó hacia mí y me plantó un beso sin previo aviso. Fue apresurado, sentí la tibieza de sus labios y cómo me pasaba una mano por la espalda para acercarme más a él.

Cuando se separó, sonreía y tenía los labios enrojecidos. Yo, en cambio, estaba sonrojada. Le vi darse la vuelta y marcharse en dirección al coche. Entré en casa con el corazón acelerado y una sonrisa nerviosa a punto de surgir en mi rostro.

Mi tía apareció de la cocina. Tenía el cabello rubio recogido en un moño y sus ojos brillaban con malicia.

—¿Quién era, Mel?

—Un amigo. —Bajé la cabeza, para que no viera cómo me ruborizaba y salí disparada hacia las escaleras.

—¿Un amigo especial? —Preguntó, con un descaro protector del que solo ella era capaz. —¿Es del instituto? —Siguió interrogando.

—¡No! Lo conocí por ahí. —Subí las escaleras y me dirigí a mi cuarto a sabiendas de que en la cena me tocaría hablar de aquello.

Nada más entrar en mi habitación suspiré con fuerza y me dejé caer en la cama con los brazos extendidos.

Jack, que había entrado detrás de mí, me miró con gesto de reproche y disgusto.

—¿Qué estás haciendo, Mel?

No contesté, me pareció que la respuesta era obvia.

—Creo que llegaste a la conclusión de que no te gustaba después de una amarga noche. ¿Cuántas más vas a necesitar para darte cuenta de que te está utilizando?

—Tú no lo entiendes. —Le dije, dejando de lado mi sonrisa de felicidad. —Seguramente tendrías a un montón de chicas detrás de ti. Yo no tengo a nadie y puede que con Daniel fuese feliz, puede que se merezca una oportunidad.

—Solo es miedo. —Insistió. —Eres insegura y ante cualquier muestra de afecto, te rindes. ¿No te das cuenta de que no puedes estar con alguien que no te guste?

—Me atrae. —Le contradije.

Él suspiró y se sentó a mi lado.

—No es cierto que nadie se interese por ti. Cualquier chico se sentiría atraído por alguien como tú. Prueba en clase.

—En clase me odian. Lo has visto.

—No todos. —Alzó las cejas. —Hay un chico en la segunda fila que suele mirarte.

—Para reírse.

—Cuando te levantas, te mira el culo.

Abrí mucho los ojos y después rompí a reír por lo disparatado que podía resultar aquello.

—Haz la prueba y, si tengo razón, acepta mis consejos respecto a Daniel.

—¿Cómo pretendes que pruebe eso? —Me incorporé y apoyé el peso de mi cuerpo en las muñecas.

—Eso déjame a mí. —Una sonrisa burlona asomó a sus labios y sus ojos verdes chispearon. Decidí no pensar en qué estaría tramando. Y me preparé para enfrentarme a la cena con Beatrice, pues sabía que sería poco menos que un interrogatorio en toda regla.

Capítulo 10



Tras la exasperante cena-interrogatorio, subí a mi cuarto, preparé las cosas del día siguiente y recibí un inesperado mensaje de Daniel. Me decía que se lo había pasado muy bien y que ya tenía ganas de volver a verme.

Nunca antes un chico me había mandado mensajes, así que me sentí extasiada, en las nubes, y respondí, armada del valor que me proporcionaba estar delante de una pantalla y no de un muchacho de ojos negros.

Le dije que yo también tenía ganas de verle.

Decidí dejar el botecito de las pastillas en la mesilla y tomarme una justo antes de acostarme; así no se me olvidarían. De todos modos, haber pasado tantos días sin tomarlas podía tener su lado bueno. Ahora sabía que Jack no era un efecto secundario. Claro que eso, teniendo en cuenta lo sensible que era él respecto a ese tema, no se lo diría.

Jack dormía a mi lado, plácidamente. Su pecho se ensanchaba y se estrechaba a cada bocanada de aire que cogía y sus mechones castaños y oscuros estaban esparcidos por la almohada.

Me levanté procurando no despertarle. Él no tenía que desayunar o ducharse. Así que no tardaría demasiado en ponerse una camiseta y acompañarme.

Me di una ducha, me vestí y fui a desayunar. Cuando estuve lista, cogí la mochila de mi cuarto y me quedé observando al aún dormido Jack. Me dije a mí misma que no pasaría nada si no le despertaba. Cerré la puerta deseando que mi tía no llegara antes de la hora de la comida y entrara. Porque, si lo hacía, vería un bulto entre las sábanas; pero a nadie tapado con ellas.

Me eché la mochila al hombro y salí de casa. Pronto me encontré con Sophie, que estaba tan guapa y fresca como siempre.

—Ayer se te olvidó llamarme. —Me dijo, haciéndose la indignada.

—¡Oh, vaya! Estuve muy liada. Lo siento.

—No importa. Cuéntame, ¿quién es ese chico?

—El resumen es que he salido un par de veces con él, y creo que me gusta. —Me sonrojé y me regañé a mí misma por avergonzarme delante de Sophie.

—¿Has salido con él? ¿De verdad?

—Si... Salí con él de fiesta, pero la cosa no fue muy bien. Ayer volvimos a quedar.

—¿Y estuvo mejor? —Se interesó. Verdaderamente se alegraba por mí.

—Nos besamos. —Omití el hecho de que en la primera cita ya nos habíamos besado y que casi habíamos pasado a otros términos.

Sophie dio un par de palmadas al aire, contenta. Me agarró del brazo y siguió preguntándome por los detalles, más bajito, entusiasmada.

Unos minutos después, escuchábamos atentas la lección del profesor de primera hora cuando

algo llamó mi atención. Jack se había plantado frente a mi mesa, impidiéndome ver la pizarra.

Parecía cansado, fatigado. Jadeaba y sus ojos estaban enturbiados.

—No me has despertado.

Yo le miré, pero no respondí. Él sabía bien que no podía hacerlo delante de todo el mundo.

—Ah, no. No te vas a librar de una buena bronca. —Señaló un papel en blanco donde debería tomar notas. —Escríbeme lo que me tengas que decir, porque no pienso esperar a que llegemos a casa y ya se me haya pasado el cabreo para hablar contigo. Vamos a hablar ahora. — Su tono era autoritario. Estaba enfadado de verdad.

Pensé que querías seguir durmiendo. —Escribí.

—¿Cuándo he querido seguir durmiendo? Siempre te he acompañado.

No creí que te importaría no despertarte.

—¿Sabes lo que significa para mí tenerte lejos? ¿Separarme de ti? Algo tira de mi interior y me empuja a buscarte. Siento angustia si no estoy a tu lado.

¿No puedes soportar tenerme lejos? Oh, es lo más bonito que me han dicho nunca.

Le dediqué una sonrisa, intentado apaciguarle, pero no le hizo gracia y se dio la vuelta. Yo seguí sonriente, y observé cómo se retiraba a la esquina contraria del aula.

Al terminar la clase, hablaba con Sophie, sentada a mi lado, cuando Lucie se acercó por detrás inesperadamente.

—¿De qué te reías antes en clase? —Inquirió.

—No es asunto tuyo. —Le di la espalda deliberadamente y seguí concentrada en la conversación con Sophie, a quien le contaba lo sucedido el viernes; aunque muy resumido y evitando ciertas partes embarazosas de la historia.

Quedaban un par de minutos para que sonara la sirena y empezara la siguiente asignatura. El profesor aún no había llegado. Se había formado un barullo casi insoportable. A pesar de eso, cuando Lucie empezó a decir algo, aunque yo no la escuchaba, enseguida todos le prestaron atención y la sala se quedó en silencio.

Lucie me miró y yo miré al frente, deseando que no se le hubiera ocurrido una nueva forma de ridiculizarme.

—¿Así que era por esto por lo que te reías antes? —Alzó una hoja doblada por la mitad e instintivamente miré mi escritorio: nada. La hoja que había usado para comunicarme con Jack ya no estaba; había desaparecido. O, más bien, Lucie la había hecho desaparecer.

Reprimí un quejido. ¿Qué había escrito? No ponía gran cosa pero... parecía como si me hablara a mí misma. Oh sí, sería suficiente para darles de qué hablar durante al menos una semana.

—Seguro que todos se mueren por ver lo que has escrito.

Una de las chicas a su lado hizo un amago de inclinarse para coger el papel, pero Lucie no se lo permitió, quería prolongar mi sufrimiento.

—Espera. Enseguida os lo enseñaré a todos. Dejó la hoja tras ella, en la mesa, y volvió a centrarse en mí. —Eres bastante patética, ¿lo sabes?

—¡Eh! —Protestó Sophie. —Déjala en paz.

—Tú también eres patética por andar con ella. —Se retiró el pelo de la cara con el dorso de la mano y carraspeó. —Me dais un poco de pena, la verdad.

En ese momento, Jack pasó detrás de Lucie. Sin que nadie se percatara, le dio el cambiazó. Cuando comprendí lo que hacía sentí que me libraba de una gran presión y respiré, aliviada. Él me guiñó un ojo.

Cogí aire y me enfrenté a ella.

—Lucie, ¿por qué me has quitado la hoja?

Lucie rió y, como ella, la mitad de la clase.

—De verdad que no lo entiendo.

—Yo tampoco entiendo cómo puedes ser tan patética. —Se giró, desdobló la hoja y carraspeó antes de leer, con fingida teatralidad. —“El gran Quevedo utilizaba también sus versos para criticar al gobierno de la época, incluido el Conde Duque de Olivares... —Se detuvo y frunció los labios. —Se giró sobre sí misma y buscó encima de la mesa. Pero no encontró nada. —¿Qué? —Musitó. Le dio la vuelta al papel, desconcertada.

—Mmm... —Me armé de valor. —¿Estás bien, Lucie? Te repito que no comprendo por qué me has cogido los apuntes. Si tienes problemas para entender cosas tan sencillas, te prestaré los míos encantada. Solo tenías que pedírmelo. —Esbocé una sonrisa triunfal y la gente estalló en carcajadas.

Volví a mirar al frente, regocijándome, y escuchando la risa cantarina de Sophie, que reía de puro gusto.

Busqué a Jack con la mirada y le di las gracias con una sonrisa.

—No hay de qué. —Me dijo él, adivinando mis pensamientos. —Pero, desde ahora, me despertarás todos los días.

Yo asentí y, por fin, él me obsequió también con una sonrisa encantadora. Muy típica de Jack.

Aquella tarde volví a salir con Daniel. No podía creérmelo. Había dormido de un tirón, había puesto en su lugar a Lucie y, además, esa tarde tenía una cita con un chico.

Daniel pasó a recogerme a las seis, y me llevó en coche hasta un barrio del centro.

—¿A dónde vamos? —Pregunté cuando aparcó, dándome cuenta de que con la charla se me había olvidado preguntarle a dónde nos dirigiáramos.

—Vamos a mi casa.

—¿A tú casa? —Inquirí, poniéndome nerviosa por momentos. —¿Estarán tus padres? —Me alarmé.

—No, tranquila. —Esbozó una media sonrisa y siguió adelante. Yo le seguí.

—No, Mel. —Jack, con las manos en los bolsillos caminaba a mi lado con una sonrisa irónica. —Si estuvieran sus padres no te habría llevado a casa.

Seguí a mi acompañante, ignorando el comentario de Jack, y llegamos hasta un edificio de apartamentos. Daniel metió la llave en la cerradura y cogimos el ascensor hasta la quinta planta.

Entramos en su vivienda y me encontré ante un largo pasillo. Al final se abría lo que parecía ser la cocina. A mi izquierda había una amplia estancia y a mi derecha otras tres, algo más pequeñas. En general, era un lugar bastante grande.

—Vamos.

Me cogió de la mano y me llevó hasta la segunda habitación de la derecha. Se trataba de su cuarto. Había un pequeño televisor en una estantería, un ordenador y varias baldas repletas de cosas.

Daniel me enseñó una sonrisa y se dirigió a la mesita de noche, junto a la cama. Sacó algo del cajón y encendió una vela.

Yo fruncí el ceño y seguí observándole. Repitió lo mismo con otras dos velas colocadas estratégicamente en las estanterías de la pared y apagó la luz, quedándonos alumbrados solo por el tenue resplandor que entraba por la ventana y el brillo mortecino de las velas.

Siguió dándome la espalda, rebuscando algo en el armario.

—Cuando quieras, lo inmovilizo y sales corriendo. —Me dijo Jack, susurrando teatralmente.

—Solo tienes que reconocer que este tío no te convenía y que yo tenía razón.

Le hice callar con la mirada y seguí observando a Daniel, que en ese momento se giraba hacia mí con una rosa en la mano. Me la tendió y yo la cogí, perpleja.

—Te dije que hacía las cosas de otra manera. —Me sonrió.

Oh, madre mía. —Pensé.

De pronto, me veía envuelta en otra situación de la que no sabía cómo salir.

Daniel me atrajo hacia él agarrándome por la cintura y me besó en los labios con fervor.

—Olvidalo. —Dijo Jack. —No hace falta que reconozcas nada. Lo tumbaré ahora mismo.

—¡No! —Me separé de Daniel. Ese “no” había sido en parte para él y en parte para Jack. Al parecer hizo efecto en ambas direcciones, pues el muchacho de ojos verdes se detuvo y Daniel me soltó, extrañado. —Yo... —Me centré en él. —No quiero hacer esto. Lo siento.

—¿Por qué? —Realmente parecía no entenderlo.

—Daniel, quiero ir despacio. —Volvió a acercarse a mí y puso sus manos en mi cadera.

—Creo que con las velas y la rosa he dejado bastante claro que no será como la última vez. —Me intentó convencer.

—No me refiero a eso. —Suspiré. —Nunca he hecho nada con nadie.

Abrió la boca, pero no acertó a decir nada.

—Todavía no es el momento.

—Está bien... —Ya no sonreía. Estaba realmente desconcertado.

La tensión podía palparse en el ambiente. Jack nos miraba, con gravedad. Daniel se apartó un poco de mí.

—Entonces, ¿recojo todo esto?

—Lo siento. —Me disculpé.

Él no dijo nada. Se limitó a encender de nuevo la luz y a apagar, una a una, todas las velas.

Acabamos viendo una película en el salón. Tuve la sensación de que no se arrimaba tanto a mí y de que no hablaba demasiado. Pero, claro, estábamos viendo una película. Así que supuse que el silencio era normal.

Me dejó en casa dos horas después y se despidió de mí con un casto beso en los labios.

Cené enseguida, nada más llegar, con mi tía, que había preparado cena para las dos. Pero apenas probé la comida, los últimos acontecimientos no me dejaban pensar con claridad. Subí a mi cuarto y empecé a preparar la mochila de mala gana.

—No puedo creerme que te hayas quedado. —Me reprochó Jack.

—Se ha equivocado. Lo ha reconocido y hemos pasado un rato agradable.

—Va a hacerte daño. —Me advirtió. —Y tú eres una niña tonta y le dejas.

—Eso no es asunto tuyo. —Le advertí, empezando a mosquearme.

—Si pasa como la última vez, seré yo quien tenga que aguantarte luego y entonces sí que será asunto mío.

—Yo no te pedí consuelo. —Le fulminé con la mirada. Sentí la rabia crecer en mi interior.

—Tal vez no con palabras.

—¡Pues la próxima vez quédate al margen! —Nada más gritar me arrepentí. ¿Me habría escuchado Beatrice? —No te conozco de nada y me juzgas como si me conocieras de toda la vida y tuvieras alguna clase de responsabilidad sobre mí. Yo no te he pedido nada. De hecho, lo único que he deseado es que desaparezcas.

Se llevó la mano al pecho, haciéndose el dolido con guasa. Aun así, su mirada amarga demostraba que había algo de cierto en aquel gesto. Apretó los labios y torció la boca. Pasó a mi

lado y salió de la habitación.

Yo me quedé unos instantes de pie. Después, ardiendo de rabia, me dirigí al cajón donde guardaba la cuchilla; me hice con ella y me encerré en el baño. Rasgué mi piel, liberando la tensión; liberando mis demonios. Vi fluir la sangre y me sentí aliviada. La ira y la frustración desaparecían poco a poco.

De vuelta a mi cuarto, comprendí que si me enfadaba con Jack era en parte porque tenía razón: todo apuntaba a que Daniel volvería a herirme. ¿Pero quién era yo para no darle una nueva oportunidad y cerrarme en banda?

Me acosté pronto. Estaba cansada; agotada mentalmente. Pero, un par de horas después, seguía con los ojos abiertos, sin poder conciliar el sueño. Mirando la escasa luz ámbar de las farolas que se colaba por la ventana y preguntándome cuándo subiría Jack.

Era impulsiva, lo sabía. Y tal vez me había pasado, también lo sabía. Pedir disculpas no era mi fuerte, pero tenía un agrio sabor en el pecho y no podía dejar de pensar que podría haberle hecho daño. Al fin y al cabo, yo era su única ancla con la vida real, ¿no? Puede que sí tuviera algo de derecho a preocuparse por mí...

Cerré los ojos y suspiré. Me levanté con la intención de pedirle que subiera. Pero, desde las escaleras, no lo vi en el sofá. Bajé, miré en la cocina y tampoco. Le busqué por cada habitación. Pero en casa solo estaba Beatrice.

Volví a mi cuarto y pronuncié su nombre en la oscuridad.

—¿Jack?

No hubo respuesta. No había duda; Jack no estaba allí.

Un día más, volvía a estar ojerosa y pálida. De nuevo, mis fantasmas volvían a acosarme de noche.

Esperé encontrar a Jack en el desayuno. Pero seguía sin aparecer por ningún lado. De camino al instituto, una duda horrible me atenazó las entrañas. ¿Se habría ido de verdad? ¿Para siempre?

¿No era eso lo que le había dicho, que deseaba que desapareciera? Me sentí débil y desorientada de pronto. No tenía ganas de ir al instituto. No podía hacerme eso. No podía llegar a mi vida, trastocarla por completo y desaparecer sin ninguna respuesta. Ni siquiera sabía por qué solo yo podía verlo.

Aún no me había encontrado con Sophie. Así que di media vuelta dispuesta a volver a casa alegando que me encontraba mal, lo que en cierto modo era verdad.

—El instituto está por allí. —Jack, con las manos en los bolsillos, me estaba siguiendo. Parecía serio, su expresión era grave. Pero yo sonreí para mis adentros. Di la vuelta de nuevo y me tranquilicé: no se había ido a ninguna parte. Aun así, seguía enfadado.

El día transcurrió dentro de la normalidad. Miradas crueles por los pasillos, risas burlonas en clase y poco más. A mediodía me encontré una nota de Beatrice: había vuelto a tener que irse por un trabajo urgente.

Me preparé algo y comí viendo la tele. Miré un par de veces el móvil, esperando un mensaje o una llamada de Daniel; pero no ocurría ninguna de las dos cosas.

Jack seguía sin dirigirme la palabra. De hecho, no sabía dónde se había metido. Pero estaba segura de que no andaba muy lejos.

Recuerdo que ninguna tarde se me había hecho tan insoportablemente larga hasta entonces. Incluso el fin de semana, encerrada en casa, pasaba antes que las interminables horas de ese miércoles por la tarde.

Lo cierto era que esperaba ver a Daniel. Lo había dado por hecho y, como no había ocurrido,

estaba algo decepcionada.

Antes de acostarme, decidí armarme de valor y le envié un mensaje.

¡Hola! ¿Cómo estás? Creí que hoy nos íbamos a ver...

Un rato después, recibí su respuesta.

Tengo mucho trabajo. Lo siento.

Me quedé pensativa mirando la pantalla del móvil. ¿Ya está? ¿Eso era todo? No tenía experiencia con chicos. Pero tampoco hacía falta tener muchas luces para saber que algo iba mal.

De insistir y prácticamente suplicar por verme, había pasado a casi ignorarme por completo. Eso no podía significar nada bueno.

Aquella noche, las dudas no me abandonaron, y tarde más de lo normal en dormir. Para cuando sonó el despertador, yo apenas había cerrado los ojos. Y tantas horas de sueño acumuladas me pasarían factura en el instituto aquella mañana.

Los ojos se me cerraban en clase, y yo me repetía una y otra vez que eso era lo único que me faltaba para que mis compañeros pudieran reírse con ganas. Aguanté como pude hasta última hora y cuando, por fin, pude recoger mis cosas para volver a casa y salí al aparcamiento del instituto, vi el coche de Daniel.

Este salió a esperarme, por si no lo había visto, y yo me acerqué hasta él, alegre. Él, sin embargo, no parecía demasiado contento.

—¿Te llevo a casa? —Me preguntó.

—Gracias. —Me subí al asiento del copiloto y aguardé. Me preguntó qué tal, pero no pareció escuchar mi contestación. Aparcó el coche a una calle de mi casa y se quedó allí un rato. Apagó el motor y me miró.

Fuera empezaba a llover.

—Tenemos que hablar.

Lo miré. Me preparé para lo peor. Al fin y al cabo, apenas le conocía y me fastidiaría, claro, pero podría soportarlo.

—No sé si tienes lo que busco ahora mismo. —Me dijo, hablando despacio.

Vale. Era más duro de lo que había imaginado. Me había hecho sentir deseada y ahora me estaba rechazando. Era un tanto humillante y yo no tenía nada que decir.

—Puede que no. —Me encogí de hombros, tratando de parecer despreocupada.

—Yo creo que no tienes las cosas claras. —Dijo, como si reflexionara en voz alta. Esperé. No sabía qué quería decir. —No estás mal, pero eres muy reservada para mi gusto.

Me quedé callada.

—Dime algo.

—Supongo que tienes razón. No estamos hechos el uno para el otro.

Él suspiró.

—O tal vez sí. —Ladeó la cabeza. ¿A qué jugaba? —El otro día, en casa, me lo curré bastante. Debiste darme una oportunidad. Seguro que te habría gustado y ahora en vez de estar rompiendo puede que estuviéramos yendo a tu casa. —Hizo una pausa. —¿Estás sola?

—¿Cómo? —Me quedé de piedra. Así que era por eso. Jack tenía razón.

—Bueno, antes de tirarlo todo por la borda, podemos darnos otra oportunidad. ¿Qué me dices?

Me desabroché el cinturón torpemente y abrí la puerta.

—No quiero nada más de ti. No vuelvas a llamarme. —Le dije, indignada, y dando un portazo al salir.

Me estaba mojando, pero no me importó. Daniel tocó el claxon para hacerme volver, pero no me giré. Eché a correr calle arriba y me detuve al doblar la esquina, cuando quedé fuera de su campo de visión.

Seguí andando tranquilamente, como si la lluvia no empapara mi ropa y mis cabellos.

Cuando entré en casa y cerré la puerta a mi espalda, me temblaba el labio inferior. Durante dieciséis años no había pensado en chicos, y ahora que lo había hecho me preguntaba por qué no había seguido ignorándolos.

Si todos eran así, no quería saber nada de ellos en un tiempo. Las lágrimas, más que por dolor por vergüenza y humillación, me ardían en los ojos. Y me oprimí el brazo izquierdo con fuerza. Mis heridas se resintieron. Tenía ganas de cortarme. Pero no podía hacerlo todos los días. Hasta yo sabía que eso sería demasiado insano.

Sacudí la cabeza.

Me dolía, me dolía mucho. Tenía la piel destrozada por los numerosos cortes y me daba miedo volver a hacerlo. Apreté con más fuerza, reprimiendo el impulso.

Aun así, al final no fui capaz. Cogí la cuchilla, me encaminé al baño y lloré largo y tendido tras abrirme la muñeca. No fue un corte, ni tampoco dos... ni tres... Ese día necesitaba más para liberarme. Estaba cansada, helada y me preguntaba qué sentido tenía la vida. No había nada bueno en ella.

Lo de Daniel no había sido para tanto. Pero era una gota más en un vaso a punto de rebosar desde hacía tiempo.

Me quité la ropa empapada y me puse una camiseta de manga larga de andar por casa y unos pantalones anchos.

Me senté en el escritorio, y revisé mis deberes. Debía distraerme con algo.

Entonces, la puerta se abrió, sobresaltándome. Era Jack, que había decidido reaparecer. Una parte de mí se alegró. Pero no pude sonreír.

—Te he visto bajar de su coche. —Me dijo. Su tono ya no era cortante, como el de la mañana anterior. —¿Qué te ha dicho? —Cerró la puerta sin darse la vuelta y sin apartar sus ojos verdes de mí.

—Hemos terminado. Ha intentado chantajearme. Ha insinuado que podríamos seguir juntos si nos acostábamos.

—¿De verdad? —Jack se mostró indignado. —¿Qué le has dicho? —Suavizó un tanto su tono.

—Me he marchado. —Sonreí un poco. —No soy tan tonta como crees. —Agaché la cabeza hacia mi agenda. Las lágrimas amenazaban con desbordarse de mis ojos y no quería que lo viera.

—No has comido. —Observó.

—Se me ha olvidado. No tengo hambre. —No mentía, lo había pasado totalmente por alto.

—Y tampoco has dormido mucho, ¿verdad?

No contesté. La respuesta estaba en mis oscuras ojeras.

—Échate, yo te prepararé algo de comer mientras tanto. No tienes muy buena cara.

—Estoy bien. —Volví a levantar la cabeza, tragándome las lágrimas. —Gracias. —Me mordí los labios. —¿Ya no estás enfadado?

—No. Sé que no hablabas en serio.

—No, no hablaba en serio. —Admití. Él asintió y yo me tome aquello como una aceptación de mis disculpas. No me hizo falta explicarle nada más.

—¿Quieres ver una película conmigo? Me parece que empieza una en diez minutos.

Asentí, no tenía nada mejor que hacer. Y me vendría bien descansar.

Sentada en el sofá, sentí que Jack se me quedaba mirando. Pero no hice comentarios al respecto y seguí viendo la película.

—Mel. —Me llamó. —Estás sangrando.

Seguí la dirección de sus ojos, y descubrí una mancha roja en la manga izquierda. Me giré sobre mí misma instintivamente y levanté un poco la tela; no era nada, una de las heridas se había abierto un poco. La presioné con la mano derecha y seguí concentrada en la tele.

¿Para qué poner excusas? Jack había rozado mis heridas. Sabía perfectamente lo que hacía en el baño.

—Déjame ver. —Se acercó más a mí. Yo me encogí.

—No. —Sí, conocía mi secreto. Pero, aun así, aquello era algo extremadamente personal para mí.

Se puso en pie y se arrodilló frente a mí.

—Déjame. —Insistió. Me agarró por la muñeca, resintiéndome la piel y estiró mi brazo frente a él. Levantó la camiseta con cuidado y me miró, preocupado. —Esto es horrible, Mel. Tienes el brazo destrozado. Hay muchas más que hace unos días.

Tiré de él y recuperé mi brazo, volviendo a cubrirlo.

—Lo digo en serio. Tienes que parar.

Miré a otro lado. Me sentí bloqueada. Me sentí del mismo modo que cuando no aguantaba más y acababa cortándome. No podía explicarle lo que esas marcas significaban para mí. No lo entendería.

—Mel. —Su tono era dulce, preocupado. —Deja que las cure.

Le miré como si hubiera dicho la tontería del mes.

—¿Qué sentido tendría curarlas si soy yo misma quien se las ha hecho?

—¿Qué sentido tiene hacerse heridas a sí misma? —Contraatacó. —Hay un botiquín en el baño, ¿verdad? —Al ver que no respondía, se puso en pie. Y, al cabo de un rato, volvió con él para arrodillarse otra vez delante de mí. Agarró mi brazo con delicadeza y subió la manga.

Cogió un trozo de algodón y empezó a presionarlo, con infinita ternura, sobre la maltrecha y enrojecida piel. Rastros de sangre, seca y no tan seca, se adhirieron a él. Y volvió a repetir la operación con otro pedazo limpio de algodón.

Lo empapó en agua oxigenada y comenzó desde la muñeca. Me estremecí por el escozor. Alguna herida burbujeó un poco. Vaya, parecía que algunas se me habían infectado.

—¿Por qué te preocupas tanto por mí? —Pregunté, mirando cómo trazaba círculos con el algodón.

—Siento que debo cuidarte. —Se encogió de hombros. —Y eso es lo que hago.

Me miró con sus grandes ojos verdes. Y, por un momento, me estremecí al ver en ellos un cariño que nunca antes había sentido hacia mí. Sí en mi madre, hacía muchos años; o, de otra manera, en Beatrice. Pero no en nadie que no tuviera nada que ver conmigo, como Jack.

Capítulo 11



—No pienso ir. —Gruñí al despertador cuando este profanó el silencio con su estridente timbre.

Jack, a mi lado, se revolvió.

Lo cierto era que no me encontraba bien. No había pasado una buena noche. A pesar de no haber pegado ojo en las jornadas anteriores, no me había podido dormir. Y, en lugar de eso, había estado tosiendo y con dolor de garganta.

Me levanté, perezosa, y me miré en el espejo de mi habitación. Tenía un aspecto horrible. Estaba más pálida de lo normal.

Me llevé la mano a la frente y comprobé lo que ya era obvio: estaba enferma y tenía fiebre. Volví a la cama y me acosté. Aquella mañana no iría a clase.

El ruido de las cortinas desplegándose me despertó varias horas más tarde. Bostecé, cansada, y me percaté de que ya eran las once. Oí que alguien carraspeaba a mi espalda y me sobresalté. Nunca me acostumbraría a encontrarme a Jack en mi cuarto por las mañanas.

Me di la vuelta y lo encontré de pie junto a la ventana. Había sido él quien había separado las cortinas. Me observaba con los brazos cruzados ante el pecho y con actitud seria.

—¿Qué diablos haces en la cama? ¿No deberías estar en clase?

Su intento autoritario y poco convincente de hacerme sentir mal me produjo risa. Me incorporé.

—Tenía fiebre. —Me llevé la mano a la frente de nuevo y asentí. —Y todavía la tengo. Estaba agotada.

Alzó una ceja, pero no replicó.

—¿Vamos a desayunar?

—No tengo hambre.

—Ayer no comiste y apenas cenaste. Si estás enferma, lo mínimo que podrías hacer es cuidarte. —Cogió las mantas que cubrían mis piernas y las arrancó de un tirón. —Así que, vamos a desayunar.

Me levanté de mala gana y lo seguí a través de la casa.

A media tarde, Beatrice me llamó para asegurarse de que todo iba bien. Le comenté que estaba algo resfriada y que no había ido al instituto. Pero nada más.

Después, me di una ducha rápida, me vestí y salí de casa en dirección a la consulta del doctor Klen.

Para empezar, me preguntó si estaba tomando la medicación y si creía que me estaba haciendo efecto.

Yo respondí que la tomaba, y que me encontraba mejor. Aunque ambas cosas eran mentira. Los últimos dos o tres días sí lo había hecho, pero los días anteriores no. Respecto a la segunda

pregunta... mi vida me seguía pareciendo igual de aburrida, monótona y carente de sentido.

El doctor cogió unos papeles y, tras echarles un ojo, me miró, sonriendo amablemente.

—¿Alguna novedad en tu vida que quieras compartir conmigo?

—No, todo sigue igual.

—No es eso lo que me han contado. Sé que has estado viendo a alguien a quien no veías antes. —Miré con disimulo a Jack, que se encontraba detrás del doctor, observando por la ventana. No podía referirse a él, ¿o sí? —Daniel me ha contado que salisteis juntos un par de días.

—¿No se supone que eso es secreto profesional?

El hombre rió.

—No en este caso. He tenido su pleno consentimiento para contarte que me lo ha dicho. — Volvió a ojear con rapidez los papeles. —¿Por qué habéis dejado de veros?

—¿No te lo ha contado él? —Me puse a la defensiva.

Él anotó algo e imagine la palabra “hostilidad” apuntada en sus hojas. Sí, sería muy apropiada en esta ocasión.

—Quiero que me lo cuentes tú.

—Intentó aprovecharse de mí, varias veces.

—¿Y cómo te sentiste tú al respecto?

—¿Yo? —Casi me entró la risa. —Mal, ¿cómo se supone que he de sentirme?

Por encima de su hombro, vi que Jack revolvía en unas estanterías, sacando libros y archivadoras. Si el doctor se giraba, no tendría más que soltarlo todo y este pensaría que una corriente de viento lo había arrojado al suelo.

De pronto, sacó una carpeta dorada y algo desgastada. La ojeó y sonrió de oreja a oreja con siniestro deleite.

—Oh, veamos cuántos esqueletos guarda Mel en su armario.

Desde lejos, pude ver mi nombre escrito en mayúsculas y palidecí. No podía ver eso, era personal. Pero, ¿cómo se lo diría?

—¿Te gustaba mucho?

—¡No! —Increpé, mirando a Jack. Y la respuesta era más para él que para el doctor.

—Vaya... —Klen rió ante mi subida de tono y volvió a anotar algo. La palabra “agresividad” apareció en mi mente.

Jack no me hizo caso, empezó a leer la carpeta de arriba abajo, pasando hojas con cuidado de no llamar la atención del hombre sentado delante de mí. Y yo me quedé inmóvil, presa de la impotencia y preguntándome qué clase de intimidades estaría leyendo.

Ni siquiera yo podía ver esa carpeta. El psicólogo solo hablaba con mi tía sobre lo que había ahí escrito, sobre mis problemas. A mí nunca me la había enseñado. Me había hecho saber su opinión en numerosas ocasiones; la terapia lo requería. Pero esa carpeta era mi caja negra. Ni siquiera yo era consciente de lo que contenía.

Aguanté más preguntas del doctor todo el tiempo necesario. Y, media hora más tarde, me dejó marchar. Salí del cuarto con un sabor agridulce en la boca y sentimientos contradictorios hacia Jack.

Por una parte, estaba furiosa por violar mi intimidad. Otra parte de mí tenía miedo de lo que pudiese haber leído. ¿Se asustaría de mí? ¿Creería que estaba loca? ¿Que era un bicho raro o algo por el estilo? Pero otro rincón de mi cabeza me gritaba que le preguntara sobre ese informe; era la malsana curiosidad, ávida de saber.

Mi ya confusa cabeza sufrió un bloqueo total cuando, de pronto, vi quién estaba sentado en la

salita de espera. Tendría que haberme planteado la posibilidad de encontrármelo allí. Al fin y al cabo, nos habíamos conocido así, ¿no?

—Mel. —Me saludó Daniel. —Te veo mala cara.

—Estoy enferma. —Le dije, simplemente.

—Ya...

Oh, por dios. ¿De verdad creía que estaba así por él? Eso me enfureció.

—A lo mejor... podríamos vernos mañana o pasado. Creo que entre nosotros quedaron cosas pendientes. —Sonrió. Pero su sonrisa ya no me resultaba divertida, era más bien como una burla grotesca y desagradable.

—No tengo tiempo, pero gracias.

—Vamos, ¿quieres que esto acabe así?

—No hay nada. —Repliqué.

—Que fría. —Murmuró, divertido. —Creo que tienes miedo a los chicos. Yo podría quitártelo. Me parece que no quieres dar “ese” paso por recelo. Pero, si me dejaras, verías como no es para tanto. No todos somos unos capullos, ¿sabes?

—¿Quién eres tú para intentar deducir mis problemas? —Me quedé boquiabierta, entre estupefacta y enfadada por la sarta de sandeces que había soltado. ¿Acaso se consideraba él un príncipe azul?

Jack, a mi lado, se mordió los labios y suspiró con fuerza. Al parecer, no era la única a la que aquello se le antojaba ridículo.

—Doctor, hoy he visto a Mel en la sala de espera. —Jack trató de imitar la voz de Daniel. —¿sí? —Esta vez, parodiaba al doctor. —¿Y qué has sentido?

Fruncí el ceño, y vi que se acercaba a él hasta plantarse enfrente, mucho más cerca de lo que estaba yo.

—He sentido como un rodillazo en los huevos. —Imitó la voz del chico y concluyó su interpretación. Agarró fugazmente al muchacho del cuello y le propinó un rodillazo en la entrepierna que me dejó helada. Este reprimió un alarido. En lugar de eso, soltó un breve y lastimoso gemido.

Intenté no abrir demasiado los ojos, y di media vuelta, viendo por el rabillo del ojo cómo se encogía sobre sí mismo, turbado a más no poder.

—No me interesas, Daniel. —Le dije cuando ya había echado a andar y me alejaba boquiabierta.

Mientras bajaba las escaleras, me detuve un segundo y vi cómo el joven se dirigía a la sala del doctor. Andaba de una forma extraña y su expresión era todo un poema. Me tapé la boca con la mano, incapaz de contener la risa.

Jack, bajando las escaleras a mi lado, sonrió también.

—¿Te ha parecido bien?

Por toda respuesta le miré y asentí.

—Gracias. —Susurré, tal vez demasiado bajito para que lo oyera.

Jack me adelantó, contento, y descendió las escaleras bajando con un estrépito que solo yo era capaz de oír. Cuando se agarraba a la barandilla para saltar más de dos escalones seguidos, los músculos de su espalda se contraían y estiraban, marcándose en su camiseta negra.

Me olvidé al instante de la carpeta con mi nombre. Él tampoco había hecho ningún comentario y lo que acababa de hacer me bastaba a modo de disculpa. Por eso, decidí aparcarme el asunto.

Llegamos enseguida a casa y, un rato más tarde, cuando veía la tele en el sofá, despreocupada, llamaron a la puerta.

Dediqué a Jack una mirada entre interrogante y preocupada. ¿Podría ser Daniel? Me levanté, dubitativa. Abrí la puerta con un chasquido y fruncí el ceño.

Al otro lado, un chico de mi clase sostenía una carpeta entre los brazos.

—Hola. —Dijo, nervioso.

—Hola... —Contesté. Jack, que se había levantado junto a mí por si las moscas, observaba la escena intrigado.

—He venido a traerte un cuestionario de ciencias sociales que tienes que rellenar para el lunes.

—Ah. —Vi como sacaba unas cuantas hojas grapadas de la carpeta y me las tendía. —Gracias.

Se dio la vuelta con una sonrisa un tanto artificial y desapareció calle arriba. Cerré la puerta, confusa, y miré a Jack.

—Era el chico que te mira en clase. —Dijo, alzando una ceja.

—¿Por qué no habrá venido Sophie? —Pregunté, ignorándolo.

—Seguro que ha preferido venir él. Aunque, después de la intensa conversación que habéis mantenido, no sé si querrá repetir.

—¿Vivirá aquí cerca?

—¿Quieres dejar de ignorar mis comentarios?! —Inquirió, empezando a frustrarse y siguiéndome al dormitorio.

—Lo siento, Jack. Pero soy una mujer de ciencias, que no cree en la magia, las leyendas, los mitos... Ya sabes, en cosas imposibles.

Me senté en el escritorio, contenta de tener algo que hacer. Me hice con un bolígrafo y empecé el trabajo de clase.

—Es curioso que no creas en la magia teniendo en cuenta que estás hablando conmigo.

Me quedé pensativa.

—¿Sabes algo acerca de por qué estás aquí?

—Lo siento. Sigo en blanco.

Me encogí de hombros y seguí concentrada en lo que hacía.

—No es que los demás no se interesen por ti. —Me dijo. —Es que tú no te interesas por los demás. —Se calló. —¿Recuerdas lo que me prometiste? Ahora tienes que seguir mis consejos. Está claro que a ese chico le importas.

Me dedicó una sonrisa traviesa y se pasó una mano por el pelo oscuro. Yo me quedé mirándole. Lo cierto es que esa sonrisa era mortal. Pero yo no daría muestras de ello. Me concentré en lo que hacía procurando no prestarle atención.

Sentí que sus ojos me observaban. Sus grandes ojos verdes... Sí, sus ojos, como su sonrisa, también eran “mortales”.

Capítulo 12



Beatrice había vuelto. Yo le ayudaba a preparar la comida mientras miraba de reojo a Jack, que jugaba a esquivar a mi tía. Si llegaran a chocarse... Puede que para él fuera gracioso, pero mi tía se asustaría bastante. No todo el mundo choca con apuestos jóvenes invisibles.

Era una mañana normal, de un sábado normal. Sin embargo, lo que ocurrió me sacó de la rutina por completo. Recibí alegre la llamada de Sophie, feliz de escuchar su voz un fin de semana.

Aun así, ella no estaba para nada contenta.

—Mel, ¿has visto el blog que está colgado en la página del instituto?

—Ya sabes que esas cosas no me interesan. Ni siquiera uso el ordenador. —Cada semana, había un apartado en la web del instituto en el que cualquiera podía colgar un blog personal para compartir fotos, comentarios, ideas... cualquier cosa. Era una propuesta a favor de la libertad de expresión.

La iniciativa al principio no tuvo mucho éxito. Pero, de vez en cuando, alguna que otra persona decidía apuntarse a la lista de espera. Y casi todas las semanas había algo colgado.

—Creo... Creo que deberías verlo. —Su tono me hizo saber que algo no iba bien. —¿Quieres que vaya a tu casa antes de que lo veas?

—¿Qué hay en ese blog, Sophie?

Un profundo suspiro.

—Sabes que son los mismos de siempre. Son unos niñatos... No te tiene que importar lo que digan.

—¿Qué han colgado?

Mi tono también se tiñó de preocupación, y mi tía se me quedó mirando. Subí escaleras arriba, en busca del portátil de Beatrice. Lo encendí a toda prisa, y me agaché al lado de la cama. Jack me siguió.

—Espera, espera, ¿qué es ese ruido? Inquirió ella al otro lado del teléfono.

—El portátil, se está encendiendo. No pienso esperar a que vengas. Sea lo que sea podré soportarlo. Además, sé que estás muy ocupada para salir.

—Saldría por ti.

—No lo dudo. —Le dije, escribiendo la dirección en internet. Pinché rápidamente en la sección de libre expresión y ahí estaba: El blog semanal. El autor era anónimo y el título...

“Mel, la marginada”

Seguí leyendo. La descripción del blog incluía una foto mía sacada, sin duda alguna, a traición, en alguna clase, y una serie de frases en las que “yo” me presentaba como una pringada.

Y había más fotos. Muchas fotos más. La mayoría estaban sacadas en clase. Y debajo de cada una de ellas figuraban pies de página demasiado dolorosos para nombrarlos. En algunos era

fracasada; en otros, gorda, fea, incluso zorra y apelativos de la misma índole, demasiado hirientes para recordarlos.

No me importaba lo que me dijeran. En mi interior una voz me gritó que no siguiera leyendo. Pero tenía que hacerlo.

—¿Mel...? —La voz de Sophie me llegó desde el otro lado de la línea. —Mel, no sabía si contártelo...

—Has hecho bien. —Dos lágrimas surcaron mis mejillas, pero mi voz siguió siendo fuerte. —No pasa nada. Sabes que estas cosas no me afectan.

—Sí, sé que eres fuerte. ¿Pero, seguro que estarás bien?

—Seguro. —Mentí descaradamente, sintiendo un vacío intenso que me oprimía las entrañas. —Nos vemos el lunes, ¿vale? Tengo que seguir preparando la comida con mi tía. Ni siquiera me interesa lo que escriban.

—De acuerdo. —Pareció convencida. —Un beso. Nos vemos.

Colgué y arrojé el teléfono a la cama. Me dejé caer de rodillas sobre el parqué, haciéndome daño. Seguí viendo fotografías humillantes, insultos, burlas... Destrozándome el alma.

Eres fuerte, eres fuerte. —Me repetía a mí misma, luchando por no derramar más lágrimas.

Un blog entero dedicado a mí. Se habían tomado una molestia inmensa solo para... para dejar constancia de lo ridícula que resultaba en el instituto. Llegué al final y vi el número de visitas.

Solo llevaba unas horas colgado y ya lo habían visitado más de 500 veces.

Ví el reflejo del rostro de Jack en la pantalla del portátil. Estaba pasmado, con la boca abierta y no se atrevía a decir nada.

—¿Mel? —La voz de mi tía desde la puerta me alarmó. —Cerré la página automáticamente y apagué el ordenador sin decir nada. Me sequé las lágrimas con la manga y me di la vuelta. —¿Estás llorando?

—¿Llorando? Oh, no. —Sonreí. —Sophie me había llamado para que viera un video. Lloraba de la risa.

—Luego podrías enseñármelo. —Propuso, risueña.

—Claro.

Salimos juntas de la habitación, camino a la cocina de nuevo.

—¿Cómo? ¿No vas a contarle nada? —Casi gritó Jack, saliendo del trance.

Yo sacudí la cabeza, consciente de que mi tía no podía verme.

—Eso es un ataque contra la integridad de tu persona. No es una broma de colegialas ni una tontería. Mel, lo que te han hecho es horrible. ¡Lo han colgado en internet! ¡Por Dios, no te quedes de brazos cruzados!

Sentí que las rodillas me temblaban y me apoyé en la encimera. Jack se acercó, dispuesto a recogerme si caía. Yo volví a negar con la cabeza.

—Mel, si las cosas se quedan así, los que han hecho esto ganan. No eres de piedra y ellos deberían saber que algo así va más allá de las bromas. Díselo a tu tía ahora mismo.

Fingí que no le escuchaba. Él me agarró por los hombros, olvidándose de que no estábamos solos, y me zarandó.

—¡Maldita sea, reacciona!

Se quedó así unos segundos, mirándome con sus intensos ojos verdes, enfadado. Yo me mostré inmutable.

—No te quedes ahí parada, y pon la mesa mientras sirvo esto. —Me pidió mi tía cariñosamente. Yo asentí, mirando a Jack, y este no tuvo más remedio que soltarme. Salió

disparado fuera de la habitación, cabreado, y yo puse la mesa, obediente. —Un momento. —Me dijo mi tía cuando la comida ya estaba servida. —Antes he ignorado un mensaje que tengo que contestar. Serán dos minutos.

Asentí y me senté, preguntándome dónde estaría Jack. No quería quedarme a solas conmigo misma, no con mis pensamientos. Necesitaba a alguien a mi lado.

Al cabo de unos instantes, los zapatos de mi tía sonaron sobre las escaleras y yo me volví hacia la puerta, esperándola.

Bajaba con el portátil entre las manos y gesto serio. Lo puso sobre la mesa, y le dio la vuelta hacia mí. Me incliné para verlo, aunque no me hacía falta. Porque sabía perfectamente qué tenía que enseñarme.

Me mordí los labios y le miré, desolada.

—Te has dejado el ordenador encendido, en esta página... ¿Qué es esto? —Sabía que no me lo había dejado encendido. Estaba segura de haber salido de esa página y, además, haber apagado el portátil. Jack apareció en el umbral de la puerta, tenía los brazos cruzados y apoyaba una pierna en el marco de la puerta.

—No podía dejar las cosas así. —Dijo, simplemente.

—Una broma, de unos idiotas. —Contesté a mi tía, luchando por no llorar.

—Esto no es ninguna broma. Ni siquiera he leído todo pero... pero esto es... —Volví a girar el aparato y siguió leyendo. Se llevó una mano a la boca, y después se acercó para abrazarme. Yo no lo soporté más y rompí a llorar, sintiéndome totalmente humillada. —No te preocupes. —Me acarició el pelo. —La gente horrible que te ha hecho esto responderá de ello.

—Tía, no. En una semana lo quitarán y todos lo habrán olvidado. —Sollocé. —No quiero más problemas.

—Dios mío... Tienes miedo. —Me miró con verdadera preocupación. —Esto no se va a quedar así. —Cogió el ordenador y salió de la habitación.

La comida se pospuso, indefinidamente. Y, durante todo el día, Beatrice estuvo pegada al teléfono. Primero con su abogado, siguiendo los pasos que este le decía para asegurarse de que guardaba una copia de todo lo que aparecía en el blog, por si lo borraban. Después llamó al instituto, donde quitaron la página inmediatamente. Y, más tarde, fue a poner una denuncia.

Mientras tanto, me quedé sentada sola en el sofá. La tele estaba encendida, pero yo mantenía la vista perdida, sin interés alguno por los cotilleos de los famosos o las series del momento.

En la cena, Beatrice me explicó cómo había puesto la denuncia y lo que había hablado con su abogado. Yo fingí escuchar, pero mi cabeza se había transportado muy lejos de allí.

Después de cenar me encerré en el baño. Había aguantado toda la tarde... Toda la tarde... Pero eso era demasiado, cualquier persona cuerda se habría derrumbado. Volví a rajarme, a marcar mi piel y, tristemente, aquella vez no me sentí mejor. Pero era algo que no podía evitar hacer.

Me acosté directamente. No podía concentrarme para leer. Ni siquiera para ver la tele. Así que decidí que lo mejor sería desconectar. Me tumbé y apagué la luz, pero no me molesté en cerrar los ojos.

Jack encendió la lámpara de la mesilla, y rodeó la cama hasta situarse frente a mí. Se tumbó mirándome, de medio lado, y nos quedamos los dos así, contemplándonos mutuamente. Yo, impasible; él, apenado.

—Todo irá bien. —Me aseguró.

—Sí. Ahora volveré a pasar por decenas de juicios, y al final puede que expulsen de la

escuela a quienes lo han hecho. —Dije, sin ganas. —Después seré la pringada marginada que echó del colegio a un par de chicas o chicos populares. —Hice una pausa. —Seguro que me odiarán aún más...

Jack frunció el ceño y advertí que sus nudillos se contraían al apretar el puño. Cogió aire para serenarse y medir sus palabras antes de hablar.

—Siento haber leído esa carpeta ayer... —Dijo, sinceramente arrepentido. —Pero, ahora entiendo un poco mejor ciertas cosas y tienes que hacerme caso. Sé que nos conocemos desde hace muy poco, que apenas sabemos el uno del otro... Pero aquí, —se llevó la mano al pecho. —siento como si te conociera de toda la vida, como si algo me uniera a ti. Y sí, me siento con derecho a preocuparme por ti. Así que, prométeme que escucharás.

Asentí. Las lágrimas volvían a acudir a mis ojos azules, ante la intensidad y la solemnidad de sus palabras.

—Sé que lo que piensan los demás, aunque te repitas a ti misma que no es así, tiene mucha repercusión en tu propia autoestima. Sé que haber leído esas barbaridades sobre ti te llevará a pensar que hay algo de cierto en ellas. —Fui a hablar, pero me puso un dedo en los labios. —Pero, te juro, te prometo con toda mi alma, que la forma en la que te ves no se acerca ni un ápice a la realidad.

Se me saltaron las lágrimas.

—La gente ha sido muy cruel contigo. Con una persona sensible, que ha sufrido demasiado para su edad. Y tú, sin saber defenderte, has agachado la cabeza y has cargado con todo el peso que eso conllevaba, con todas las etiquetas que te han puesto. Pero yo te demostraré lo equivocados que están quienes han escrito eso, quienes te han hecho sufrir. Te demostraré lo equivocada que estás tú. Y conseguiré que dejes de hacer eso. —Dirigió una fugaz mirada a mi brazo izquierdo.

Yo me quedé callada, paralizada. Él se acercó a mí y cerré los ojos con fuerza. Me rodeó con los brazos y me hizo apoyar la cabeza en su pecho, en un reconfortante y cálido abrazo.

—Mañana hablaremos. —Prometió. Y con esa promesa, y entre lágrimas, me quedé dormida sobre él, dejándome mecer por sus brazos.

Capítulo 13



Abrí los ojos. Estaba de medio lado y las primeras luces de la mañana empezaban a entrar entre las cortinas. Jack estaba acurrucado a mi lado, mirándome fijamente.

Me froté los ojos, percatándome de que estaban llenos de lágrimas resacas y las sensaciones del día anterior me invadieron. Pero ya no me sentía tan mal, tan desolada.

—Hola. —Susurró, con un ojo cerrado. —¿Cómo estás?

—Mejor. —Un repentino rubor tiñó mis mejillas. —¿Llevas mucho despierto? —Él negó con la cabeza. —Siento lo de ayer.

—No pidas perdón por exteriorizar tus sentimientos, así es como se hace. —Me dijo, con tono de regañina.

—Sé que no debe afectarme lo que los demás piensen de mí pero... no entiendo qué he hecho para merecerme eso. ¿Por qué se portan tan mal conmigo?

Jack se encogió de hombros, verdaderamente triste.

—Hay gente que simplemente es mala, y otros que se dejan llevar. —Apoyó su cabeza en la mano. —Te traería el desayuno a la cama, pero como tu tía miraría mal una bandeja que sube sola las escaleras... mejor tráemelo tú.

Consiguió hacerme sonreír.

—Creí que no sentías hambre.

Se encogió de hombros.

—Lo sé. Pero, bueno, me ha parecido buena idea desayunar juntos.

—Traeré algo, aunque tú no comas... —Le dije, poniéndome en pie. Él me sonrió y yo bajé al primer piso dándome cuenta de lo extraña que era la situación. Sacudí la cabeza; para mí, ya nada sería extraño nunca más.

Esa tarde recibí la visita de Sophie. Se había escaqueado de sus obligaciones una horita y había decidido invertirla preguntándome cómo estaba. Por lo demás, la tarde fue tranquila y rutinaria. Cuando llegó la noche, en cambio, Beatrice me dijo que el lunes sería mejor quedarme en casa.

—Algún día tendré que volver. —Protesté.

—Bueno... solo quedan unos días para las vacaciones de Navidad.

—¿Quieres que me quede en casa una semana? —Casi grité.

—Hablé con la policía y con el doctor Klen. Dicen que, por el momento, es mejor que no aparezcas por la escuela. Mañana irán a hacer preguntas, aunque creen que ya tienen la dirección desde donde se publicó ese blog. Así que, no les llevará mucho.

—Puedes hacer lo que quieras. —Jack, a su lado, se había cruzado de brazos y me miraba atento. —Pero recuerda que cuanto antes aparezcas, será mejor. Si no, después resultará raro.

—Pienso ir mañana. No llamaré la atención. —Mi tía ladeó la cabeza. —Beatrice, de

verdad, estaré bien. No pienso quedarme escondida en casa. Eso es lo que quieren ¿no? ¿Qué sufra? Pues les demostraré lo fuerte que soy. —Sentencié.

Mi tía asintió, medio convencida, y Jack meneó la cabeza de arriba abajo, con aprobación.

La mañana del lunes, después de ducharme y desayunar, me planté frente al armario, indecisa.

Jack se me acercó y me susurró al oído.

—Ponte algo llamativo.

—¿Llamativo? Precisamente quiero pasar desapercibida.

—Ahí tienes ropa que nunca te pones y que seguro que te sienta genial.

—Vaya, acabo de tener un dèjá vu... —Me burlé. Él me dirigió una mirada desdeñosa, pero siguió.

—Hasta ahora has agachado la cabeza. Es hora de que cambies de estrategia. Tú se lo dijiste a tu tía. Demuéstrales que eres fuerte, demuéstales que estás orgullosa de cómo eres y que no te importa que la gente se fije en ti.

Cogí aire y me concentré en el armario. Alcé un bonito jersey rojo de manga larga y unos vaqueros negros. Le obligué a darse la vuelta y empecé a vestirme.

—No sé por qué no quieres que te vea. Si ya no podemos hacer nada más íntimo que compartir la cama... Y eso lo hacemos cada noche.

Me giré, ya vestida, y le lancé una bota, por descarado.

—Vaya. Te queda muy bien. —Comentó, al verme.

Yo sonreí, satisfecha.

Por el camino me encontré con Sophie, como de costumbre. Trató de animarme, pero se encontró con que yo misma estaba bastante animada.

En clase el ambiente era pesado y la tensión podía palpase sin esfuerzo. Todos, absolutamente todos, estaban enterados de lo ocurrido y no se atrevían a mirarme directamente.

Solo Lucie, desde su rincón, me dirigió una mirada sorprendida, que dio paso, más tarde, a una de desdén.

Aquel día no llamé la atención, nadie se atrevió a hacerme ningún comentario, así que fue un día tranquilo. No obstante, al llegar a casa a la hora de comer, me encontré con el doctor Klen en la cocina.

Miré a mi tía, molesta, pero ella simplemente sonrió.

—Es la hora de comer. —Me quejé.

—Puedes comer mientras hablamos. —Solucionó el doctor, haciendo un gesto con la mano.

Yo alcé la mirada, resignada, y fui hacia una gran cazuela con espaguetis para servirme.

Durante una hora, el buen hombre creyó que me ayudaba haciéndome hablar, todo el tiempo, de lo mismo. Yo, sin embargo, cada vez me sentía más abatida y desganada. Solo quería que todo pasara rápido y que se olvidaran del asunto.

Al día siguiente, las cosas seguían igual de tensas en el instituto. A la hora del descanso, todos abandonaron la clase y solo Sophie y yo nos quedamos dentro. La gente ni siquiera quería estar ya cerca de mí.

No obstante, cinco minutos después de que nos quedáramos completamente solas, un muchacho de mediana estatura se asomó por la puerta. Iba a algunas clases conmigo, era el chico que me había llevado los apuntes a casa. Al verlo, me dije que debía preguntarle a Sophie por qué no me los llevó ella.

No presté atención al muchacho, y seguí garabateando en mis apuntes mientras mi compañera terminaba de hacer unos ejercicios para la siguiente clase.

—Esto... Hola.

Alcé la cabeza, esperando ver cómo se dirigía a Sophie; pero no, era a mí.

—Hola. —Ni siquiera sabía su nombre. Fruncí el ceño.

—He visto lo que han hecho... en ese blog. —Era larguirucho y algo pálido. Aun así, su tímida mirada tenía cierto encanto. Sus ojos, rodeados por las monturas de unas gafas negras, eran del color de la miel. No recordaba haberlo visto con gafas la última vez, así que imaginé que las usaría solo en el instituto.

—Ya, ¿quién no? —Inquirí.

—Mel... No seas borde. —Escuché la voz de Jack desde una de las esquinas del aula, mirándome con desaprobación.

—Quiero decir que todo el mundo lo ha visto, ¿no? —Aclaré, esta vez con un tono de voz más dulce.

—Quiero que sepas que si me entero de algo te lo diré.

—Se agradece.

Ví cómo Sophie nos miraba de reojo, con una sonrisa traviesa.

—¿Puedo ayudar de alguna manera?

—No, que yo sepa. Pero gracias.

—Ya... —Miró a ambos lados, intentando encontrar algo que decir. —Esto... A lo mejor te apetece despejarte y olvidarte de todo. Conozco un sitio que está bastante bien.

—Sí, estaría bien, algún día. —Procuré sonreír.

—Tú... solo dime cuándo. —Dio un par de pasos atrás y alzó la mano con timidez antes de marcharse.

Sophie dejó lo que estaba haciendo para mirarme.

—¿No vas a quedar con él?

—No. —Sentencié. Con Daniel había tenido suficiente por aquel mes, y por aquel año...

—Oh, vamos. Es mono y siempre ha sido amable contigo.

—No sé ni cómo se llama. Solo sé que se sienta en la fila de atrás en algunas clases.

—Queda con él. —Intervino Jack. —Te vendrá bien salir un poco y un nuevo amigo nunca está de más.

—No saldré con él. —Repetí, esta vez para Jack y para Sophie.

Las clases transcurrieron con la monotonía de siempre. Solo una de las horas se hizo amena gracias a los ejercicios prácticos que propuso la profesora. Mientras recogía la mochila y metía dentro todos los libros, el mismo muchacho de antes, cuyo nombre (vergonzosamente) aún desconocía, se me acercó.

—No te he contestado antes porque la profesora me estaba mirando. —Me dijo, descolocándose y con una sonrisa un tanto bobalicona en el rostro. —Pero esta tarde me parece bien. Sé dónde vives, así que pasaré a buscarte a la hora que me has dicho.

—Oh. —Dije.

—Le he mandado una nota. —Me explicó Jack. —Has quedado con él a las seis, así tendrás tiempo de hacer deberes antes.

Le fulminé con la mirada y reprimí el impulso de arremeter contra él a patadas.

—¡Hasta luego! —Gritó, dicharachero.

—Sí, hasta luego...

—Vaya, vaya. —Comentó Sophie, con una sonrisa triunfante. —Mira quién ha cambiado de opinión.

—Sí, ya ves...

Capítulo 14



A las seis, puntual, el muchacho acudió a buscarme. Jack me explicó que había oído que se llamaba Mike. Era un tipo agradable, bastante tímido, como yo. Pero no le faltaba labia.

Me llevó a un café del barrio y estuvimos charlando cerca de hora y media. Durante el camino de vuelta, Jack nos siguió de cerca, poniendo la oreja. Me despedí y entré en casa. Beatrice, que había rechazado dar una conferencia fuera de la ciudad para quedarse conmigo, me preguntó si era el mismo chico que la última vez.

Yo le dije que no y ella se extrañó, sin saber qué decir.

Cuando, por fin, Jack y yo nos quedamos solos en mi cuarto quince minutos antes de cenar, me interrogó.

—¿Y bien? ¿Qué tal te lo has pasado?

—Me lo he pasado bien. Pero Mike no me gusta.

—¿Por qué? —Protestó.

—¿Por qué te importa? —Le hice un gesto con la mano para que se girara mientras me deshacía de mis pantalones y me ponía los del pijama.

—Porque no quiero que pienses que todos somos iguales que Daniel. —Dijo, muy serio.

Yo me di la vuelta despacio, evaluando la gravedad de su rostro bronceado.

—Me pareció entender que tú también actuabas así con las chicas.

Jack suspiró con fuerza y se llevó las manos a la cabeza, pasándolas por su oscuro cabello.

—A mí me gustan las chicas, puede que haya hecho daño a alguna que otra, pero no de esa forma.

—Entiendo. —Dije, volviendo a darme la vuelta, pero sin entender en realidad. Me deshice de la camiseta, consciente de que Jack podía ver mi espalda desnuda. Las puntas del cabello negro me rozaban los hombros y me hacían cosquillas. —Mira. —Volví a girarme, ya vestida. —Ahora mismo no quiero pensar en chicos. Nunca lo había hecho y no tengo necesidad de hacerlo ahora. Lo de Daniel ocurrió hace nada, así que necesito tiempo.

Entonces fue él quien asintió con aire ausente. ¿Me habría escuchado realmente?

Me metí a la cama sobre las diez. Pero no me apetecía leer, ni ver la tele. Así que me acurruqué de medio lado y me quedé mirando a Jack.

—¿Qué leíste en aquella carpeta? —Le pregunté, con los ojos brillantes, más por miedo que por curiosidad.

Jack me miró desde arriba, sentado sobre la almohada y con los brazos tras la cabeza.

—¿Por qué quieres saberlo?

—Quiero saber qué opina ese loquero de mí. —Me encogí de hombros, quitándole hierro al asunto. —Es normal, ¿no te parece?

—Siento haberlo leído. Solo quería molestarte, en ningún momento pensé que estaba

violando algo personal.

—El día que te pusiste delante de mí mientras me cambiaba también violaste algo personal. Y aún no he recibido disculpas.

Jack soltó una sonora carcajada. Miré a la puerta instintivamente, temiendo que el ruido hubiera molestado a Beatrice al otro lado del pasillo. Después, me di cuenta de que era la única que podía escuchar su preciosa risa.

—Bueno, eso es porque no me arrepiento. —Alzó una de sus cejas negras y me miró, divertido. Yo sacudí la cabeza.

—Dímelo ya.

Jack se tomó unos segundos. Después bajó las manos y las entrelazó en su regazo.

—No me dio tiempo a verlo todo. Pero leí cómo tus padres se divorciaron, quedando tu madre sin apenas medios para sacarlos adelante. Luego, leí que se endeudó y bueno... —Dudó.

—Fue a pedir un préstamo que nos era imprescindible y que no le concedieron. La frustración le condujo hasta la licorería más cercana. Y al regresar, tuvo un accidente con el coche y se mató. —Le ayudé. —¿Qué más?

—Leí que le entregaron tu custodia a tu padre, pero que se negó a aceptarla. Te quedaste con la hermana de tu madre un tiempo, quien en un principio tampoco tenía intención de adoptarte. Pero, tras varios juicios contra tu padre y viendo la situación en la que te encontrabas, aceptó quedarse contigo. El doctor Klen cree que todos esos problemas han influido en ti de diferentes maneras: te da miedo establecer relaciones con la gente porque en tu interior crees que te abandonarán y tu autoestima es muy baja. Eres tan insegura que no tienes un auto—concepto real de ti misma y la forma en la que te ves, solo es la forma en la que te ven los demás.

Me quedé callada unos instantes.

—¿Algo más?

—Había más cosas. Pero no entendí ni la mitad. Las pastillas que tomas cada mañana, son antidepresivos, ¿verdad?

Asentí.

—Ninguna chica de dieciséis años debería pasar por lo que estás pasando tú.

—No quiero que te compadezcas de mí, por favor. —Le dije, tal vez más duramente de lo que pretendía.

—No me compadezco. Lo siento.

Se hizo el silencio.

—Oye, tú ya sabes cuáles son mis fantasmas. Háblame de los tuyos. ¿Recuerdas más cosas?

Jack se acomodó frente a mí, en la misma postura en que yo lo observaba. Tener un amigo al que solo yo veía tenía sus ventajas. En las noches de insomnio como aquellas podía contar con charlar con él.

—Recuerdo una chica. Una chica de piernas largas y melena rubia. No logro recordar su rostro con claridad, pero sé que la chica era guapa. —Asintió, como si se convenciera a sí mismo.

Sí, esa parecía la descripción de la clase de chica de la que andaría detrás un chico como Jack.

—Recuerdo peleas en privado y muchas caricias y sonrisas en público. Creo que hice algo mal, tal vez la engañé... Dejó de gustarme, y me parece que yo a ella también. Pero seguimos juntos, porque ambos éramos populares y ella quería que los demás nos vieran felices.

—Espera, espera. ¿Quieres decir que esos son tus recuerdos? ¿Están volviendo?

—Retazos, muy lentamente.

—Pero que tengas esos recuerdos implica que antes estuviste... —Vacilé. Ese era un tema delicado. —Vivo.

—Y ahora también lo estoy. —Protestó, acusativo.

Puse los ojos en blanco.

—Lo sé. Pero me refiero a que eras como yo, de carne y hueso, alguien a quien los demás podían ver.

—Eso parece.

—¿Y qué pasó?

—Aún no lo sé. Puede que acabe recordándolo todo.

Le contemplé, pensativa. A pesar de verle con normalidad, si me paraba a pensar, el hecho de estar hablando con él era totalmente irreal, surrealista.

—Cuéntame más. ¿Realmente engañaste a esa chica con otra?

—No lo sé. —Sacudió la cabeza. Después alzó los ojos para mirarme. —Ni siquiera sé lo que pasó. —Se apresuró a aclarar. —Solo son retazos sueltos. Puede que ella me engañara a mí o que lo que recuerdo ni siquiera sea mi vida.

—Tranquilo. —Le calmé. —Sé que no eres un mal chico.

Jack sonrió. Aliviado, sin duda.

—No me gustaría tratar de convencerte de que no todos somos malos siéndolo yo.

Sacudí la cabeza.

—No sé cómo serías antes, antes de... —Me detuve, ni siquiera sabía cómo definir su nuevo estado. —Lo único que sé es que ahora eres bueno.

—Entonces, ¿darás una oportunidad a tu compañero de clase?

—No. No me gusta, Jack. —Sus ojos se clavaron en mí. —No es mi tipo.

Él me escrutó, interrogante.

—¿Y cuál es tu tipo?

“Tú”. Susurró una vocecita traviesa en mi interior.

—Aún no lo sé. Lo estoy buscando. —Explicué. Sin darme cuenta, estaba bostezando y me tapé con las mantas hasta el cuello.

Repentinamente, sentí las manos de Jack deslizarse bajo los ropajes, sentí sus dedos tibios en mi muñeca y el corazón me latió más deprisa. Luego me di cuenta de lo que pretendía: levantó con cuidado la manga y se llevó el brazo a dónde pudiera verme las marcas.

Sonrió, satisfecho, al no encontrar ningún corte nuevo. Me miró con orgullo.

—No te muevas, iré a buscar el botiquín.

—Que mi tía no lo vea flotar por ahí. —Le advertí.

—Descuida.

Yo asentí, cerrando los ojos unos instantes mientras regresaba. Bostecé de nuevo y ya no le vi volver.

Desperté temprano, unos minutos antes de que sonara el despertador. Sentí algo pesado rodeándome la cintura y descubrí que se trataba del brazo de Jack.

Esto empieza a resultar raro. —Me dije a mí misma. Pero, aun así, no le molesté. Me quedé un rato así, disfrutando de los cinco minutos que quedaban antes de que sonara la alarma. Cuando sucedió, Jack se despertó de súbito y yo esperé a que se diera cuenta de dónde tenía el brazo, para que lo retirara por sí mismo.

Así lo hizo y yo me levanté, perezosa. Tomé una de las pastillas de mi mesilla y me fui a la ducha, dejando que el muchacho se acostara de nuevo, somnoliento.

Como de costumbre, desayuné lo que pude, me eché la mochila al hombro, retoqué mi peinado y me encontré con Sophie de camino al instituto.

La mañana fue larga. Ni Keyla ni Lucie aparecieron por clase y, después del descanso, el director me llamó a su despacho para hacerme algunas preguntas. Allí estaban las dos, cabizbajas y con cierto desprecio en los ojos. Estaban asustadas. Me pregunté si habrían sido ellas. Y, de ser así, quién más les habría ayudado.

Jack se mantuvo de pie, husmeando como siempre. Después de aquello, el director me dio el día libre. Al parecer estaba sufriendo mucha presión y había hablado con mis profesores; podía permitirme perderme un par de clases.

En lugar de ir a casa, nada más salir tomé el camino en dirección a la parada del autobús. Jack, que andaba en manga corta en pleno invierno, me preguntó curioso a dónde nos dirigíamos. Yo aguardé, no podía responderle en público.

Cuando bajamos y caminamos a través de varias calles para pararnos delante de un edificio de piedra gris, se dio cuenta de que íbamos a la biblioteca.

Subí al segundo piso, busqué la referencia de unos cuantos libros en el catálogo de los ordenadores, y me hice con cuatro o cinco ejemplares. Los llevé a una mesa apartada, para poder charlar con Jack sin que nadie me escuchara, y abrí el primer volumen.

Jack levantó la tapa y la ojeó, curioso.

—¿Nigromancia y artes oscuras? —Enarcó una ceja, a punto de echarse a reír.

—Bueno, si tienes una idea mejor para buscar qué te ha ocurrido, estoy abierta a opciones. —Susurré.

Se sentó en una silla a mi lado y se inclinó para ojear el resto de los libros. Así estuvimos cerca de tres cuartos de hora, yo anotando cosas que podían resultar interesantes y Jack sorprendentemente distraído y calmado para lo que era él.

Me levanté un par de veces a consultar el catálogo nuevamente y a por más libros. En el pasillo del que los había estado sacando había un joven de mi edad. Miraba con aire pensativo los estantes. Había más de siete huecos vacíos. Yo miré a otro lado, avergonzada. No sabía cuántos volúmenes podían consultarse al mismo tiempo. Pero seguro que había excedido el límite.

Cogí el que necesitaba y volví deprisa a mi sitio.

Ambos estábamos tan distraídos que no nos dimos cuenta de que el joven del pasillo se nos acercaba. Iba directo a mi mesa, mirándome, mirando la silla a mi lado...

Se va a sentar sobre Jack, pensé, deseando que él también se diera cuenta. El muchacho, sin embargo, no pareció entenderlo hasta que lo tuvo demasiado cerca, y entonces se dejó caer al suelo, con gran estrépito, antes de que se le sentara encima. Cerré los ojos como reflejo al golpe y cuando los volví a abrir un joven de ojos castaños, de quince o dieciséis años, me miraba divertido.

—Hola. —Sus ojos eran brillantes, un tanto ambarinos, y su sonrisa encantadora, y algo burlesca. Tenía el pelo oscuro, más oscuro que Jack. Pero era algo más bajo y también menos musculado.

—Hola. —Respondí, avergonzada.

—Vaya. —Silbó. —¿Vas a invocar a Belcebú o a Astaroth?

—¿Qué? —Parpadeé.

—Era una broma. —Cogió uno de los tomos que ojeaba y yo me sentí patética. —Entonces, ¿qué intentas?

—¿Intentar? Yo... Nada. —Dije, sincera.

—¿Buscas algún conjuro? ¿Contra el mal de amores?, ¿para aprobar exámenes?, o ¿para enamorar a algún chico, tal vez?

—No creo en esas cosas. —Repliqué, viendo cómo mi querido y etéreo amigo Jack se ponía en pie, malhumorado y estirándose la ropa. El otro joven siguió mi mirada, enarcando una ceja. Por suerte, no dijo nada al respecto y siguió hablando. —Para ser una persona no creyente, se te ve muy interesada.

—Lo estoy.

—Pero no te crees nada de esto. —Abarcó con una mano los volúmenes. —¿Desde qué lógica analizo eso?

—No tienes que analizar nada. —Repuse, un tanto molesta por su atrevimiento. —Porque no es de tu incumbencia.

—Touché. —Se llevó la mano al pecho, como si acabara de recibir el disparo de una bala. Se puso en pie, colocando la silla en su sitio sin hacer ruido. —Ha sido un placer conocerte... — Esperé a que le dijera mi nombre, pero no le di esa satisfacción. —chica demonología. —Me bautizó sonriente, satisfecho consigo mismo por el absurdo nombre que había elegido para mí. Yo me lo quedé mirando, aguardando a que se marchara. —Solo espero que esa presencia que te ronda no sea maligna, porque la tienes muy cerca... Y desde tan cerca, chica demonología, incluso las almas más escépticas son vulnerables. —Giró sobre sus talones, con las manos en los bolsillos, y casi pude ver cómo sonreía ante mi estupefacción.

—¡Espera! —Levanté la voz, alzándome y haciendo chirriar las patas de metal de la silla contra el suelo blanco de la biblioteca. —Espera. —Repetí en voz más baja, sintiendo las miradas furibundas de varios estudiantes. —¿Qué estás diciendo?

—Ah, así que tienes miedo.

¿Tenía miedo? No. Hasta ese instante no me había planteado tal cosa. Miré de nuevo a Jack, quien parecía tan sorprendido como yo. Tenía sus ojos verdes abiertos de par en par, y parecía como si hubiese recibido una bofetada. ¿Presencia maligna?

—¿A qué te refieres con presencia maligna?

—Este no es buen lugar para hablar. —Se encogió de hombros. —¿Te apetece venir a casa de un extraño al que quieres conocer y que quiere hablarte de presencias sobrenaturales?

Estaba demasiado aturdida para reírme. Pero he de reconocer que tuvo su gracia. Sabía perfectamente que iría, aun percatándose de lo extraño que podía resultar aceptar una invitación así.

Por toda respuesta, recogí todos los libros deprisa, ordené mis notas y las metí en la mochila. Coloqué los ejemplares encima de una estantería, para que el encargado pudiera recolocarlos, y me planté frente al chico, que me esperaba con las manos metidas en los bolsillos de los vaqueros.

—Vamos. —Hizo un gesto con la cabeza, conduciéndome a la salida. Yo llevaba la mochila entre los brazos, como si abrazar un trozo de tela me resultara reconfortante.

—¿Eres médium o algo así? ¿Cómos sabes que me ronda algo? —Pregunté en cuanto salimos a la calle.

—Shuuuuut. —Me mandó callar, dirigiendo una sonrisa forzada a la primera persona que se nos cruzó. —La gente podría oírte. —Sin duda, estaba exagerando, y hubiera resultado cómico en otra situación menos alarmante. —No vivo lejos de aquí, tranquila.

—¿Por qué has dicho que podría ser maligna? —Le ignoré. —¡Vamos, dime algo!

—Mel, sabes perfectamente que no soy una “presencia maligna”. —Bufó Jack, a mi lado.

—¡Por favor! —Gritó el otro muchacho, parándose en seco y atrayendo la atención de varios

transeúntes. —Ya te he dicho que no vendo drogas. —Gritó, haciendo que enrojeciera. Echó a andar, y me quedé rezagada, deseando que la gente hubiera comprendido que se trataba de una broma.

—¿Le doy? —Preguntó Jack.

Yo alcé una mano delante de su pecho, indicándole que le dejara en paz. Le seguí en silencio, escarmentada, hasta que llegamos frente al portal de unos apartamentos.

Metió la llave en la cerradura y la abrió con un chasquido.

—Las damas poseídas primero. —Dijo, fingiendo una reverencia. Yo abrí mucho los ojos, asustada. Él rió. —Era broma. Vamos, pasa.

Entré al portal y me gritó que subiera al segundo piso. Allí, unos rótulos pregonaban frente a una puerta algo desgastada “CONSULTA DE ROXANE”.

Introdujo una nueva llave en la cerradura y me percaté de que estaba cerrada desde fuera. Estaríamos solos. Miré a Jack de reojo, ¿sería buena idea?

Sin pensármelo más, entré y salí a un pasillo estrecho que daba a un amplio salón con un sofá y una tele, algunos muebles de madera a juego con el suelo, un gran armario lleno de cubertería fina... Se trataba de una casa normal.

No pude entretenerme mucho. El chico me condujo hasta una sala cuya puerta estaba al otro lado del salón. Era un cuartucho pequeño, con un gran diván rojo y un sofá enfrente. También había un escritorio y una estantería con diversos volúmenes. Una sola ventana profería una iluminación bastante pobre a la estancia.

—Siéntate. —Me ofreció, señalando el diván.

Obedecí y crucé las manos sobre las rodillas. Él se sentó en el sofá, frente a mí.

—Ahora, las preguntas. —Me dijo, contento.

—¿Cómo te llamas?

—Tú no has querido decírmelo antes.

—Está bien. Chico médium. —Jugué a su juego, estaba ansiosa por saber qué podía decirme, y precisamente su nombre no era lo más importante. Él soltó una sonora carcajada. —¿Dónde estamos?

—Es la consulta de mi madre. Es una estudiosa del esoterismo. Aunque trabaja fuera de casa, tiene un pequeño despacho aquí para poder orientar a la gente por su cuenta.

—¿Es bruja o algo por el estilo?

El joven rió, echándose hacia atrás en el sofá granate.

—Por Dios, no. Ella no es una de esas adivinas de pacotilla. Tiene un don, pero trabaja de forma científica. Colabora con varias organizaciones, destapando fraudes, desmintiendo a chalados que dicen ver cosas extrañas... También escribe para periódicos y revistas locales, da conferencias de esotérica...

—Oh. —Dije, sin saber qué más añadir. —¿Y tú has heredado sus poderes o algo así? —Pregunté, sintiéndome estúpida.

—Sí, algo así. Simplemente tengo una sensibilidad especial y puedo sentir cosas que otros no comprenden. Además, como vivo con ella, he aprendido algunas cosas. ¿Y bien? ¿Desde cuándo te ronda tu amigo el diabólico?

—Se llama Jack.

El chico no se movió, me escrutó con sus ojos ambarinos y aguardó. Desvió la vista hacia abajo, donde se extendía una fina mesa de madera.

—Así que ya tiene nombre. —Asintió. —¿Y te lo ha dicho él? —Trató de reprimir una media

sonrisa.

—Pues sí. Puedo hablar con él.

—Ya veo... —Murmuró. Se frotó la barbilla. —¿También puede cantar?

Le dediqué una mirada furiosa y arrugué el entrecejo.

—No me lo estoy inventando. —Le dije, seria. —Tú has aparecido contándome estas cosas y he creído que serías más comprensible.

—Ya te he dicho que mi madre y yo somos personas de ciencia. Ella se dedica a desmentir a gente que intenta llamar la atención. —Se encogió de hombros. —En todos los años que he estado con ella, viendo, oyendo, sintiendo cosas extrañas, nunca he conocido el caso de alguien que pudiese mantener una conversación fluida con uno de esos “entes”.

—No me crees. —Abrí los ojos. —Tú mismo has sentido esa presencia. —Le espeté.

—Puede que me equivocara. —Se encogió de hombros.

Le fulminé con la mirada, realmente enfadada. Me sentía humillada. Me había llevado hasta allí, haciéndose el entendido y ahora me daba con la puerta en las narices, llamándome loca.

—¿Mesa o libros? —Me preguntó Jack, de pie tras él diván y alzando una ceja. Yo levanté la cabeza para mirarle, relamiéndome.

—Mesa. —Le dije, sonriendo con malicia y mirando al chico, que ponía los ojos en blanco al ver que hablaba sola.

Jack se acercó hasta la mesa y se agachó para agarrarla de una pata. La alzó en el aire y el chico, en su asiento, se sobresaltó. Jack simplemente la movía de un lado a otro, pero él únicamente veía cómo la mesa flotaba sola en el aire.

Se levantó de golpe.

—Madre de Dios. —Dijo, aturdido.

—Chico médium, Jack. —Los presenté, con regocijo.

Jack movió la mesa de tal manera que simulaba un saludo. Después la dejó en el suelo y se sentó a mi lado, cansado.

—Vale. —Dijo él. —Vale. —Alzó las manos. —Vale. —Volvió a repetir, incrédulo.

—Nadie puede ver ni oír a Jack. Pero puede interactuar con las cosas materiales. Yo, en cambio, puedo verle, oírle e incluso sentirle. —Recordé los reconfortantes abrazos que había compartido conmigo. Sus brazos envolviéndome... Y una cálida y repentina sensación me inundó.

—¿Te ha dicho qué quiere de ti?

Yo negué con la cabeza.

—No lo sabe. No recuerda qué le ha pasado. Solo tiene pequeños retazos de una vida que ni siquiera sabe si es la suya.

—Dile que me siento unido a ti. Si estoy lejos, siento que algo tira de mí. —Me recordó mi etéreo amigo.

—Está unido a mí. —Repetí. —Si se aleja demasiado siente que algo lo atrae.

—Vaya... —Murmuró. —¿Te apetece quedarte a comer? Hago unos macarrones riquísimos y mi madre no llega hasta la tarde. Podemos esperarla para que te dé su opinión.

—No, no. No puedes contárselo a tu madre. —Le dije, asustada repentinamente.

—¿Por qué no?

—Prométeme que no lo harás.

—Claro, no lo haría sin tu consentimiento... Pero no sé si yo solo voy a poder ayudarte, ella sí que podría.

—¿Por qué no quieres que lo sepa su madre, Mel? —Preguntó Jack, confundido.

—Parece que es una persona muy conocida. —Le dije, sin miedo a que el chico me viera hablando sola. —No quiero que nadie más pueda enterarse de esto.

—Tienes razón.

—¿Hablabas con él? —Preguntó el chico médium.

Yo asentí.

—Aún no me lo creo. —Meneó la cabeza. —Quiero decir, sí que me lo creo pero... ¡vaya! —Exclamó. —En fin, quédate a comer, prometo no decirle nada a mi madre, pero tengo que hablar un rato más contigo.

Miré el reloj. Ya era la una del mediodía, me encogí de hombros y asentí. Ya me había metido en la casa de un extraño que decía ser sensible a cosas que otros no veían, así que... quedarme a comer sus macarrones no sería, en comparación, ninguna locura.

Capítulo 15



Ciertamente, sus macarrones con queso eran deliciosos.

Me había conducido hasta la cocina, donde los muebles eran más modernos que en el resto de la casa.

—¿Quiere Jack macarrones? —Preguntó el muchacho, como si acabase de caer en la cuenta de su descortesía. Yo no supe si bromeaba o hablaba en serio.

—No come.

—Oh. —Asintió, llevándose el tenedor a la boca. Se quedó pensativo y miró el asiento vacío a mi lado, donde estaba Jack. —Puede que esta sea una pregunta delicada pero... ¿Cómo moriste, Jack?

—Dile que no estoy muerto. —Espetó él, furioso. Sí, ese era un tema delicado.

—No recuerda haber muerto. —Sentí cómo me fulminaba con la mirada, esa respuesta dejaba abierta la posibilidad de que sí lo hubiera hecho. Él no quería admitirlo, pero yo sabía que si queríamos llegar hasta el fondo del asunto deberíamos barajar todas las opciones.

—Ya veo. Un tema espinoso. —Comprendió. Alzó una ceja, cambiando totalmente la expresión. —¿Y cómo es? Descríbeme a Jack. Quiero hacerme una idea de a quién tengo delante. —Sonrió ampliamente.

—Bueno... Es alto y moreno.

—Oh, vamos. Mójate un poco. Seguro que a él no le importa lo que tengas que decir de su imagen. —Rió.

—Sí, a ver cómo me describes. —Me retó Jack, divertido también.

Me sentí observada por los dos muchachos, expectantes, y me esforcé por no sonrojarme.

—Tendrá unos dieciocho años, tal vez un par más. Tiene el pelo oscuro, castaño. —Miré directamente a Jack, para que pareciera que necesitaba verlo para describirlo. No obstante, me sabía de memoria las curvas angulosas de su rostro y las peculiaridades de su sonrisa. —Los ojos verdes y grandes, muy despiertos. Mandíbula marcada y tez morena, bronceada, tostada. Me saca cabeza y media y... y... —No pude evitarlo, sentí el rubor tiñendo mis mejillas. —Se nota que es deportista. —Busqué una forma poco vergonzosa de decir que estaba como un tren y aparté la mirada, dando por terminada mi descripción.

—Así que Jack es un guaperas. —Asintió, impresionado. —¿Está contigo en todo momento?

—Sí.

—¿Y puedes sentir su contacto?

—Sí.

El muchacho rió con ganas.

—Entonces no sé qué problema tienes. —Arqueó una ceja, sugestivo. —Muchas chicas firmarían por tener el “problema” que tienes tú.

—Eso es cierto. —Apuntó Jack, dándose aires de grandeza y recostándose en la silla.

Yo alcé la mirada. ¡Chicos...!

—¿Por qué crees que está conmigo? —Recordé los deliciosos macarrones en el plato y aproveché para dar un par de bocados más.

El chico se inclinó hacia delante, apoyando la barbilla en sus nudillos.

—¿Porque tienes unos ojos bonitos, tal vez?

Me quedé callada, sin saber qué responder. Sacudí la cabeza, aturdida. No estaba familiarizada con los piropos y no sabía cómo responder ante ellos.

—¿No tienes ni idea, verdad?

—No. Por eso te digo que podemos contárselo a Roxane, mi madre. Ella podría investigar.

—No, no quiero. —Alcé las manos. —Trabaja con más gente, es conocida... No quiero arriesgarme a que nadie más se entere. —Miré a Jack. —¿Tú lo comprendes, no?

Él asintió y yo se lo agradecí. Lo único que me faltaba era que me tacharan de loca.

De pronto, se escuchó el ruido de una puerta al abrirse. Y, después, al cerrarse. Miré al chico.

—Creía que tu madre no llegaba hasta tarde. —Susurré.

—No te preocupes. No le diremos por qué estás aquí. —Me tranquilizó. Jack, atento, se levantó y se dirigió a una esquina, para que la mujer no se pudiera tropezar con él por accidente.

Una mujer alta y morena irrumpió con sus tacones resonando en el parque. Era bastante más mayor que mi tía Beatrice, tenía ciertas ojeras, pero se conservaba bien. Llevaba los ojos oscuros maquillados y los labios pintados de rojo. Le sobaban algunos kilos, pero la mujer parecía ágil.

—Hola. —Dijo una voz algo grave.

Yo me giré, esperando que el chico intercediera por mí.

—Christian, ¿quién es tu amiga? —Así que se llamaba Christian...

—Soy Mel. —Me apresuré a decir.

—Es mi novia. —Soltó él, risueño.

—No lo soy. —Dije, sin pensármelo.

Roxane rió con ganas.

—Bueno, os dejo solos. Parece que tenéis que aclarar los términos de vuestra relación. —Se deshizo de un pañuelo que llevaba echado al cuello. —Por si quieres algo, Christian, estaré en mi habitación.

Cuando nos quedamos solos y escuché el ruido que hacía la puerta de su cuarto al cerrarse, me relajé y le miré, ceñuda. Jack, quieto en su rincón, se volvió a acercar, cauto.

—¿Tu novia? —Inquirí.

—No sé. ¿Quieres serlo? —Lo dijo como si se le acabara de ocurrir la idea más brillante del siglo.

—No seas ridículo. —Le solté, aunque estaba riendo.

—Cierto. ¿Quién querría a alguien como yo de novio teniendo al guaperas del mundo sensible y esotérico?

—Exacto. —Volvió a coincidir Jack, sin duda motivado por los halagos burlescos de Christian. Estaba claro que le gustaba que supiéramos que era guapo. Y las bromas al respecto no parecían molestarle especialmente.

Sacudí la cabeza, exasperada, y saqué el móvil del bolsillo de la mochila para mirar la hora.

—Creo que debería irme. —Eché una última ojeada a los macarrones. Lástima, estaban riquísimos.

—Espera. ¿Nos volveremos a ver? —Inquirió Christian, levantándose también. —Apunta mi número. —Exigió. —Intentaré informarme acerca de la situación de Jack.

—De acuerdo; y gracias. —Le tendí el móvil, para que él mismo grabara su contacto y me eché la mochila al hombro. Dejé que me acompañara hasta la puerta y, una vez allí, le hice un gesto para que se acercara más a mí. —Ni una palabra a tu madre.

—Lo prometo. —Asintió él. —Nos volveremos a ver.

De vuelta a casa, pensé en todo lo sucedido mientras esperaba al bus que me llevara hasta el barrio. La buena noticia era que teníamos ayuda. La mala, que no sabían cómo ayudarnos. Entré en casa, taciturna, y me encontré la maleta de viaje de Beatrice. Bajó taconeando por las escaleras, con el pelo recogido en un gran moño desenfadado.

—¡Llegas tarde!

—Sí, me entretuve en la biblioteca.

—No elegiste un buen día para hacerlo. —Arrugó la nariz. —Tengo que coger un tren en una hora. ¡Me marcho ahora mismo! —Se acercó y me dio un gran abrazo, envolviéndome el olor de su perfume más caro. Vaya, esa reunión o conferencia debía ser importante: solo lo usaba en contadas ocasiones. —Odio dejarte sola tal y como están las cosas... Pero no te molestarán; el abogado solo hablará conmigo, así que estate tranquila. Si ocurre algo, llámame.

Asentí y me besó en la frente. Cogió la maleta y salió apresuradamente de la casa, dejándome sola.

Jack, detrás de mí, me rodeó y se puso enfrente, cortándome el acceso hacia las escaleras.

—No habrás creído realmente que soy una especie de presencia maligna, ¿verdad? —Preguntó, serio.

Lo medité unos segundos y recordé el pánico de los primeros minutos al conocerle. La imagen de Jack el destripador había pasado entonces por mi mente. Pero después... No, nunca me había planteado que pudiese ser algo “maligno”, como lo había llamado Christian.

Desde que le había conocido, me habían pasado demasiadas cosas. Y todas en menos de dos semanas. De hecho, al día siguiente haría justo dos semanas que nos conocimos. El caso era que, aunque me hubiera ocurrido todo eso, sentía como si su presencia me estuviera ayudando a sobrellevar mejor el dolor.

—No. Sé que no lo eres. —Le dije, apartándole hacia un lado. Anduve hacia el comienzo de las escaleras y permanecí inmóvil un momento. La verdad era que no tenía ni idea de adónde iba. Ahora que mi tía se había marchado, no tendría por qué haberme ido de casa de Christian.

Retrocedí y me tumbé en el sofá. Busqué el número de Christian, que lo había registrado en mi agenda como “Chico médium” y lo llamé. Cogió al primer tono.

—¿Mel?

—Sí, soy yo. —Dije. —Me preguntaba si ya habías averiguado algo.

—Hace menos de una hora que te has marchado. —Repuso. Jack se sentó a mi lado, hundiendo levemente los almohadones del sofá. Oí suspirar a Christian. —Aunque de hecho, sí que he encontrado cosas interesantes.

—¿Sí? Cuéntamelas.

—¿No tienes nada mejor que hacer?

—Estoy sola en casa, y aburrida. —Le contesté.

—¡Qué bien! ¿Dónde vives? Voy para allá.

—Eso no era una invitación. —Le increpé al móvil.

—Yo también estoy aburrido. Vamos, ¿dónde vives? Si no me invitas, no te contaré nada.

—Apunta. —Resoplé, al cabo de un rato.

Cuando colgué, me levanté para coger un vaso de agua. La fina luz que entraba desde la calle penetraba a través de las cortinas color pastel, y se proyectaba en el suelo, brillante. Sentí un leve mareo y me apoyé en el sofá, mientras la vista volvía a su ser. Sacudí la cabeza y me acerqué a la cocina: un nuevo mareo.

Antes de coger agua, me aproximé a una de las ventanas y la abrí de par en par, para que me diera el aire.

Jack había encendido la tele, y el murmullo apagado de unos tertulianos me llegaba distorsionado desde el salón. Bebí un trago de agua, dos... Y las rodillas me fallaron.

Las imágenes se tornaron luces y colores. Dejé el vaso de agua sobre la mesa. O al menos traté de hacerlo, porque resbaló y cayó al suelo haciéndose mil pedazos. Apenas pude oír la voz de Jack, que pronunciaba mi nombre, preocupado.

Me apoyé en la mesa, pero al igual que con el vaso, fallé en precisión y caí al suelo como un fardo pesado. Después, todo se volvió oscuro.

Capítulo 16



Cuando desperté, sentí un intenso dolor en la mejilla. Algo martilleaba contra ella. Notaba el corazón palpitando dolorosamente bajo mi piel. Abrí los ojos y me encontré tendida en el sofá. La palma de la mano derecha me escocía, y al alzarla ante mis ojos la descubrí llena de pequeñas heridas que aún sangraban.

Alcé los ojos y me encontré con los de Jack, frente al sofá. Y también los de Christian, que me observaba con aire crítico.

—Parece que ya estás bien. —Me tocó la frente. —Te has desmayado. Probablemente haya sido una simple bajada de tensión.

—No sería la primera vez que me pasa. —Me incorporé y me llevé los dedos a la cara. La zona de la mejilla y el ojo me ardían. —Pero no lo recordaba tan doloroso.

—Te has caído sobre un montón de cristales. —Me explicó.

Yo me apresuré a ponerme en pie, en busca de un espejo, pero Jack me detuvo poniéndome una mano sobre el hombro.

—Espera, tómate tu tiempo.

Decidí hacerle caso. Miré a Christian.

—¿Cómo has entrado? —Se me ocurrió de pronto.

—Me parece que Jack me ha abierto la puerta. Eso, o se ha abierto sola.

—He pensado que si había que llamar al hospital, él sería más útil que yo. —Explicó el muchacho.

—¿Tengo la cara muy mal? —Le pregunté, preocupada. Fue Christian el que me contestó encogiéndose de hombros. Jack no dijo nada al respecto. Se marchó a por el botiquín y yo seguí las curvas de su espalda mientras se alejaba.

El muchacho de cabellos morenos y piel pálida se sentó a mi lado.

—¿No tienes hermanos? —Inquirió, sin duda fijándose en las pocas fotos distribuidas en el estante sobre la televisión. Había una en la que aparecíamos mi madre y yo, sacada hacía algunos años. Otra de ella con mi tía y, la última, de las tres juntas.

Sacudí la cabeza.

—¿Volverán pronto tus padres? No me gustaría estar aquí cuando lleguen, hablando contigo en el sofá, con cristales rotos en la cocina y un gran moratón en tu mejilla.

—¿Moratón? —Inquirí. Haciendo caso omiso de los consejos de Jack, me levanté de un salto y corrí escaleras arriba, hacia el baño. Abrí la puerta de un tirón y entré precipitadamente. Tanto que ni siquiera me di cuenta de que Jack estaba dentro con el botiquín en las manos y preparándose para salir.

Chocamos, y por poco se le cae todo al suelo. Pero él estuvo hábil y mientras lo sostenía con una mano alzó la otra para rodearme cuando caí contra su pecho. Sus ojos verdes me miraron

sorprendido. Yo me esforcé por enderezarme y me excusé con una sonrisa. A Jack no pareció importarle. Simplemente frunció el ceño, sin duda por el hecho de que ya me hubiera puesto de pie a pesar de su advertencia y salió del cuarto de baño sin una palabra.

Cuando alcancé el espejo, no me gustó lo que encontré. Solo tenía un par de rasguños, pero un gran moratón enrojecido cruzaba mi mejilla derecha, sobre la que había aterrizado. Verlo hizo que me escociera más, y volví abajo con los chicos.

En ese instante Jack estaba llegando frente al muchacho, y Christian contemplaba atónito cómo el botiquín se movía solo.

—¿Y bien? ¿Qué has descubierto? —Dije, sentándome a su lado.

—No gran cosa. En cuanto te has ido he ojeado los libros de mi madre, y he encontrado algunas leyendas. Pero todas son eso, únicamente leyendas.

—Ahora mismo no me importa si el fenómeno Jack puede explicarse de forma científica o no.

—Está bien. —Accedió e empezó. —Todas giraban en torno a lo mismo. Eran retazos de creencias paganas muy antiguas. Hablaban de personas que siempre tenían a alguien cerca, un alma, un ente... Algunas hablaban con ellos; otros, simplemente los sentían. Decían que esos entes podían ser buenos o malos, y que en el segundo de los casos estaban allí para atormentar a las personas malvadas.

«Otra leyenda hablaba de ángeles guardianes. Decía que las personas frágiles estaban destinadas a tener un ángel velando por ellas. Que hubo un tiempo en el que estos ángeles tuvieron demasiadas almas por las que velar, y que los propios mortales, al morir, empezaron a hacerse cargo de sus seres queridos».

Miré sin darme cuenta a Jack, que escuchaba atento apoyado contra la pared de enfrente. ¿Ángel guardián?

—¿Y no hablaban tus leyendas sobre amnesia en estos seres?

—No. Nada.

—Estamos como antes. —Dije.

—No, lo cierto es que hemos progresado.

—¿Cómo? —Quise saber.

—Bueno, ¿no es evidente? Me has invitado a tu casa estando sola. Es un gran paso en toda relación.

Ví a Jack revolverse en su sitio y me pareció advertir cómo una chispa de ira cruzaba por su rostro. A mí, en cambio, Christian me divirtió. No lo decía de la forma en la que podría haberlo dicho Daniel. Él solo bromeaba.

—¿Qué relación? Que yo sepa lo nuestro son solo negocios. —Contraataqué. Él se llevó la mano al pecho, haciéndose el herido.

—Negocios serían si yo ganara algo. —Sacudió la cabeza. —Entonces, ¿no crees que Jack pueda ser un ángel que te ha hecho creer que se ha olvidado de todo?

Miré a Jack, apoyado en la pared y con los brazos cruzados ante el pecho, pensativo. Tenía el ceño levemente fruncido, alzó más una de sus cejas negras que la otra.

—No creo en los ángeles.

El muchacho se encogió de hombros y se acomodó en el sofá, mirando al frente.

—Bueno, ¿qué? ¿Nos enrollamos o pones una peli? Empiezo a aburrirme. —La sencillez de sus palabras me hicieron resoplar más que enfadarme, así que cogí el mando de la tele y se lo pasé. Sería agradable tener compañía material y mortal por una vez.

Ese día pasó volando, y el jueves transcurrió dentro de la rutina de todos los días. No obstante, por la tarde llamé a Christian para que me dijera si tenía noticias nuevas. Me dijo que no, así que pasé el tiempo como de costumbre: leyendo un buen libro y envuelta en una manta.

Mientras preparaba la cena, observé que Jack había estado sorprendentemente callado, y me decidí a preguntarle.

—¿Te pasa algo?

—Christian no me da buena espina.

—¿Qué? —Era raro que no le cayese bien. Era la clase de chico que caía bien a todo el mundo. De hecho, en cuanto lo conocí un poco creí que se llevarían bien. Era tan alegre y despreocupado...

—Te tira los trastos. —Siguió. —A lo bestia.

—Solo bromea.

—Pues no debería hacerlo. —Él, frunció el ceño. Yo, suspiré.

El viernes, último día de las clases antes de las largas y placenteras vacaciones de invierno, acudí a la consulta del doctor hasta la próxima vez, que sería aproximadamente dos semanas después.

Temía encontrarme con Daniel al salir. Pero no estaba allí. Tanto mejor para ambos. Para mí, porque no le vería; y para él, porque así Jack no le pegaría de nuevo.

Al volver de la consulta, llamé a Christian. Al otro lado se oía un gran alboroto. Oí coches derrapando y disparos. Mi primera reacción fue asustarme. Luego me percaté de que podría estar jugando a uno de esos juegos que vuelven locos a los chicos.

—¿Mel, qué pasa?

—¿Te estoy... molestando? —Pregunté, al sentirme estúpida por llamarle dos días seguidos. Si tuviera algo nuevo, me habría llamado él mismo. Además, eso no era trabajo suyo. ¿Y por qué iba a tomarse tan en serio el ayudarme? No tenía ninguna obligación de hacerlo y yo no debía presionarle.

—No, tranquila. —Se escucharon dos disparos y un par de improperios desde el fondo. — No he encontrado nada.

—Oh, bueno, ya me lo imaginaba...

—¿Y por qué me has llamado? —Enrojecí y me hundi más en el sofá, viendo como Jack hacía una mueca.

—Lo siento. Ya hablaremos.

—Espera. ¿Qué haces esta noche?

—Nada especial.

—Vale. No cenas. Voy a buscarte. —Declaró atropelladamente. —¡Sam, te necesito de chófer! ¡Y tú ponte los pantalones, va a venir una chica!

El alboroto se hizo mayor y se escucharon exclamaciones ininteligibles al otro lado del auricular.

—Espera, yo... —Traté de decir algo, pero me colgó y me quedé pegada al teléfono, atónita. Miré a Jack, que había vuelto a cruzar los brazos ante el pecho, como cada vez que salía el tema de Christian. —Parece que voy a tener que quitarme el pijama.

Capítulo 17



—¿Qué pasó la última vez que aceptaste una invitación para salir de noche de repente?

—Esto es diferente. —Resoplé. Me puse unos vaqueros y un jersey azul oscuro. Cogí las llaves, el móvil y algo de dinero por si acaso. Me quedé en el salón, nerviosa. ¿A dónde iríamos? ¿Y por qué había aceptado ir sin más?

Tal vez, Jack tenía razón. Me dejaba llevar con demasiada facilidad, y puede que me arrepintiera de salir esa noche, igual que me arrepentía de haber salido aquel día con Daniel.

No me dio tiempo a decidir si en realidad había cometido una gran estupidez o no. El timbre sonó y varias voces se escucharon al otro lado de la puerta. Corrí hacia allí y la abrí.

Christian y un chico larguirucho, más flaco incluso que él, esperaban de pie, en manga corta y frotándose los brazos para entrar en calor.

—¡Corre! —Me gritó Christian. —Tenemos frío, luego te los presento. —Me cogió del brazo y tiró de él. Yo protesté, volviéndome para cerrar la puerta.

Entramos apresuradamente en el coche. Me senté con Christian en el asiento trasero mientras que el del copiloto lo ocupaba el otro muchacho. El conductor se giró y miro a mi acompañante.

—¡Pensé que venían dos! Podríamos haber traído a J y no haberlo dejado solo en mi casa.

Christian se encogió de hombros, y me dedicó un guiño cómplice. Jack se había sentado a mi lado y me pregunté qué habría pasado de no haber encontrado ese sitio vacío.

—No me gusta que J se quede solo. Ese es capaz de cualquier cosa... —Resopló el conductor. Era un chico corpulento en comparación con sus dos amigos. Algo regordete, pero también muy alto. —Por cierto, soy Sam. —Se presentó.

—Yo Luke. —Añadió el otro.

—Yo me llamo Mel. —Les dije, tímida.

—¡Muy bien! —Gritó de pronto Christian. —Entonces ya podemos irnos. ¡Arranca!

A los 15 minutos llegamos a un barrio entre mi casa y el centro. Sam estacionó el coche frente a un bloque de apartamentos e imité a los chicos cuando estos descendieron del vehículo.

—¿A dónde vamos? —Inquirí, subiendo las primeras escaleras del portal y hablando bajito para que solo Christian pudiera oírme.

—A casa de Sam, es noche de chicos.

—¿Y qué se supone que hago yo aquí? —Me puse aún más nerviosa.

—Tienes pinta varonil, así que tranquila, pasarás desapercibida. —Le lancé un manotazo derecho al hombro y él rió su propia gracia. —Sin embargo, pegas como una niña.

—No me tientes. Si no, volveré a darte; y más fuerte.

Cuando entramos, seguí a los muchachos hasta un pequeño salón separado de la cocina tan solo por una encimera. El ruido de los disparos y las ruedas derrapando se escuchaban desde la puerta, y ahí el sonido era aún mayor.

Quien debía de ser J jugaba, dándolo todo, a un juego bastante ruidoso. Estaba concentrado, torciendo su propio cuerpo cuando quería hacer girar al coche y gruñendo cada vez que no lograba hacer algo bien.

Era rubio y muy moreno de piel; combinación que descolocaba. Sam se le quedó mirando, no sin antes haber inspeccionado el salón con la mirada, en busca de algún indicio de que algo no estuviera en su sitio. Cuando comprobó que todo estaba en orden, se relajó y se sentó a su lado, en el mismo sofá.

—Como si estuvieras en tu casa. —Me dijo, con voz ronca. Y yo tomé asiento, dubitativa.

El resto de la noche fue genial. Después de presentarme a J y seguir jugando un rato, pidieron unas pizzas y cenamos todos allí. Sacaron una botella de licor barato, la cual ni siquiera probé, y jugamos a cartas.

A la vuelta, y cuando por fin me quedé a solas con Jack, le miré sonriente.

—Al final ha salido bien.

—Eso parece. —Pasó de largo y subió al cuarto. Eran ya más de las doce. Pero no parecía que tuviera sueño.

—¿Te vas a la cama?

—Sí.

—Me voy a quedar viendo la tele... —Le dije, a modo de invitación.

—Bien. —Comentó por toda respuesta, dándose la vuelta y siguiendo su camino.

Me encogí de hombros y me senté un rato en el sofá, pero no tardé en aburrirme y seguir el camino de Jack.

Estaba en su lado de la cama, tapando hasta arriba con la manta, aunque él no sentía el frío. Y su pecho se movía lentamente. Procuré no hacer ruido, pero enseguida supe que estaba despierto. Él fingió estar dormido.

—Puede que mañana salga con Christian. —Le dije, siendo consciente de que él ya había oído mi conversación con él. Simplemente quería contárselo, compartirlo con alguien. Saber qué opinaba.

—A ver cuánto tiempo tarda en hacerte daño este. —Soltó, ásperamente.

Ni siquiera se movió. Se quedó así, dándome la espalda. Yo torcí los labios sin apenas darme cuenta, y me quedé mirándolo. Apagué la luz, dolida, y me acosté. Sin embargo, no podía cerrar los ojos para tratar de dormir. Así que me levanté de improviso dando un tirón a las mantas y bajé al salón de nuevo.

Cogí el libro que estaba leyendo aquella semana y me puse a ello. Al poco rato, vi a Jack bajar con sus vaqueros y su camiseta negra ceñida. Tenía el pelo revuelto, pero le sentaba realmente bien. Se plantó ante mí y se frotó la frente.

—Lo siento. No pensaba realmente lo que he dicho. Se ve que Christian es un buen chico. Y no todo el mundo quiere hacerte daño, estoy empeñado en hacerte ver eso y ahora... Ahora te he dicho justo lo contrario. No lo tengas en cuenta.

—Si Christian te parece buen chico, ¿por qué no te cae bien?

—Me cae bien.

—Entonces, no lo entiendo. —Cerré el libro, marcando antes la página por donde iba.

—Le tengo envidia. —Confesó, apesadumbrado. Tomó asiento a mi lado y se recostó contra el reposabrazos, mirándome. —Él puede ser tu amigo.

—Tú eres mi amigo. —Le dije, sin comprender.

—Sí, pero él puede ir al cine contigo, dar un paseo y charlar, cogerte de la mano en público

o simplemente salir a tomar algo.

¿Había dicho “cogerte de la mano”? Lo ignoré, centrada en lo que trataba de decirme.

Me encogí de hombros y me rodeé las rodillas con los brazos, dejando el libro a un lado. No sabía qué decir.

—Simplemente me da rabia que él pueda hacer todas esas cosas. Pero eso no es motivo para ponerle mala cara. —Suspiró, como si le costara lo que fuera a decir. —Se porta bien contigo, y es un tipo natural. Estoy contento de que os hayáis conocido.

—Jack...

—Mañana, cuando salgáis, os dejaré solos.

—No, ¿por qué?

—Se merece esa intimidad. De Daniel no me fiaba, pero de él sí.

—No necesito intimidad con él. —Casi reí. —Jack, él no me gusta.

Él ladeó la cabeza, desconcertado.

—Puede que hace dos semanas me lo hubiese planteado. —Rocé las heridas de mi brazo izquierdo por encima de la tela de la camiseta. —Cualquiera que me diera un poco de cariño me parecía una buena opción. Pero no, ahora sé distinguirlo. Me gusta estar con él porque es bueno conmigo, nada más. Aun así, no es alguien a quien vea de “esa” forma.

—Creí que sí.

Yo sacudí la cabeza. Me pareció ver que Jack se relajaba un tanto.

—Y tú y yo también podemos hacer cosas juntos. —Empecé a decir. —Podemos ir al cine, ahí no hay que hablar y encima entrarías gratis. También podemos quedarnos en casa viendo películas o incluso podemos hacer una fiesta.

—¿Una fiesta los dos solos? —Alzó una ceja.

—¿Por qué no? Nunca he estado en una, pero podríamos hacerlo...

Jack rió de buena gana.

—Me parece que para una fiesta se necesita algo más de gente. —Se inclinó y me revolvió la melena negra. —Pero lo demás me parece bien. —Se puso de pie y me tendió la mano. —¿Seguimos en la cama? —Al instante, él mismo se dio cuenta del doble sentido de su comentario, y arqueó las cejas, sugerentemente, y reprimiendo una sonrisa.

Yo reí y le cogí de la mano.

—¡Ya no vale echarse atrás! —Gritó, y se agachó para cogerme de la cintura y echarme sobre su hombro.

—¡Bájame! —Chillé. —¡Jack, bájame!

Pero Jack no me bajó. Subió las escaleras hacia el segundo piso conmigo encima y me pregunté cómo no perdía el equilibrio y se caía. No es que pesara demasiado; pero, de todas formas, era un peso considerable para cargarlo a hombros por unas escaleras.

—Tienes una insana manía de cogerme en brazos que no me gusta nada. Aquella vez para dejarme en el sofá, esta vez en la cama... —Le dije, cuando me arrojó sobre la cama deshecha.

—Ah, ¿y qué haría falta para llevarte a la cama sin que te quejaras? —Sonrió y se mordió el labio inferior, divertido. —¿Tal vez rosas?

—Hoy estás muy tonto. —Le dije. —De todas formas, si lo intentas, te recomiendo que pruebes con margaritas.

—¿Margaritas en lugar de rosas? ¿En serio?

—Sí, me parecen mucho más bonitas.

—Puede que lo intente. —Rió él. Rodeando la cama y dándome la espalda para deshacerse

de los pantalones.

Yo me giré hacia el otro lado y me acurruqué, tapándome bien con las mantas. Él se acostó también y emitió un sonido parecido a un ronroneo.

—Sé que te he dicho que seguiríamos hablando, pero estoy muerto de sueño.

—Yo también.

—Entonces, hasta mañana. —Me sonrió y bostezó.

Apagué la luz y quedó demostrado que yo tampoco mentía. Me quedé dormida al instante. Y esa noche soñé con margaritas.

Capítulo 18



Colgué el teléfono y bostecé. Christian me había despertado. Últimamente dormía estupendamente bien. Vi a Jack revolverse a mi lado, girando la cara hacia mí. Seguía con los ojos cerrados, y un mechón oscuro de pelo le caía sobre estos delicadamente. Su respiración era profunda y tranquila. Su cuerpo desprendía una calidez excepcional.

Tal vez era eso, me dije; más calor. A lo mejor, antes de conocerle lo que me faltaban eran un par de mantas en la cama. Reí para mí misma.

—Jack, voy a desayunar. —Le avisé.

—Vale. —Murmuró, sin intención de levantarse.

Un rato después, cuando sacaba el vaso de leche del microondas, apareció en la cocina, descalzo y somnoliento.

—¿Has hablado ya con Christian?

—Sí. —Llevé el vaso con cuidado a la mesa. —Pero le he dicho que hoy no me apetecía salir, que nos veríamos mañana.

—¿Y eso?

—¿No íbamos a pasar la tarde juntos? —Inquirí, dando un sorbo a la leche para comprobar que estaba en su punto.

Jack me miró, y asintió. Pareció contento. Yo también lo estaba. Y para mí, decir que estaba contenta era algo importante, algo serio. No solía estar “contenta” muy a menudo. Sí normal, o sin ninguna queja, pero no contenta.

Tenía todas las vacaciones de invierno por delante, y por primera vez deseaba tiempo libre. Siempre me gustaba no tener que ir a clase, pues así evitaba cruzarme con esa gente que tanto daño me hacía. Pero, normalmente, me aburría como una ostra en casa.

Ahora las cosas eran diferentes. Podría ver a Christian un par de días, e incluso a sus amigos. Y tenía a Jack. Con Jack no me aburriría. Tenía que investigar acerca de lo que le había pasado. Y, además, me gustaba su compañía.

No solo me había acostumbrado, teniéndolo cerca me sentía algo más... ¿segura? Sí, esa era la palabra.

Por la tarde, temprano, convencí a Jack para ver una comedia romántica en la tele. Tras muchas protestas, accedió y pasamos así un par de horas. Después, aún suspirando por la idílica historia de amor que acababa de vivir en tercera persona, le miré, curiosa.

—¿Te has enamorado alguna vez? —Le pregunté.

—Ya sabes que no recuerdo gran cosa.

—Me dijiste que recordabas a una rubia de piernas largas.

Él rió.

—Sí, es verdad. Pero sé que no estaba enamorado de ella.

Medité sus palabras.

—Entonces, sabes lo que es el amor. ¿Quién, Jack? ¿Quién te conquistó?

Miró hacia arriba y esbozó una media sonrisa mientras se revolvía el pelo. Aún era temprano para que hubiera anochecido, pero el mal tiempo hacía que la luz que entraba en el salón fuera verdaderamente escasa.

—Solo recuerdo algunas cosas. —Dijo.

—¿Has recordado algo más?! —Exclamé. —¿Y por qué no me has contado nada?

—Son solo fragmentos sueltos, ya lo sabes. —Se encogió de hombros, despreocupado. —No le di demasiada importancia.

Me acomodé. El moratón de mi mejilla estaba desapareciendo, igual que las marcas de las palmas. Aun así, no llamaban demasiado la atención. Pues ninguno de los chicos con los que salí la noche anterior les hizo demasiado caso.

—Sé lo que es el amor. Pero no te lo puedo explicar. En tu interior sabes que darías cualquier cosa porque la otra persona fuera feliz, incluso su vida se antepone a la tuya propia. Pero no siempre es así de bonito. Puedes sentir cosas muy intensas, y no todas agradables. Puedes experimentar celos, rabia, impotencia...

—No logro imaginarte celoso.

—Sí sé lo que es el amor, pero no sé si era correspondido.

—También me cuesta imaginar una chica capaz de resistírsete.

—Tú te resistes.

—Sí, yo me resisto. —Reí ante su broma, y en aquel momento me pasó desapercibido que él no reía. —¿Sabes? Si recordaras algún rostro, un nombre... Podríamos descubrir qué te pasó.

—Sigues creyendo que estoy muerto, ¿verdad?

Me froté las manos y me mordí el labio inferior, nerviosa. No podía responderle a eso sin hacerle daño.

—Bueno, no soy experta en estos temas y lo poco que sé lo he visto en películas... Los casos más comunes son espíritus, ¿no? —Me encogí de hombros, buscando quitarle importancia a mis propias palabras. —De todas formas, a los espíritus no se les puede tocar, y yo a ti te siento perfectamente. —Me incliné un poco y logré agarrarle de la muñeca, sintiendo el sólido contacto de su piel morena.

Le miraba a los ojos cuando sonó el timbre. Me despegué de su mirada y me levanté para ver de quién se trataba. Lo primero que se me pasó por la cabeza fue el rostro de Christian. Pero, al abrir la puerta, encontré algo totalmente diferente.

Escuché el sonido de unas gomas quemándose en el asfalto por un fuerte acelerón. Me asomé más para tratar de localizar el coche; pero, al parecer, este ya se había internado por una de las calles del barrio.

Una corriente de aire había volteado un tanto la puerta. Me llevé la mano a la boca, y no fui capaz de dar dos pasos dentro de la casa antes de vomitar en la entrada.

Alguien se había entretenido clavando una enorme rata muerta y ensangrentada en la puerta de mi casa. El pobre animal colgaba de su cola, abierta en canal y con las tripas fuera, desangrándose sobre la puerta.

Jack se acercó a mí, asustado, y se asomó a la calle para ver qué ocurría. No quise mirar qué hacía. Pero deduje que, con más estómago que yo, estaba quitando la rata de allí.

Yo me había quedado encogida sobre mí misma, agachada sobre mi vómito. Torcí el gesto y me pregunté qué diablos significaba aquello.

Fui a la cocina y busqué algo para volver a dejar el suelo decente.

—Solo era una rata. —Comentó Jack.

Yo tragué saliva.

—Tienes que llamar a la policía. ¿Viste a alguien alejarse?

Yo negué con la cabeza.

—Iba en coche, pero no pude verlo. Solo lo escuché. ¿Realmente crees que merece la pena llamar a la policía? Lo más probable es que haya sido alguien de mi instituto, tal vez a modo de advertencia por la denuncia por el blog.

—Llama a la policía. Y, después, a tu tía.

No perdí más el tiempo. Terminé de limpiar el estropicio y, en menos de veinte minutos, la policía se había presentado en mi casa. Me hicieron preguntas, pero poco pude decirles. Examinaron la rata, no sin cierto asombro, y se la llevaron cuidadosamente al interior de su furgoneta.

Para cuando se hubieron marchado, Christian apareció. Le había mandado un mensaje, contándole lo ocurrido. Y, al parecer, había creído que debía venir. Yo no se lo había dicho por eso, pero agradecía su preocupación.

A pesar de las insistencias de Jack, no quise llamar a mi tía. No quería hacer que tuviera problemas en el trabajo por mi culpa. Ya nos costaba suficiente poder seguir viviendo en esa casa como para renunciar a una parte del sueldo de Beatrice. No podía hacerle perder más horas.

La policía creyó lo mismo que yo: que un par de muchachos del instituto, molestos, se habían excedido con la broma. Jack no lo veía tan claro.

A todo esto, tuve que contarle a Christian lo ocurrido con el blog del instituto. Escuchó con atención, pero por su cara parecía que no llegaba a comprenderlo del todo.

—¿Les hiciste tú... algo? —Preguntó.

—¿Qué les podría hacer? No, no le he hecho nada a nadie. Pero siempre me han tratado así en esa clase. Son sobretodo dos chicas, siempre se están burlando de mí, y la mayoría ríe sus gracias. Cada día encuentran algo nuevo para meterse conmigo, pero nunca habían llegado a ese extremo...

—¿Crees que fueron Lucie y Keyla? —Preguntó Jack, haciéndome girar la cabeza hacia donde él estaba.

—No lo sé, pero apostaría a que sí.

—En el tema del blog no te digo que no, pero las de la rata no han sido ellas.

—Eh. —Interrumpió Christian, alzando las manos para hacerse ver. —No puedo seguiros. Llamadme rarito, pero no escucho lo que dice Jack.

—Lo siento. —Me excusé. —Cree que esas dos chicas pudieron haber hecho el blog, pero no la broma de la rata.

—Yo tampoco lo creo. —Coincidió Christian. Estaba serio, debido a la gravedad del asunto, pero seguía conservando una naturalidad y una jovialidad innegables. —No las conozco, pero dos chicas no podrían hacer eso. Ya sabes, ¿matar a un bicho y después clavarlo en una puerta? Eso es algo digno de psicólogo. ¡Ni siquiera yo lo haría!

—Espera. —Interrumpió Jack. —Yo también creo que es un tema de psicólogo. —Se puso frente a los dos, adoptando una expresión más seria que hasta el momento. Sus ojos rezumaban odio.

—Me he perdido. —Reconocí.

—Ha sido Daniel. —Declaró él.

Christian me miró, expectante, y yo procedí a relatarle lo ocurrido con Daniel; muy por encima, y sin entrar en demasiados detalles embarazosos.

—Deberías habérselo dicho a la policía. —Dijo, cuando acabé con mi relato. —Aún puedes volver a llamarles.

—No puedo contarles eso. —Repliqué. —Pero... puedo averiguar por mí misma si fue Daniel o no.

—¿Cómo?

—Si hablo con él sabré, por cómo reaccione, si esto es cosa suya. —Me puse en pie, alentada por mis propias palabras. — ¡Voy a llamarle y a contarle lo que ha pasado! ¡A ver qué dice!

El brazo de Jack apareció frente a mí, empujándome del hombro y haciéndome caer hacia atrás, de vuelta al sofá.

Christian parpadeó y se puso en pie.

—Ha sido Jack, ¿verdad? Él te ha empujado. ¡Házmelo a mí! —Exigió, mirando en todas las direcciones.

Jack sacudió la cabeza, y se acercó a él. No obstante, en lugar de un empujón, le dio una colleja. El muchacho rió, sorprendido.

—No puedes jugar a detectives. Ya sabes lo que busca, sabes que tiene problemas. Pero no sabes qué es capaz de hacer. —Me advirtió Jack.

—Por teléfono no podrá hacerme daño.

—Pero seguro que insiste en venir.

—En ese caso tampoco podrá hacerme daño. Estaré alerta. —Repliqué.

Nos quedamos mirándonos mutuamente, desafiándonos. Jack me fulminaba con la mirada, acusador. Sin embargo, no dejé que me intimidara.

—A Jack le parece bien. Si tú te quedas cerca para sacarme del apuro.

—¿Le parece bien? —Se sorprendió Christian. —De acuerdo. Llámale.

Jack me miró, enfadado. Aun así, no hizo amagos de quitarme el móvil cuando me hice con él.

—¿Sí? —Me llegó la voz de Daniel al otro lado del teléfono.

—Esto...

—Mel, ¿qué tal? —Su voz sonaba apremiante.

—Bien, bien. Yo... ¿Te apetece que nos veamos? Querías hablar, ¿no? —Nada más decirlo, Christian me miró sorprendido. Jack, por su parte, me fulminó con la mirada.

—Tengo algo que hacer, pero en media hora puedo estar allí.

—No. —Le corté. —Tiene que ser ahora mismo. En media hora yo estaré ocupada. —Solo tengo veinte minutos para hablar, lo tomas o lo dejas.

—Está bien. —Accedí, de mala gana. —En diez minutos estoy allí.

Colgué el teléfono, orgullosa de mi determinación, y corrí a limpiar la entrada de la casa. Mientras tanto, Christian se mantuvo a mi lado.

—¿Qué tengo que hacer?

—Solo quedarte dentro. Vigila por la ventana si todo va bien y, si te necesitó, gritaré. Si tienes que intervenir, di que eres mi primo o algo así.

—Si tengo que estar emparentado contigo de alguna forma, diré que soy tu novio. —Bromeó.

Alcé la mirada, pero no dije nada.

Volvimos dentro de la casa, y sonó el timbre. Apagué las luces, y Christian se marchó a la

cocina, para poder ver desde allí lo que ocurría fuera.

No sin algo de miedo, abrí la puerta. Daniel estaba allí. Vestía un elegante polo blanco y unos pantalones grises. Tenía las manos entrelazadas y se las frotaba. El coche, en la acera de enfrente, aún estaba en marcha.

—¿Hablamos en tu casa, o en mi coche?

—En tu coche. —Me apresuré a decir.

Jack salió también, y me acompañó al vehículo.

Subimos y, una vez allí, puso la calefacción. Parecía nervioso, no se decidía a empezar a hablar.

—Siento cómo acabaron las cosas entre nosotros. —Me dijo. —Pero podríamos empezar de cero.

Me agarré la muñeca izquierda con la mano. No había pensado que debería enfrentarme a aquello de nuevo.

—Verás, Daniel, no estoy atravesando un buen momento. No creo que pueda mantener una relación.

Él negó con la cabeza y se inclinó un poco hacia mí. Sus ojos negros brillaban.

—Sé que estás asustada, pero puedo ayudarte. Necesitas a alguien cerca, alguien que te proteja, para no tener miedo.

Fruñí el ceño.

—¿Miedo de qué?

—Era una forma de hablar. —Se encogió de hombros. —Sé que no te llevas demasiado bien con los de tu instituto, así que... Bueno, te conviene tener a alguien cerca. ¿Tú tienes miedo de algo?

—No. —Sacudí la cabeza, haciéndome la tonta. Pues claro que tenía miedo, acababan de dejar una rata muerta en la entrada de mi casa. Aun así... podría utilizar aquello para hacerle hablar. Solo tenía que observar su reacción. —Aunque, hace una hora, ha pasado algo muy extraño.

—¿Sí?

—Sí. Alguien ha dejado una rata muerta en la puerta de mis vecinos. —Señalé la casa contigua a la mía con la cabeza. —¿Te lo puedes creer?

—¿En la casa de los vecinos? —Se irguió, sorprendido.

—A mí me habría sorprendido más lo de la rata muerta. —Fingí una sonrisa, para no levantar sospechas. —El caso es que ya han llamado a la policía. El jubilado que vive allí trabajó en el departamento forense de la policía y sabe que encontrarán al culpable por las huellas. Solo tiene que entregar la rata a los agentes. Me parece que la ha dejado ahí mismo, para no alterar ninguna prueba.

Daniel alzó la cabeza casi instintivamente. Yo estaba segura de que desde allí no se podía distinguir si estaba la rata o no. Además, la entrada de las casas no se encontraba iluminada, y ya apenas se veía. A no ser que se acercara y traspasara la valla de los vecinos, no lograría ver nada.

—Daniel. —Llamé su atención. —¿Quieres decirme algo más?

—No, no. —Negó. —Sé que necesitas tiempo y todo eso. —Dijo, con la cabeza en otro sitio. —No te molesto más.

—Está bien. —Le sonreí. —Hasta otra, entonces. —Salí del coche, dejando la puerta abierta un rato más para que a Jack le diera tiempo de salir y caminé hacia mi casa con una media sonrisa dibujada en el rostro. Escuché el motor del coche arrancándose, traspasé la puerta y Christian

salió de la cocina.

—¿Ya está? ¿Sabes algo?

—Ha sido él. —Declaré.

—Muy aguda. —Me felicitó Jack.

Nos quedamos los tres agazapados tras la encimera de la cocina, con las luces apagadas, para que no nos pudieran ver desde el exterior. Los mandé callar a los dos en más de una ocasión. Al parecer, la paciencia no era el fuerte de ninguno.

Después de apenas cinco minutos, un coche reapareció en la calle. Era el coche de Daniel. Me escondí más, por si acaso, y observé cómo lo detenía justo frente a la casa de al lado. Aguardó unos instantes, seguramente intentando ver lo que quería desde el coche. Pero, al parecer, no pudo hacerlo. Así que salió y, con rapidez, se acercó hasta la valla de los vecinos.

Dejé de mirar y me senté en el suelo, con el corazón a cien por hora. Christian me imitó.

—Madre mía. Está loco de verdad. Ha sido él. —Murmuré.

—¿Me explicas qué ocurre? —Inquirió.

—Le he dicho que les habían dejado la rata a mis vecinos y que iban a atrapar al culpable. Ha vuelto para llevarse las pruebas.

—Menudos novietes te echas. —Ladeó la cabeza y chasqueó la lengua. Yo le fulminé con la mirada, sin ganas de bromas. —¿Y ahora qué?

—Llamaré a la policía. —Les diré que ya sé quién ha sido.

Me puse en pie en busca de mi móvil, pero un sonido estridente me hizo dar un respingo y quedarme helada en el sitio. Estaban aporreando la puerta, con tremenda insistencia. Escuché la impaciente voz de Daniel en la calle.

Ahugué un grito y miré a Jack, sin saber qué hacer, paralizada.

—Eso te pasa por jugar a los detectives. —Me dijo.

Si pretendía ser tranquilizador, no lo consiguió. Me llevé la mano al pecho y miré a mi alrededor. Aunque, en realidad, no buscaba nada... O tal vez algo del valor que había derrochado al subirme a ese coche con Daniel.

—Mel, no te preocupes. Ve a por el móvil y llama a la policía. No le abras.

—Sí. —Asentí.

Me llevé las manos a los bolsillos, pero no lo llevaba encima. Miré en la mesita de la sala, pero allí tampoco estaba. Me puse más nerviosa. Christian apareció a mi espalda adivinando qué buscaba.

—Eh, relájate. Coge mi móvil. —Me lo tendió.

Yo lo agarré con manos temblorosas. ¿Era la única preocupada? Marqué el número de la policía y les conté que ya sabía quién era el culpable. Les dije que en esos instantes estaba aporreando la puerta de mi casa. Y no hizo falta explicarles mi apuro y ansiedad. El tono de mi voz y mis atropelladas palabras fueron suficientes para hacérselo entender.

Me quedé mirando la puerta, que vibraba levemente con cada sacudida del muchacho.

—No va a entrar. —Christian me puso una mano en el hombro. Pero, como si el cielo (o, mejor dicho, el infierno) le hubiera oído, dejaron de escucharse los atronadores golpes en la puerta y, casi al mismo tiempo, el cristal de una de las ventanas del salón estalló en mil pedazos.

Grité y di dos pasos atrás. ¿Qué debía hacer? Me quedé paralizada.

—Christian y yo estamos aquí. No te pasará nada. —Me aseguró Jack, acercándose a mí.

Quise gritar a Daniel que estaba loco mientras veía cómo su brazo, envuelto en el polo, abría la ventana a través del cristal que había roto y trataba de colarse por ella.

—¡Eh! —Gritó Christian, adelantándose e interponiéndose entre los dos. —¿Qué crees que estás haciendo? ¿Estás loco?

Si tenía miedo, no lo aparentaba. Caminó con paso seguro hacia él, mientras este se abría paso sobre los cristales rotos.

No podía creer lo que estaba viendo.

Daniel se enderezó. Pude ver el odio en sus ojos, incluso me pareció ver ese brillo de locura con el que miran los psicópatas en las películas de terror. Pero, claro, estaba bastante conmocionada, así que mi opinión sobre sus pupilas en ese momento no contaba.

Sangraba de la mano con la que había roto el cristal, y respiraba fatigado por la furia.

—Sal de aquí ahora mismo. —Le espetó Christian, con asombrosa valentía, a mi parecer.

Daniel no quiso escucharle; cogió una maceta colocada bajo la ventana, y dio dos rápidos pasos hacia Christian. No le dio tiempo a reaccionar. Le estampó la planta en la cabeza y se produjo un sonido horrible; un sonido que me puso los pelos de punta.

La sangre se me heló en las venas cuando vi cómo Christian se desplomaba, como un simple fardo, sobre el suelo.

No había aire en mis pulmones con el que pudiera gritar. Por suerte para Christian, no tenía interés en él, y lo dejó allí, tendido sobre el suelo, mientras se acerba a mí.

Jack me sostuvo por los hombros y me obligó a girarme.

—¡Corre! ¡Sube! —Le hice caso y salí disparada escaleras arriba, con el corazón en la boca.

Escuché las pisadas del muchacho tras las mías y, después, peligrosamente cerca, las de Daniel.

—¡Mel! ¡Me has mentido! ¡Vuelve aquí! ¡Tenemos que hablar! —Le oí farfullar.

Me metí en la habitación de mi tía, y sostuve la puerta esperando a Jack. Este se había dado la vuelta en medio de la carrera y le había arreado un derechazo en toda regla a Daniel. El joven se tambaleó, aturdido, y Jack aprovechó para darle otro, esta vez en el estómago.

—¡Vete de aquí, Daniel! ¡Vete! —Grité.

Esperé a que Jack llegara junto a mí y nos encerramos en la habitación. Eché el pestillo y me arrinconé junto a la cama.

Respiraba agitadamente. Me sostuve las rodillas con los brazos y traté de calmarme. Jack se agachó junto a mí.

—La policía será rápida, no te preocupes. —Me acarició el pelo.

—Me quiere matar. —Le dije, presa del pánico. —No le dejes, Jack. —Fui consciente de que mis ojos azules se llenaban de lágrimas, y advertí un destello de ira en los del muchacho.

—Si por mí fuera, saldría ahí ahora mismo y le daría una paliza. ¿Pero cómo se lo explicaremos a la policía? Christian está noqueado en el suelo. Y no te ofendas, pero nadie creería que tú fueses capaz de tumbar a Daniel. Espera, la policía está al llegar.

La puerta sufrió una sacudida, y recé para que Jack tuviera razón. Me pegué más a la pared y me agarré las piernas tan fuerte que me hice daño. Jack aguardó, de pie. Daniel comenzó a embestir la puerta.

—¡Lo he visto! Lo he vuelto a ver. Tienes poderes. —Farfullaba al otro lado. —¡Puedes pegarme sin tocarme! —Gritaba, fuera de sí.

El pestillo de la puerta sufrió un horripilante chasquido, y yo sentí cómo las lágrimas resbalaban por mis mejillas.

Jack se giró hacia mí, se volvió a colocar a mi altura, y me plantó un beso en la frente. Un beso tierno y dulce seguido de una reconfortante caricia. Me miró directamente con sus grandes y

expresivos ojos verdes.

—Eres valiente, lo sé. Aguanta un poco más.

La puerta no dejaba de sufrir sus arremetidas y, en una de ellas, el cerrojo salió disparado por los aires, arrancado de cuajo. Me puse en pie, asustada, y me pegué contra la pared.

Daniel estaba al otro lado y esta vez supe que la expresión de psicópata no me la estaba imaginando; sus ojos eran los de un demente.

Avanzó en grandes zancadas hacia mí, pero fue inútil. Jack se interpuso entre los dos, volviendo a arrearle un puñetazo y agarrándole rápidamente por la espalda para impedir que siguiera caminando.

Empezó a gritar, desquiciado, incapaz de comprender por qué no podía moverse.

—¡Suéltame! —Me gritó. —¡Solo quiero hablar, zorra!

Vi verdadera preocupación en los ojos de Jack, y por un momento dudé si podría seguir sosteniéndole. Pero confiaba en él.

—¡He dicho que me sueltes! —Gritó de nuevo.

En ese momento, dos hombres de uniforme irrumpieron en la habitación. Y Jack, hábil como siempre, lo soltó al tiempo que estos llegaban. Daniel tropezó repentinamente, y no tuvo tiempo de enderezarse antes de que uno de los agentes lo inmovilizara.

Capítulo 19



—Debes de tener un ángel de la guarda, jovencita. —Me dijo uno de los agentes mientras un sanitario examinaba a Christian y otro de sus compañeros sacaba fotos al salón.

—¿Perdón? —Me había envuelto en una manta, y estaba sentada en el sofá.

—Sí. Cuando entramos parecía como si el chaval se hubiera detenido en el aire. Tuviste suerte de que llegáramos justo cuando tropezaba.

—Sí, soy muy afortunada. —Dirigí la vista hacia Jack, agradecida, y le dediqué una sonrisa.

Después de que la policía se marchara, limpié los cristales y coloqué varios periódicos con cinta aislante en la ventana rota, como me dijeron los agentes que hiciera.

Tuve que llamar a mi tía, y recibí varios gritos histéricos por su parte. Sin embargo, no había vuelos tan tarde y a pesar de su preocupación tendría que volver al día siguiente.

Christian también llamó a su madre, que vino a recogerle. No le había pasado nada, solo tenía un buen chichón en la cabeza.

—Siento lo ocurrido. —Le pedí perdón.

—Siento haber sido tan flojo. Me alegro de que Jack estuviera cerca —Dijo él. —Bueno, si alguna tarde me aburro, ya sé a quién llamar. —Se escuchó la bocina de un coche en la calle y me puso una mano en el hombro, a modo de despedida. —Cuídate. ¿Seguro que no quieres pasar la noche en mi casa? No sé si será buena idea que te quedes sola.

—Daniel está arrestado, y no estoy sola. —Le recordé.

—Tienes razón. —Abrió la puerta. —¡Adiós! —Gritó, sin dirigirse a nadie en concreto.

—Adiós. —Dijo Jack, automáticamente.

La puerta se cerró, y nos quedamos solos.

Me giré hacia él, y por un momento me pareció verlo cansado.

—Gracias. —Cogí aire. —Si no fuera por ti... —Me detuve. ¿Qué habría llegado a pasar si no fuera por él? No quise ni imaginarlo.

—Es lo que tenía que hacer. —Respondió. —Ven aquí. —Me agarró de la muñeca y tiró de mí hasta envolverme con sus brazos. Hundí el rostro en su pecho. Me sacaba más de una cabeza, y a pesar de ir en manga corta en invierno, su piel era cálida. Ventajas de ser etéreo.

Con una soberana fuerza de voluntad, me separé de él y me alisé la camiseta.

—Voy al baño. —Le dije. Jack no me respondió, se quedó allí, mirándome de una forma inescrutable.

Me encerré y me contemplé en el espejo. Aún sentía el miedo que rezumaba mi piel, y el temor se veía reflejado en mis pupilas azules. Tardaría un tiempo en olvidar semejante susto. Me pregunté si mi tía me haría volver antes a la consulta del doctor. Deseé que no fuera así.

Me apoyé en el lavabo y dejé caer la cabeza. Demasiadas emociones para tan poco tiempo.

De pronto, un ruido a mi derecha me sobresaltó y solté un grito. Los sentimientos aún estaban

a flor de piel. Sin embargo, enseguida me tranquilicé; era Jack.

Me miraba entre confuso y desorientado, como si la que hubiera irrumpido en el baño mientras él estaba dentro, fuera yo.

—¿Pero cómo...? —Inquirí, reparando en la puerta cerrada.

Él se encogió de hombros, como disculpándose.

—No todo el mundo tiene la carga de un cuerpo material.

—Ya... —El desconcierto dio paso a la indignación. —¿No sabes que el cerrojo está por algo? Cuando dije que iba al baño no te estaba invitando. ¡Podría haber estado haciendo cosas íntimas!

Nada más decirlo, y a juzgar por su expresión entre compasiva y triste, caí en la cuenta.

—No iba a cortarme. —Le aclaré, sintiéndome avergonzada.

—Lo siento. Todo lo que ha ocurrido hoy ha sido muy duro. Sé que tu forma de expresarte es esa, y creí que tal vez...

Se quedó callado cuando me vio levantar el borde de la manga izquierda, dejando al aire un brazo lleno de cicatrices y marcas blancas. Algunas heridas aún conservaban la postilla. Lo miré como si lo mirara por primera vez, como si yo no fuera la causante de ese dolor.

—Eres la primera persona que lo ve. —No le miré a los ojos, no quería ver lástima en ellos. —Sé que esto no está bien, pero hasta ahora ha sido la única forma de canalizar mi dolor interior. El daño físico no es tan doloroso como el del alma. —Me bajé la camiseta y fui capaz de mirarle a la cara. —Pero hoy ni siquiera me lo había planteado. Estoy asustada. —Reconocí. —Pero soy feliz, no necesito hacerlo.

Él asintió.

—Me alegro. —Se quedó un rato escrutándome con gravedad. Me pregunté si no me creería, pero una sonrisa asomó a su rostro. —Entonces te dejo. —Dio media vuelta y traspasó la puerta de la misma manera en que había entrado.

Suspiré. No volvería a meterme en la ducha tranquila.

Un rato más tarde, estaba cenando una deliciosa ensalada de pasta con trocitos de pollo y queso. Jack me miraba con una mano bajo el mentón, aburrido.

—¿No quieres probar?

—No tengo necesidad de comer.

—¿Y qué pasa si comes?

Me arrebató el tenedor de las manos con un largo suspiro y pincho un par de hojas de lechuga con algo de pollo. Se lo llevó a la boca y me devolvió el cubierto mientras masticaba, alzando las cejas.

—Está buena, ¿eh? —Inquirí.

Jack asintió, pero empezó a toser. Se llevó las manos a la garganta y creí que estaba fingiendo. Ladeé la cabeza, haciéndome la impaciente, deseando que terminara con su broma.

No obstante, él siguió tosiendo. Se llevó las manos al pecho y se dio golpecitos. Su rostro se tiñó de preocupación.

—Quema. —Logró articular.

—Escúpelo. —Me puse en pie, asustada. No me hizo caso. Al parecer, ya lo había tragado. Seguía tosiendo y empezaba a temblar. —¿Jack? —Inquirí, con un hilillo de voz. —Si es una broma no es gracioso. —Le dije, y me imaginé que era el típico comentario de película, en una situación que resultaba no ser nunca una broma.

Jack pestañeó con fuerza y dejó de convulsionarse. De pronto, pareció marearse y cerró los

ojos al tiempo que caía al suelo.

—¿Jack? —Casi susurré. —¡Jack! —Rodeé la mesa y me tiré al suelo, golpeándome las rodillas. —¡Jack! —Lo zarandeé desesperadamente por los hombros. —¿Qué podía hacer? Ni siquiera podía llamar a un médico. ¿Qué iban a hacer para ayudar a alguien que solo yo veía? — Jack. —Le golpeé el pecho, aterrorizada.

Pero, entonces, vi un atisbo de sonrisa en sus labios y me detuve en seco.

—Eres idiota. —Le espeté, soltándolo de pronto y procurando que se hiciera daño.

Él estalló en carcajadas, incapaz de controlarse.

Me eché hacia atrás, dispuesta a levantarme, indignada. Sin embargo, el joven ya me había agarrado de la mano, y en un visto y no visto enredó sus dedos en mi pelo y me besó en los labios.

Me pilló por sorpresa, totalmente desprevenida. Pero enseguida reaccioné, dejándome llevar, y acariciando su suave rostro con mis dedos.

Entonces se separó. Aunque había sido él quien había empezado el beso, parecía incluso más atónito que yo.

—Eso ha sido extraño. —Comenté, completamente olvidada de su estúpida broma.

—Sí. —Coincidió, tan solo a un palmo de distancia y sosteniéndome aún de la nuca.

—No puede volver a repetirse. —Le dije, preocupada.

—No. —De nuevo me dio la razón.

Volvió a acercarse y me plantó otro beso, igual de dulce que el anterior, pero algo más corto.

—Jack. —Le reprendí.

Él se encogió de hombros, como si la cosa no fuera con él.

—Lo siento. —Sacudió la cabeza, consternado, y se puso en pie. Me tendió la mano, pero me levanté sin su ayuda y me estiré la ropa. Volví a mi sitio y él al suyo. Pero algo había cambiado en el ambiente.

Ya no me miraba con la mano apoyada bajo el mentón y aire aburrido. Ahora sus ojos paseaban por cualquier rincón con tal de no encontrarse conmigo. Tragué un trozo de pollo y bebí agua, igual de incómoda. ¿Qué diablos había sido aquello? ¿Qué significaba eso? Una parte de mí sabía que estaba mal. Jack y yo éramos amigos y además estaba el asunto de... de su inmaterialidad.

Me pregunté si aquello cambiaría algo, si dejaríamos de llevarnos tan bien. En aquel momento, cuando creía que le estaba ocurriendo algo horrible, había caído en la cuenta de que lo necesitaba conmigo. Él era mi unión con este mundo, quien me mantenía con cordura y hacía que me enfrentara al día a día.

¿Desaparecería él ahora? ¿Acaso así eran el amor, los besos...? Destruían todo a su alrededor. Convertían algo hermoso en algo difícil de llevar, en algo incómodo.

Mi cabeza empezaba a dar vueltas, convirtiéndose en un hervidero de preguntas sin respuesta; de preocupaciones.

Retiré el plato y lo llevé al fregadero.

—¿Qué haces? —Preguntó.

—No tengo hambre.

Vi por el rabillo del ojo a Jack hundiendo el rostro entre las manos. Estupendo, el magnífico y resuelto Jack estaba tan perdido como yo.

—Eh. —Me llamó, sin levantarse. Había alzado la cabeza y había adoptado una sonrisa traviesa. —¿Tan mal ha estado?

Ha estado genial. —Quise decir.

—Vamos, siéntate. Solo cumplía con mi palabra.

—¿Con tu palabra? —Me detuve delante del asiento. Jack me miraba divertido, con los ojos brillantes.

—Te dije que tu segundo beso sería mejor. —Se encogió de hombros. —Solo me aseguraba. —Adoptó una postura chulesca y no tuve más remedio que sonreír. De nuevo, mi cabeza se había adelantado a los acontecimientos y ahora veía que me equivocaba. El muchacho seguía igual que siempre, no había significado nada. Había sido uno de sus arrebatos, un tanto extraño pero... todo seguía igual, que era lo que importaba.

—¿Qué te hace pensar que ha sido mejor? —Levanté una ceja. Pero estaba segura de que yo no me daba el aire burlesco que se daba él.

—Sé que ha sido mejor. —Soltó una risa por lo bajo y me miró, suficiente, dándose aires.

Puse los ojos en blanco y sacudí la cabeza. Volví a coger la comida y me senté frente a él. Le ofrecí el plato, pero él lo declinó.

Un rato más tarde, ambos decidimos que dormir sería lo mejor para deshacernos del cansancio provocado por las emociones del día. Una vez en la cama, con la luz apagada, viendo solamente lo que me permitía la luz nocturna que entraba por la ventana, volví a hablar del tema.

—Aunque haya sido una broma, no es algo con lo que se deba jugar. —Le dije, mordiéndome el labio inferior.

—¿A qué te refieres?

—Al beso.

—Ah. —Se quedó callado, meditando su respuesta. Con esa iluminación, aunque estábamos solo a unos palmos, cara a cara, no podía adivinar su expresión. —Lo sé. Ha sido una estupidez y te pido disculpas por ello.

—¿Por qué lo has hecho? —Pregunté, al cabo de un rato. Nada más soltar las palabras, me di cuenta de que me ponía nerviosa, anhelante de su respuesta.

—Bueno, lo cierto es que no lo he pensado mucho. —Se revolvió. —Me ha apetecido. Pero, como te he dicho, ha sido una estupidez. Puedes estar tranquila.

Asentí, a pesar de que él no me viese hacerlo. Sin embargo, aunque esa respuesta debía tranquilizarme, me sentía un tanto... ¿decepcionada?

Cerré los ojos y despejé aquello de mi mente, rindiéndome al sueño y dejando que la noche me envolviera apaciblemente.

Capítulo 20



El sonido de la puerta de la entrada al cerrarse y el taconeo por las escaleras me hizo despertar. Gruñí, era temprano. Pero, en cuanto escuché la aguda y preocupada voz de Beatrice subiendo las escaleras, me alarmé.

Sin mirar si quiera lo que hacía, busqué a tientas la espalda de Jack y le di tal empujón que lo tiré al suelo. Él me gritó, soltando improperios, pero yo le hice callar. Justo entonces, mi tía entró en el cuarto.

—¡Mel, cariño! —Sin dar lugar a que me levantara, me envolvió con sus brazos, haciéndome tragar pelusas de la bufanda malva que llevaba y obligándome a toser profundamente. Quería seguir durmiendo y así se lo hice saber. Pero, al parecer, ella decidió que era mejor contarle todo lo ocurrido cuanto antes. Así que, ahí estaba yo: un día de fiesta, levantada a las ocho de la mañana y desayunando con una alterada Beatrice.

Cuando terminamos de hablar, cuando ya nos habría dado tiempo a desayunar ocho veces, me miró con un rostro surcado de preocupación y se mordió los labios. Iba a decir lo que me temía.

—A lo mejor debería concertar una cita con el doctor antes de la vuelta al instituto.

Yo negué rotundamente.

—Sé que te resultará difícil de comprender, pero estoy llevando esto bien. —Ladeó la cabeza, y me miró como quien mira a un niño tonto. —No me crees.

—¿Cómo iba a creerte? Nadie puede llevar eso bien. —Sacudió la cabeza. —Vamos a tener que ir a juicio, no quiero que lo pases mal en el proceso.

—Estoy bien. Tengo gente que se preocupa por mí.

—¿Sophie?

Abrí la boca y miré hacia la izquierda, donde estaba Jack. Sophie ni siquiera sabía lo ocurrido.

—No.

—Es ese chico con el que estabas, ¿verdad? —Quiso fingir una pregunta inocente. Pero yo sabía que esa pregunta tenía cualquier intención menos la inocencia.

—Christian. Sí, el pobre se llevó un buen golpe por mí. —No mentía, Christian también se preocupaba por mí, o eso parecía... Pero era a Jack a quien me refería.

—Oh, esos son los mejores chicos. —Comentó, demasiado interesada.

—Solo somos amigos. —Me levanté, viendo cómo sonreía. No me molesté en darle más explicaciones, sabía que no me creería, así que subí a mi cuarto.

Me senté en la cama aún deshecha y crucé las piernas mientras marcaba el número de Christian en el móvil. Hablar con mi tía me había recordado que lo menos que podía hacer era llamar para preguntar por su estado.

—¿Christian?

—¡Hola, Mel! —Me llegó su voz desde la otra línea.

—¿Qué tal estás?

—Me duele un poco la cabeza... Pero estoy de una pieza. ¿Y tú? ¿Has dormido bien?

—Estupendamente. —Nos quedamos unos instantes en silencio. —Oye, con todo el ajeteo se me olvidó preguntar. ¿Has descubierto algo nuevo sobre Jack?

—Mi madre podría ayudarnos...

—No. —Lo interrumpí. —Quiero saber qué le pasó. —En ese momento Jack entraba en la habitación arrastrando los pies, también estaba cansado. —Pero tenemos que averiguarlo por nuestra cuenta, sin que nadie más se entere.

—Entonces tenemos que quedar para investigar. ¿Tienes ordenador en casa?

—Claro. —Respondí, como si fuera obvio.

—Muy bien, ¡hasta ahora!

—¿Eh? ¿Cómo que hasta ahora? —Inquirí. Me despegué el teléfono de la oreja y comprendí que ya me había colgado.

Genial. Ahora el famoso Christian aparecería por casa. ¿Qué más necesitaría Beatrice para marearme con el asunto de mi novio?

Pensé que, si iba a venir, tendría que estar presentable. Así que me di una ducha rápida, no sin antes advertir a Jack de que si entraba lo mataría. Y me puse unos vaqueros y un jersey holgado.

Cuando me estaba secando el pelo, sonó el timbre y dejé el secador en la encimera, con un suspiro. Apenas me había dado tiempo.

Corrí a abrir la puerta mientras mi tía se asomaba por el umbral de la puerta de la cocina, curiosa. Abrí con la intención de gritarle por haber llegado tan pronto y por haberme colgado sin dar explicaciones. Sin embargo, me quedé con la boca abierta incapaz de decir nada. Roxane había frustrado mis planes.

—Ho... Hola. —Murmuré. Y casi sonó como una pregunta.

La mujer me dedicó una gran sonrisa.

—Hola, querida. ¿Cómo estás? ¿Ya te has recuperado del susto?

—Sí, sí. No fue nada. —Contesté, mirando a Christian, que estaba tras su madre con las manos en los bolsillos y una sonrisa prudente.

—Christian me ha dicho que venía, así que he querido pasar a ver cómo estabas.

—Oh, no tenía que molestarse.

Mi tía, desde la cocina, dio dos pasos al frente, tentada de ver a la mujer que se había presentado en nuestra casa.

—Mel, no los dejes en la puerta. —Me riñó, dedicándole una sonrisa a Roxane. Se acercó, y le tendió la mano. —Soy Beatrice, la tía de Mel. Vamos, pasad.

—Yo soy Roxane. Solo me acercaba a ver cómo estaba la muchacha por la que mi hijo recibió un jarronazo en la cara.

Beatrice abrió la boca, comprendiendo. Un brillo extraño se reflejó en sus ojos.

—Eres la madre de Christian. Pasa, pasa por favor. —Prácticamente la obligó a entrar. Y, antes de que pudiera darme cuenta, nos habíamos reunido los cuatro en la sala. Beatrice sacó pastas y preparó cafés. Yo no tomé nada, porque acababa de desayunar. Y aunque ella también, no parecía molestarle en absoluto. Es más, daba la impresión de estar encantadísima.

—¡Qué horrible! —Murmuró Beatrice al escuchar la versión de la historia de boca de Christian, que resultó exactamente igual que la mía.

—La verdad es que hay jóvenes muy peligrosos. —Coincidió Roxane.

Saqué mi móvil y envié un mensaje a Christian, que estaba sentado enfrente.

“¡Qué agonía!”

Christian leyó el mensaje y esbozó una sonrisa.

“Puedo librarnos de ellas. ¿Qué precio estás dispuesta a pagar por ello?” Me contestó.

Por toda respuesta, lo miré enarcando las cejas. ¿A qué esperaba?

—Si no os importa... —Las interrumpió. —Me gustaría estar con Mel, a solas. —Dijo, esbozando una tímida sonrisa. —Tenemos cosas de las que hablar.

—Oh. —Dijo su madre. —Espero que después de ese jarronazo ya hayáis resuelto... “los términos de vuestra relación”.

—Sí, eso ya está resuelto. —Contestó Christian, poniéndose en pie. Las dos mujeres nos miraron, ávidas de más información.

—Haces bien. —Comentó Roxane. —No todos los chicos están dispuestos a recibir golpes por una chica.

—¡Eso le dije yo! —Exclamó Beatrice, dichosa.

Yo enrojecí y sentí cómo los dedos de Christian se cernían en torno a los míos. Lo miré, pasmada, y dejé que me arrastrara lejos de allí, escaleras arriba.

Ellas se quedaron en el piso de abajo, charlando animadamente y riendo.

En cuanto nos quedamos solos, le dediqué una mirada llena de furia.

—Dijiste a cualquier precio. —Se encogió de hombros.

—Podrías haber inventado otra cosa. —Le reprendí. —¿Por qué estás tan empeñado en que nos tomen por pareja?

—Para que mi madre me deje en paz. —Se paseó por la habitación, dirigiéndose a la ventana. Conservaba las manos en los bolsillos, y parecía algo alicaído. —No solo hay chicos como Daniel. También hay chicas así. —Explicó.

Yo medité sus palabras. Jack entraba en ese momento por la puerta. Desde que había aparecido Roxane, se había mantenido alejado, para que no pudiera percibirlo.

—¿Te hicieron daño?

—Esa es la versión oficial.

—¿Y tu madre cree que no lo has superado?

—Exacto. Siempre saca el tema, y yo ya estaba harto. Así que... —Se encogió de hombros.

—¿Y por qué no sales con nadie? De verdad, quiero decir.

—Porque no lo he superado. —Respondió, girándose hacia mí.

Le miré con los ojos muy abiertos. No parecía una persona torturada, ni mucho menos.

—¿Hace cuánto ocurrió?

—Estas Navidades hará un año.

Me quedé callada unos instantes, Jack se mantuvo al margen. Cogió uno de mis libros y se sentó en la cama a leer.

—¿Puedo preguntar qué ocurrió?

—Puedes. —Dijo, más críptico imposible. Yo le hice un gesto con la cabeza al tiempo que me acomodaba en la cama, indicándole que continuara. —Ah, yo no he dicho que fuera a responderte.

Resoplé de mala gana y me dejé caer sobre las sábanas. ¿Por qué no quería contármelo? Si era así como se había sentido Jack los primeros días, cuando no quería contarle nada acerca de mí, debía de haberse sentido muy frustrado.

—No le des muchas vueltas. No pasó nada en especial. —Sus palabras parecían sinceras, pero sus ojos marrones lo delataban. Ocultaba algo. —Simplemente nos gustamos, salimos, la cosa no salió bien y me dejó.

—Una mala relación no puede marcarte de esa manera, a no ser que haya habido algo más gordo.

—No lo hubo. —Se había apoyado en la ventana, y mantenía los ojos clavados en mí y las manos en los bolsillos de los vaqueros negros. —Para mí no fue una buena experiencia, y no quiero repetirla. No todavía.

—Ya. —Respondí, entendiendo cómo se sentiría y lo mucho que podían agobiarle mis preguntas. —¿Quieres que traiga el portátil? —Inquirí. Esperé a que él asintiera y fui en busca de él. Antes de salir por la puerta, me paré y le miré. —Eres un chico increíble y es una pena que ninguna chica pueda disfrutar de ti.

Christian me miró, parpadeando. Salí del cuarto y cerré la puerta a mi espalda. Me apoyé en ella y cerré los ojos con fuerza. Sentí que el rubor teñía mis mejillas y decidí tomarme mi tiempo buscando el portátil, con la intención de que mis pulsaciones hubieran disminuido para cuando volviera.

Capítulo 21



Y ahí estábamos, enfrascados en una búsqueda que no resultaba demasiado productiva. Jack se había interesado la primera media hora. Después, declarando que era una pérdida de tiempo, volvió a coger un libro y se tiró en la cama con él.

En mi opinión, más que una pérdida de tiempo, los resultados de internet le asustaron. La mayoría hablaba de espíritus y almas atormentadas ligadas al mundo material tan solo por un asunto pendiente.

Dos horas después, Christian me miró preocupado y yo asentí. Al parecer, él también encontraba la idea del espíritu como la más acertada.

Me pregunté si podríamos llegar a probarlo. Y, de ser así, qué haríamos entonces. Y lo que es más importante, cómo se lo tomaría Jack. Caí en la cuenta de que era él quien se compadecía de mí, quien me ayudaba a afrontar mis problemas y quien escuchaba mis lloros. Pero, en realidad, era él quien estaba más confuso; quien no recordaba su identidad; quien no comprendía qué hacía aquí.

Vaya, yo me sentía un tanto perdida en la vida; pero... él era un espectro sin recuerdos.

Estaba claro que había sido un tanto egoísta.

Christian carraspeó, sacándome de mis cavilaciones.

—¿Te parece si lo dejamos aquí? Empiezo a tener hambre. Además, está el asunto de la alianza Beatrice—Roxane. Nada bueno puede salir de ahí, así que sería mejor si lo detenemos ahora que podemos.

Reí con ganas.

—No creo que eso se pueda detener. —Alcé las manos. —Pero es tarde, así que, sí; es mejor que lo dejemos por hoy.

Christian se levantó de la cama y se miró en el espejo de mi tocador, distraído.

—Mel, esta noche salgo con los chicos. ¿Quieres venir?

—No sé si...

—Genial, te veré a las once. Creo que saldremos por ahí, así que ponte guapa. —Rectificó. —Más de lo normal. —Me guiñó un ojo y se dirigió a la puerta. Yo lo acompañé, sacudiendo la cabeza. Lo cierto era que me apetecía salir con ellos, eran agradables. ¿Pero pensarían los chicos lo mismo de mí?

En el salón, las dos mujeres seguían hablando y riendo como si solamente llevaran allí veinte minutos. Pensé en las palabras de Christian y reprimí un escalofrío. Cosas horripilantes podían salir de esa amistad, y más aún si las dos creían que éramos pareja.

Eran más de las diez de la noche. Jack se había dado la vuelta, estaba devorando el libro en el que se había enfrascado aquella mañana y no me prestaba demasiada atención. Yo rebuscaba en mi armario algo apropiado para ponerme. ¿Debería ponerme una falda?

—Jack, ¿qué tal estás?

—Eh... Bien.

—Me refiero a tu situación. Nunca me has contado cómo te sientes. —Seguí sin girarme. Preguntar por algo tan íntimo era más fácil si no le miraba a la cara. —Quiero decir que... ¿estás mal?

—No. —Sacudió la cabeza. —Es difícil ver que eres el único en tu condición, y que no hay nadie que sufre lo mismo que tú. Pero eso nos pasa a todos de vez en cuando, ¿no?

—No así. —Repliqué. —Tú me has ayudado mucho y reconozco que no soy tan empática como tú pero, si necesitas mi ayuda, estoy aquí.

¿Era cosa mía, o ese día estaba especialmente sentimental?

—Podrías ayudarme dándote la vuelta ahora mismo.

Paré de rebuscar en mi armario y me puse tensa. Estaba en ropa interior, y se suponía que Jack estaba leyendo.

—¿Me estás mirando? Te he dicho que no miraras.

Casi pude ver la sonrisa traviesa que asomó a sus labios.

—Y luego me has llamado para hablarme, lo que me ha hecho creer que habías terminado y me ha obligado a girarme.

—¿Y al verme en ropa interior no se te ha ocurrido pensar que lo que debías hacer era seguir leyendo? —Inquirí, hablando para el armario, literalmente.

—Oh, eso es lo último que se me ha pasado por la cabeza.

Me sonrojé y seguí buscando algo que ponerme. Le dediqué un par de gritos, no lo suficientemente estridentes como para que los escuchase mi tía, pero sí como para obligarle a darse la vuelta.

Cinco minutos después, me volví, ya vestida, y me escabullí al baño antes de que Jack me viera. No estaba segura de vestirme así, primero tenía que peinarme, hacerme la raya de los ojos y mirarme durante media hora en el espejo para decidirme.

Contemplé mi reflejo: una joven de dieciséis años, tan paliducha como siempre, pero sin ojeras y con un ligero rubor en los pómulos. Mi aspecto era mucho más saludable que hace tan solo unas semanas. En aquel momento me sorprendí a mí misma creyendo que había algo de... belleza en mi imagen.

Me peiné el pelo dándole algo de forma. Que lo tuviera liso no quería decir que no tuviera volumen, así que me lo peiné lo mejor que supe y acabé recogíendolo en una trenza. Yo nunca llevaba el pelo recogido, pero aquel día me gustaba el aspecto de mi rostro así.

Me pinté los ojos con algo de negro y me mordí los labios, alejándome para contemplar mi imagen en su totalidad.

Me había puesto una falda negra con medias, un calzado plano y un cómodo pero bonito jersey azul cielo.

Volví a mi cuarto y descubrí que Jack ya había dejado el libro sobre mi escritorio y paseaba cerca de la ventana, pensativo. O, más bien, aburrido.

Me evaluó sin ningún tipo de disimulo y sonrió.

—Estás muy guapa. —Reconoció.

Un cosquilleo me recorrió la espalda y me apreté los dedos de las manos.

—Gracias.

Antes de que la situación se me antojara demasiado incómoda, se levantó y dio una vuelta sobre sí mismo.

—¿Y yo? ¿Crees que voy bien o destacaré demasiado?

Le miré, aunque no me habría hecho falta. Llevaba sus vaqueros y su camiseta negra ajustada, como siempre. Reconozco que si por algún casual me lo encontrase vestido de otra forma, se me antojaría extraño; tal vez no me gustase. Esos pantalones y esa camiseta eran perfectos para él.

—Bueno, creo que irás bien. —Le seguí el juego, asintiendo con la cabeza al tiempo que lo miraba de arriba a abajo.

Me dejé caer en la cama y esperé a que llamaran a la puerta. Lo cierto era que estaba ansiosa por que llegaran. Dejando de lado aquella desastrosa salida con Daniel, nunca había salido por la noche y... Y entonces caí en la cuenta: ¿y si Beatrice no me dejaba? Les habría hecho ir a los muchachos para nada y además estaba el tema de mi aspecto... Iba guapa, para una vez que iba guapa tenía que dejarme salir.

Corrí hacia ella, con el móvil, las llaves y algo de dinero ya en un pequeño y discreto bolso. La miré, suplicante.

—Tía... —Murmuré, mordiéndome los labios. —Déjame salir esta noche, Christian va a llevarme a...

—¿Vas con Christian?

—Sí. Y con unos amigos suyos. ¡Son todos buenos chicos!

—Es muy tarde, Mel...

—Pero estaré con él. —Probé. —Sabes que él me cuida. Tú lo dijiste, es capaz de recibir un golpe por mí. —Sonreí, esperanzada.

—Lo cierto es que me alegra que salgas... —Suspiró largamente. —Aunque preferiría que fuera de día pero... ¡Qué se le va a hacer! Eres joven. Anda, ve.

Di un par de palmadas, contenta, y me senté con ella a esperar. Jack se sentó en las escaleras, abstraído en sus pensamientos.

—No sé cuánto llevas con él, pero se te nota mejor, ese chico te está haciendo mucho bien. —Comentó.

Vi a Jack sumido en sus cavilaciones, con una mano sobre el regazo y la otra sosteniéndose la cara.

—Supongo que sí. —Respondí.

Cuando dieron las once, sonó el timbre, y el rugido de un motor se escuchó en la calle. Beatrice hizo el amago de levantarse para saludar a Christian. Pero yo fui más rápida; corrí hacia la puerta y la abrí de golpe. Mi tía se asomó para ver al muchacho antes de que cerrara la puerta, y yo desaparecí gritando que me iba.

Eché a andar hacia el coche, pero Christian me llamó desde atrás.

—Eh, eh. ¿Llegas tarde a alguna parte?

Reí.

—Lo siento. —Me detuve, esperándole. Él caminó con parsimonia hacia mí, Jack hizo lo propio con las manos en los bolsillos. Sentí cómo me miraba, pero no dijo nada. Si tenía algún comentario, se lo calló.

—Los demás ya están allí. Solo ha venido Sam.

—Muy atento. —Observé. El me abrió la puerta e hizo una especie de reverencia que le quedó fatal. Pero resultó encantador, así que no pude más que sonreír.

—Hola. —Me saludó el muchacho que conducía. Era algo rechoncho y pecoso. Y sus mechones de pelo anaranjados estaban algo rizados por la humedad.

Le devolví el saludo y, durante todo el viaje, escuché hablar a los chicos sobre algo de lo

que yo, por lo menos, no tenía ni idea. Me pregunté si solo era cosa mía, o si Jack tampoco lo entendía. Puede que fuera argot de chicos, porque él sonreía.

Llegamos hasta una de las calles del centro y nos incorporamos al tráfico de la ciudad. Tras varios interminables semáforos, Sam encontró un hueco donde aparcar, en una de las calles menos abarrotadas.

El camino hasta el bar se me hizo eterno. Había bastante gente por la calle, pero el aire era frío y maldije por lo bajo por no haberme llevado una chaqueta. Había creído que el coche nos dejaría cerca y que dentro no necesitaría nada con lo que resguardarme del frío.

Llegamos hasta un sitio coqueto y modesto. Las luces de neón de la entrada anunciaban el nombre del local. Dentro, junto a una barra situada a la izquierda, la gente bailaba en la pista, iluminada por luces de colores cambiantes. Más al fondo había mesas y sofás. Se parecía mucho al lugar al que me llevó Daniel, pero este se me antojó mucho más confortable y seguro.

Christian me agarró de la mano y siguió a Sam, que se abrió paso a través de la gente. En una de las mesas, Luke y J bebían entretenidos.

—¿Qué hay? —Gritaron al unísono, antes de echar a reírse.

Yo respondí con una sonrisa, y me senté al lado de Luke. Llevaba unas gafas que se ajustaba al puente de la nariz una y otra vez. El pelo negro, que necesitaba un corte, le tapaba las orejas y parte de las cejas.

Antes de que pudiera darme cuenta, alguien me puso un vaso en las manos, y levanté la cabeza para mirar a Christian.

Los cinco nos sentamos tranquilamente y comenzamos a gastarnos bromas entre nosotros y a reír. J era un terremoto, no paraba quieto. Parecía incluso imposible que aguantara sentado tanto tiempo.

Las horas pasaron volando y Christian, a mi lado, me puso de pronto una mano en el hombro.

—¿Quieres otra? —Inquirió. Al parecer, él ya se había terminado su vaso. Miré el mío, al que aún le quedaba la mitad. Y luego miré la cola que había crecido en la barra. Saqué un billete del bolso y se lo tendí.

—Sí, gracias. —Eso me daría un poco de tiempo. Tenía un tema pendiente sobre el que sentía curiosidad. Así que, como los chicos eran abiertos y no parecían ser demasiado crípticos... —Oye, — pregunté a Luke, a quien se le empezaba a notar un cierto color rosado en las mejillas. — Christian tenía novia, ¿verdad?

—Sí.

—¿Sabes qué pasó?

—Lo dejaron.

Reprimí una sonrisa. ¿No era obvio?

—Te pregunta por qué, melón. —Le espetó J.

—Ah. —Una sonrisilla bobalicona asomó a sus labios. —¿Estáis saliendo?

—¡No! —Grité, solo somos amigos.

—¿Y no tienes novio?

Antes de que pudiera responder a una pregunta que me había dejado descolocada, Sam habló, haciéndose escuchar por encima del sonido de la música.

—Ella le engañó con otro. Aunque él nunca lo reconocerá.

—¿No os lo ha contado? —Me interesé.

—No. —Siguió J. —Pero todo el mundo lo sabe. —A ella le habían visto con un tipo varias

veces, incluso nosotros la vimos... ¡Estando Christian con nosotros! —Sacudió la cabeza. —No sé qué pasó entre ellos. Pero estaba claro que le engañaba, y además era una víbora.

—¿Por qué? —Inquirí.

J miró por encima de mi hombro, y yo me giré en redondo, para descubrir al recién llegado, que portaba dos vasos. Me tendió uno y dejó el suyo sobre la mesa.

—¿De qué hablabais?

—De lo borracho que está Luke. —Me encubrió Sam. —¿Verdad que sí? —Pegó una palmadita en la espalda a su amigo, que por poco pierde las gafas del susto. Sí, lo cierto era que ya estaba bastante bebido.

Christian se inclinó hacia mí, hasta que sus labios casi rozaron mi oreja.

—Está mal intentar sonsacarles información a unos borrachos.

Me encogí de hombros, algo avergonzada.

—No lo habría hecho si me lo hubieras contado tú.

Él no respondió. No parecía enfadado, así que me relajé y di un trago a mi bebida. ¿Cuernos? Me pregunté quién sería, y si la seguiría amando. ¿Podría amarla incluso después de eso?

Un animado J me sacó de mis ensoñaciones levantándose y arrastrando a Luke con él a la pista de baile. Hice un gesto con la cabeza a Christian pero decidió que iría más tarde. Yo, en cambio, fui a reunirme con los dos chicos, que bailaban desacompañadamente, sobretudo Luke.

J desapareció entre el gentío en busca del baño y yo me quedé a solas con el otro. Vi como Jack aparecía a mi lado.

—¿Y vienes mucho por aquí? —Inquirió el muchacho.

—No, es la primera vez. —Grité, para que pudiera oírme.

Los ojos del muchacho dejaron de mirarme a la cara, y bajaron más de la cuenta.

—Eres muy guapa.

—Gracias. —Respondí, sabía que el pobre lo decía con toda la inocencia del mundo.

Se inclinó hacia delante con la intención de besarme, pero ni siquiera tuve que apartarme. Jack le agarró del hombro y le hizo girar sobre sus talones, quedándose de espaldas a mí, y desorientándolo más de lo que ya estaba. Pobre.

Cuando recobró el sentido del espacio y fue capaz de coordinarse, volvió a girarse. Se marcó un par de pasos de baile y se ajustó de nuevo las gafas. Me agarró de la mano para hacerme girar y yo reí. Era un chaval divertido.

Se inclinó hacia delante nuevamente y Jack repitió la operación. Luke debía estar flipando.

Christian se nos acercó, poniendo fin a los intentos de su amigo y puso una mano sobre mi hombro.

—Así que al señorito Jack no le gusta que otros chicos intenten besarte. —Me susurró, al oído.

—¿Lo has visto? —Reí, divertida.

—Va algo bebido, pero lo de girar en contra de su voluntad me parece demasiado incluso para él.

Solté una risotada, Jack también sonreía.

—¿Tenéis algo él y tú?

Abrí los ojos como platos y negué rotundamente. Christian sonrió. También iba algo achispado, pero no tanto como el resto.

—¿Crees que si te beso le importará?

—¡Me importará a mí! —Protesté, indignada.

—¿Me haría lo mismo que a Luke? —Preguntó, mirando en todas direcciones, provocativo.
—Apuesto a que si tú no te apartas, me apartará él a mí. —Arqueo las cejas.

Jack había dejado de sonreír y se había cruzado de brazos. Al parecer, no le gustaba lo que estaba insinuando el muchacho.

—El problema es que yo me apartaré.

Christian se encogió de hombros e hizo un amago, pero yo arqueé la espalda esquivándolo y le reprendí con la mirada. Él rió.

—¡Vamos, Jack! —Gritó.

—¡Vamos, Jack! —Vitorearon J y Luke a coro, sin saber de qué hablábamos y dando saltos el uno apoyado en el hombro del otro.

Christian me agarró de la muñeca y me dijo algo al oído. Yo le miré al escuchar sus palabras, perpleja e incrédula. Acto seguido, me sujetó de la cintura y me atrajo hacia él para besarme. No podía apartarme.

Fue visto y no visto. Jack apareció a su lado, me dio un suave empujón para liberarme de su abrazo y agarró a Christian del hombro para hacerlo girar igual que a su amigo.

Jack resopló y Christian rió, satisfecho.

Las palabras de Christian al agarrarme de la muñeca resonaron en mi mente hasta mucho después.

“Si me aparta, es que le gustas”.

Capítulo 22



Necesitaba hablar con Christian a solas, urgentemente. Pero, ¿cómo se lo diría estando Jack a mi lado? Nunca había tenido una vida privada que me importara ocultar, pero ahora él era parte de esa vida privada, y no podía hablar de él si estaba todo el día pegado a mí.

Estaba a mi lado, esquivando a la gente que se acercaba para no provocar colisiones. Yo resoplé.

—Jack, ¿por qué no vas a sentarte? Aquí puedes chocar con alguien. —Tanteé.

Vi que J me miraba, frunciendo el ceño e, inmediatamente, me giré hacia Christian, fingiendo que le decía algo a él. Este apreció el gesto y asintió.

—Estoy aburrido. —Declaró.

Cogí aire. No podría librarme de él.

—Puedes irte a casa. —Le dije, pegándome a Christian para fingir que bailaba con él.

Christian me miró.

—Supongo que no me lo dices a mí, ¿verdad? —Rió con ganas.

—No, claro que no.

Se pasó la lengua por los labios, pegajosos por lo que había bebido, y se acercó de nuevo a mi oído.

—¿Desde aquí puede oírme?

—No. —Respondí. Jack estaba muy cerca, pero la música estaba lo suficientemente alta como para que no se oyese nada a más de un metro de distancia si no se levantaba la voz.

—¿Por qué quieres que se vaya?

—Quiero hablar contigo. —Se separó un tanto para mirarme, curioso. —Sobre él. —Aclaré. El asintió, comprendiendo.

—¿Qué ocurre, Mel? —Me gritó Jack. Al parecer, él también se había percatado de mi insistencia para que nos dejara solos.

—Nada. —Alcé las manos, quitándole importancia al asunto.

De pronto, sentí las manos de Christian rodeándome la cintura y atrayéndome hacia sí.

—Dile que quieres quedarte a solas conmigo. —Murmuró a mi oído, y sonrió de forma sugerente, para que Jack pudiera verlo y así sacara conclusiones solo.

—No, las cosas no se hacen así. —Negué. Por encima del hombro vi a un preocupado Jack, que oía mis palabras, pero no las de Christian. Me miraba algo pálido, con el ceño fruncido y expresión descolocada. ¿Qué estaría pensando?

—¿Problemas con él? Dime qué te ha dicho. —Exigió, acercándose de forma protectora.

Cogí aire y no le miré al decir lo que dije. Las luces se extendían por el suelo como una explosión de colores que lo inundaba todo. Mis medias pasaban del amarillo al naranja, después al verde...

—Dame media hora con él, Jack. Necesito que nos quedemos solos.

Por el rabillo del ojo le vi sacudir la cabeza, desconcertado. Abrió la boca para decir algo, pero después se irguió y adoptó una pose seria y neutral. Algo en mi pecho se retorció. Y, en cierto modo, me sentí mal por aquello que acababa de pedirle; pero, aparte de haberle mentado, ¿qué más tenía de malo? Si hubiera querido quedarme a solas con Christian, fuera para lo que fuese, estaba en mi derecho, ¿o no?

Jack se hizo a un lado con dignidad cuando Christian me cogió de la mano y empujó suavemente de mí a través de la multitud bañada por un reguero multicolor.

¿Por qué a cada paso que daba sentía como si estuviera traicionando a Jack? Era una sensación absurda, pero no podía arrancármela del pecho.

Salimos al aire nocturno de la ciudad y una suave brisa me inundó los pulmones. Ya era más de la una y la noche era fría, pero el frescor me devolvió de vuelta a la tierra. Al motivo por el que quería hablar con el muchacho. Me froté los brazos y me aparté un mechón negro que caía sobre mi rostro.

—¿Por qué crees que le gusto?

—¿Y tú? —Él también tenía frío. Comenzó a bailotear de un lado a otro. El portero nos miró por encima del hombro, indiferente. Mientras no montáramos un escándalo público, nuestra presencia le daba igual.

—Yo no creo gustarle. —Le dije, sin demasiada convicción.

—¿Entonces por qué te interesas tanto por ello? O... ¿es que él a ti sí te gusta?

Sacudí la cabeza, incapaz de decir nada. Él se arrepintió.

—Lo siento, olvida lo que he dicho. No quiero ser malo contigo. —Se disculpó.

—Entonces dime lo que piensas. —Le pedí.

—Compartís cada momento del día, eres la única persona con la que habla, la única que puede verle y escucharle... Incluso, dormís juntos, ¿verdad? —Arqueó una ceja. Yo asentí, haciendo caso omiso de la última observación.

Tragué saliva. El aire me congelaba las mejillas. ¿Por qué no nos habíamos retirado a un lugar apartado dentro del bar, un lugar cálido y sin el viento helador del invierno?

—Hace poco me besó. —Estallé, incapaz de contenerme.

—¿Te besó? Recuérdame por qué quieres que te explique que le gustas.

Me froté la cara con las manos, en busca de palabras. Estaba confusa.

—Después reconoció que había sido un error y que había que olvidarlo.

—¿Te dijo eso?

—Sí, bueno... Yo se lo dije, y él acabó coincidiendo conmigo.

Christian suspiró, como si yo fuera la persona más ingenua del planeta y me colocó las manos a cada lado de los hombros.

—Solo lo reconoció porque tú así lo querías. No es fácil conservar una amistad si una de las dos partes siente algo más y el otro lo sabe. —Sus ojos negros denotaban compasión, lástima. No sé si por Jack, o por mí. —Mira, yo en su lugar te habría dicho lo mismo. Él está aquí de forma temporal, y podría irse con la misma rapidez con la que llegó. ¿Cómo sería afrontar eso para los dos?

—¿Puede desaparecer? —Inquirí, el dolor que atenazaba mi pecho volvió. Saber que Jack podía sentir algo por mí y que yo estaba ahí fuera con Christian me hizo sentir mal conmigo misma; y ahora que conocía el motivo de mi malestar no podría deshacerme de la culpabilidad.

—Mel, ni siquiera sabemos qué hace aquí. Tienes que estar preparada para lo peor y tener

esa posibilidad en cuenta. —Sacudió la cabeza. —Pero no le des vueltas a eso ahora. Piensa que él tiene miedo de establecer una relación que os partiría el corazón a los dos. Además, si llegara a quedarse para siempre... reconoce que no sería una relación convencional. —Alzó un poco la voz, intentando despejar la tensión. —Se ven cosas muy raras por ahí, pero vuestra pareja se llevaría la palma.

Me soltó y se me quedó mirando unos instantes. Yo miraba a algún punto de su pecho, incapaz de alzar el rostro, enfrascada en mis pensamientos.

—¿Vamos dentro?

Asentí.

Me volvió a agarrar de la mano y la música y las luces volvieron a inundar mis sentidos. El olor dulzón de las bebidas y el sudor de los cuerpos entrechocando entre sí enseguida penetró en mi nariz.

Entré en calor inmediatamente y cuando Christian se detuvo en el lugar donde bailaban los chicos, yo seguí adelante, hacia la que había sido nuestra mesa. Me excusé diciéndole que estaba cansada y me dejé caer en una de las sillas de madera.

¿Sería cierto? ¿Podría gustarle a un chico como Jack? Negué con la cabeza casi sin darme cuenta. Me parecía inconcebible. Pero todo lo que había dicho Christian parecía lógico, ¡y además estaba el asunto del beso!

Miré a mi alrededor. ¿Dónde se había metido? Rememoré el día en el que había desaparecido y tragué saliva. ¿Y si se había marchado? ¿Y si no había sido voluntario y había desaparecido para siempre?

Me quedé allí sentada, dándole vueltas a la cabeza mientras bebía de la copa que había dejado antes sin empezar. Los muchachos se acercaron de vez en cuando para preguntarme si quería bailar, pero en todas y cada una de las ocasiones alegué cansancio. Al final, J y yo nos quedamos allí, esperando a que el resto se cansara.

Cuando llegó la hora de marcharnos, Jack aún no había aparecido. Sam nos llevó de vuelta a casa, dejando primero a Luke, después a J y por último a mí. Me despedí de ellos con una sonrisa y Christian me apretó un poco la mano antes de dejarme ir.

—¿Estáis juntos o qué? —Le oí preguntar a Sam con voz ronca en cuanto salí del coche.

Esa era la imagen que habíamos dado aquella noche. La imagen que habíamos dado ante Jack. Me maldije a mí misma por ser tan impaciente y no haber sido capaz de esperar un par de días para encontrar un hueco en el que poder hablar con Christian, aunque fuera por teléfono, sin que estuviera el otro muchacho presente.

Entré en casa arrastrando los pies, y me recordé que Beatrice estaría en la cama, así que procuré no hacer ruido cuando me dirigí directamente al baño y, después, a mi habitación.

Al entrar a mi cuarto, vi una sombra sobre la cama y, al principio, me sobresalté, pero luego comprendí que se trataba de Jack.

Di la luz de la mesilla y lo saludé al tiempo que cerraba la puerta.

—Te has ido.

—Me pediste que me fuera. —Contestó simplemente. No había rastro de dolor en su voz, solo indiferencia, aburrimiento tal vez. Eso me partió aún más el alma.

—Lo sé. —Me senté a su lado. Él se había incorporado, llevaba el torso desnudo y sus piernas estaban cubiertas por las sábanas. La luz de la pequeña lámpara de la mesilla chisporroteó. —Y no es lo que piensas.

—¿Y cómo sabes qué es lo que pienso? —Preguntó, frotándose la sien.

—Porque di a entender que quería quedarme a solas con él por un motivo. —Suspiré. —En realidad, no me gusta.

—Vaya. —Comentó. —Pues finges muy bien. —¿Él lo sabe? Yo diría que no. —El carácter impersonal desapareció, su voz estaba teñida de ironía.

—Sí, él lo sabe. —Me levanté dispuesta a cambiarme. Supuse que él entendería que no debería mirar y comencé a desvestirme. —Fingimos para que nos dejaras solos.

—¿Por qué? —La curiosidad se podía palpar en el ambiente. El sentimiento de traición había dado paso al desconcierto.

Me puse la camiseta con la que dormía y el pantalón de mi pijama.

—Porque necesitaba hablar con él. —Me armé de valor para continuar. —Sobre nuestro beso.

—¿Vuestro beso?

—Nuestro beso. —Repetí, señalándonos a ambos para que me entendiera al fin. Él ladeó la cabeza.

—¿Por qué?

—Porque quería hablarlo con alguien. Y porque tú eras una parte implicada, no podía comentarlo contigo. —Le expliqué.

—¿Y bien? —Levantó una ceja.

Yo me encogí de hombros. Pensé en las palabras de Christian. Incluso si yo no le hubiera pedido que se olvidara del beso, él habría acabado dejando el asunto de lado para evitarnos dolor a los dos...

—Cree que te gusto.

Vaciló unos instantes, luego esbozó una media sonrisa.

—Ya hablamos de eso. Solo fue una tontería, ¿verdad? —Su última palabra no parecía buscar una confirmación. Algo en mi interior me decía que sus palabras buscaban ser rebatidas, que me rebelara contra ellas. Sin embargo, fui sensata.

—Verdad. Ya le he explicado que entre nosotros solo hay amistad. —Me metí en la cama, tapándome con las sábanas, y apagué la luz.

Nos quedamos en silencio durante unos instantes. Mis ojos empezaron a acostumbrarse a la oscuridad, aun así no podía ver más allá de los pobres rayos de luna que entraban por la ventana.

—¿Y entré él y tú...? —No terminó la pregunta.

—Ya te he dicho que nos lo inventamos todo. Solos somos amigos. —Le aseguré.

—Entiendo. —Parecía haberse relajado, había tranquilidad en su voz. Ya no estaba molesto, ni se mostraba indiferente.

Yo cerré los ojos, decidida a olvidar esa noche. Era lo mejor para todos. Lo mejor para Jack y lo mejor para mí.

A la mañana siguiente desecharía todos esos pensamientos, como me había prometido hacer a mí misma, pero aquella noche mis sueños se rebelaron contra el olvido. Me quedé profundamente dormida, soñando con manos mortales y visibles que se cerraban en torno a las mías, promesas de amor que todos podían escuchar y unos ojos verdes que me miraban con intensidad.

Capítulo 23



Me desperté sorprendentemente fresca y despejada. Las telarañas de la noche anterior habían desalojado mi cerebro y ahora veía todo con mayor claridad.

Mi tía me bombardeó a preguntas durante el desayuno. Ella había desayunado hacía horas y si yo hubiera esperado un poco más, el mío se podría haber convertido en la comida.

Cuando quedó suficientemente claro que no me había drogado con éxtasis, cocaína ni hongos alucinógenos y que no había tenido sexo con ningún extraño, me dejó en paz y volvió al salón.

Pronto tendría que volver a trabajar. Había adelantado sus vacaciones para estar conmigo, y después tendría que recuperar esas horas.

Se iba a celebrar un juicio contra Daniel. Mi tía quería pedir una orden de alejamiento. Y la madre de Christian otra para su hijo. Al parecer, esos trámites llevaban tiempo. Y hasta dentro de un unos días no se celebraría.

La policía seguía investigando el asunto del blog. Pero yo sabía que si lo habían hecho desde uno de los ordenadores del colegio, nunca encontrarían a los responsables. De todas formas, no me importaba. Ya no. Tenía a Sophie, que a pesar de no tener apenas tiempo para estar conmigo, siempre estaba ahí si la necesitaba. También había conocido a Christian e incluso a sus amigos. Y estaba él, Jack.

Sabía que no todo el mundo tenía por qué odiarme. Sabía que no era tan detestable como ellos querían hacerme parecer.

Después de comer, me di una ducha y busqué información sobre el problema de Jack por mi cuenta. Pero era prácticamente imposible. Partía desde cero. Lo único a lo que podía agarrarme era ese mito acerca de ángeles protectores. El resto... bueno, el resto no le habría gustado nada a Jack. Le mandé un mensaje a Christian para decirle que seguía buscando y que continuaba en blanco. Le pedí ideas.

Sobre las cinco, Christian me llamó. Había tenido una.

Media hora más tarde, Jack y yo esperábamos en la parada del autobús. Llegamos hasta las afueras de la ciudad. Las calles eran más anchas en aquella zona y las carreteras menos transitadas. Habíamos llegado allí después de un transbordo y 45 minutos de viaje.

—Vuelve a repetirme qué hacemos aquí. —Jack estaba malhumorado. Era comprensible.

—Mira, haremos lo que Christian quiere y si resulta que no pasa nada... el círculo se habrá estrechado.

Una señora que pasaba a mi lado se me quedó mirando. Luego me percaté de que hablaba en voz alta. Me maldije a mí misma; para mí, Jack era tan real como ella, y a veces me costaba recordar que nadie más lo veía.

Me llevé la mano a la oreja, fingiendo llevar uno de esos pinganillos telefónicos e inventé una conversación en la que me despedía de alguien y colgaba el teléfono. Una risa resonó a mi

lado.

—¿Qué haces? —Inquirió Christian envuelto en una bufanda negra y riendo de buena gana.

Yo le quité importancia con un gesto de la mano y le indiqué que estaba lista. Él echó a andar por una de las calles y yo le seguí.

Su plan era muy sencillo. Si Jack estaba muerto, vería a otros como él. Era probable que si ya los había visto no se hubiera percatado. Puede que, durante el día, entre tanta gente, no hubiera advertido que aquellas presencias no pertenecían a este mundo. Pero, en un lugar aislado, propenso a albergar entidades sobrenaturales, podríamos descubrir si él también estaba... muerto.

Nos dirigíamos a uno de los cementerios de la ciudad. Christian y yo subimos una colina que rodeaba la gran muralla de hormigón que separaba el reino del descanso eterno del resto de la ciudad.

No había ni un alma en la calle, estaba desierta. Una hilera de árboles se extendía a lo largo de toda la colina, el cielo estaba plomizo y el viento me cortaba los labios.

—Si ves algo, avísanos. Si nosotros no lo vemos... puede que sea una especie de entidad esotérica. —Dijo Christian, sabiendo que Jack nos acompañaba.

El muchacho, con su camiseta negra de manga corta, nos seguía con las manos en los bolsillos, ceñudo. Yo temía que fuera a desaparecer en cualquier momento. Cuando había conocido la idea, no le había hecho nada de gracia y se había negado. Pero, al final, había acabado accediendo a regañadientes.

—Si resulta que ves algo... no pasará nada. —Le dije, tranquilizadora.

Jack no respondió, se limitó a seguir ascendiendo, siguiendo nuestros pasos, hasta que nos paramos frente a la entrada principal del cementerio.

Una pequeña cabina que recibía a los visitantes se encontraba vacía. A la derecha, la verja de hierro forjado estaba abierta de par en par, y un sin fin de tumbas se extendía a lo largo de un prado entre verdoso y marrón.

Entré, insegura. ¿Y si Jack veía a alguien? ¿No sería aquello torturarle aún más?

Me envolví en mi abrigo de lana y dejé que el vaho saliera a través de mis labios entumecidos por el frío.

Paseamos por uno de los caminos que se abría entre los panteones y las tumbas. Miré a Jack de reojo un par de veces, para captar cualquier perturbación en su hermoso rostro que me indicara que había visto algo.

De pronto, se puso tenso y se detuvo.

—¿Jack? —Murmuré. Mis entrañas se contrajeron y aguanté la respiración.

—Ahí delante, hay una señora.

Respiré tranquila y le miré con ternura.

—Yo también la veo, Jack. Es de carne y hueso. —Le dije, contenta. Aunque no ver a nadie allí significaba seguir con un círculo tan amplio como hasta entonces, lo prefería así. No me gustaba imaginar que Jack pudiese estar muerto. —Sigamos paseando, fijate bien en todo. —Le pedí.

Un rato después, habiendo llegado ya al otro extremo del cementerio, Christian fue quien se detuvo ante dos tumbas y respiró con fuerza.

—¿Nada?

Yo miré a Jack, que no había abierto la boca en todo el rato.

—Nada. —Asentí por él. Sabía que no mentía. Al ver a aquella señora, no había dudado en decírnoslo. A pesar del miedo, él también quería saber si estaba muerto.

—Bueno. Entonces seguimos como antes. —Murmuró. Hice un amago de deshacer el camino hasta la entrada, pero Christian seguía allí parado, mirándose las botas con aire ausente.

Me planté a su lado y miré las tumbas. Por las fechas, habían muerto muy jóvenes. Tragué saliva. Uno de ellos tendría la edad de mi madre cuando falleció. El otro no había cumplido los cinco años. No me gustaban aquellos lugares y decidí salir de allí cuanto antes.

Sin embargo, al mirar al muchacho a la cara, algo me hizo cambiar de opinión. Conocía esa mirada triste, no en él, si no en mí.

—¿Christian? —Susurré. —¿Los conocías?

—Es mi padre. Y mi hermano.

Me maldije a mí misma. Ya lo imaginaba. Pero no había encontrado otra forma más suave de preguntarlo y no quería meter la pata.

—Lo siento. —Volví a echar una ojeada a las fechas. Habían muerto a la vez. Hacía diez años.

—Siempre había estado al corriente del don de mi madre. —Dijo, como si hablara para sí mismo. —También era consciente de mi don. Cuando murieron me consoló la idea de saber que siempre los sentiría conmigo. —Sus labios se curvaron en una torva sonrisa. —Pero se habían ido, no estaban... No podía sentirlos. Notaba toda clase de presencias, pero ninguna eran ellos, lo sabía.

Me quedé paralizada, sin saber qué decir. No se me daban bien esas cosas. En realidad, ni siquiera se me daba bien hablar con la gente de ningún tema. Imaginé cómo había lidiado conmigo Jack cada vez que había tenido problemas, y me dije que debía de ser cansado. Entonces recordé uno de sus cálidos abrazos, y supe que eso era lo que me habría gustado en el lugar de Christian.

Me acerqué a él y le eché los brazos al cuello tratando de reconfortarlo. Al principio se sorprendió. Pero, en seguida, sentí una leve presión en la espalda, y supe que me rodeaba con sus brazos aceptando el abrazo.

A veces un abrazo podía significar mucho más que cualquier palabra. Un abrazo decía “te entiendo, no estás solo; me preocupas”.

De vuelta a la parada del autobús, cuando Christian ya había superado aquel momento y volvía a hablar con toda la alegría y naturalidad que lo caracterizaban, decidimos que antes de volver a casa tomaríamos un chocolate caliente en una cafetería. A decir verdad, la del chocolate fui yo, él tomó café, algo más “apropiado” y “serio” para su edad, a su parecer.

Aquella noche, mi tía se despidió de mí. Debía dar una conferencia y tenía que coger un vuelo al día siguiente, demasiado temprano como para despertarme sin que resultara maltrato.

Tras ver una película en la tele con Jack, me metí en la cama, dejando escapar un suspiro. Las sábanas estaban calentitas y los párpados me pesaban. Para mí, la sensación de tener sueño era todo un privilegio.

Desperté tras una pesadilla. Nada más abrir los ojos olvidé qué había soñado. Pero la angustia me seguía pesando en el corazón y me acerqué más hacia el lado de Jack, buscando su calor. Pero allí no había nadie.

No me hizo falta encender la luz de la mesilla. Se me había olvidado bajar la persiana la noche anterior y la débil luz del sol, menguada por amenazadores nubarrones grises, daba cierta luz a la habitación.

Agucé el oído, intentando oír la televisión encendida en el piso de abajo. Pero no capté nada. Me mordí los labios. Un mal presentimiento ahogó mi pecho, y el amargo sabor de la pesadilla alojado en mis entrañas no colaboró precisamente a desterrarlo.

Caminé descalza hasta el balaustré del pasillo, asomándome al salón.

—¿Jack? —Inquirí.

No hubo respuesta.

—¡Jack! —Grité, esta vez más apremiante, asustada.

Las palabras de Christian acudieron a mi mente y el corazón me comenzó a latir a mil por hora. Apreté con fuerza la barra metálica sobre la que me apoyaba.

—¡Jack! —Chillé, con ansiedad. Deseando desde lo más profundo de mi interior que alguien contestara a aquel grito de auxilio. Pero nadie contestó. Solo el más terrible de los silencios. Un silencio que se me antojó estremecedor.

Me hice daño apretando el metal, y decidí que no podía quedarme quieta. Aunque sabía que era absurdo, que aquello no era como haberse dejado un libro olvidado en algún cuarto, busqué en cada rincón de la casa. Sabía que, más que para encontrar a Jack, era para mantenerme a mí misma haciendo algo, impidiendo que pensara en la posibilidad de no volverlo a ver.

Un rato después, me encontraba en el lugar de partida, preguntándome dónde estaría Jack y si volvería...

Deseé llorar, pero las lágrimas se habían congelado en mi interior. Tal vez el chico podría haber ido a dar un paseo... Intenté convencerme a mí misma, pero, dos horas después, Jack seguía sin aparecer, y yo estaba cada vez más convencida de que no regresaría.

Me estaba dando una ducha cuando caí en la cuenta de que nunca averiguaría qué le había ocurrido y, lo que era más importante, de que podía no volver a verle jamás. Sollocé.

Me cubrí con una toalla y dejé que mi pelo húmedo resbalara sobre mis hombros. Un dolor horrible se había alojado en mi pecho y era creciente, ascendía y ascendía y no era capaz de controlarlo.

Corrí a mi cuarto, dejando pisadas húmedas en el suelo y sintiendo el frío del invierno en mi piel mojada. Busqué en el cajón y encontré la cuchilla. Volví al baño y me dejé caer al suelo.

Ya no lo hacía. Lo había dejado de hacer. Había pasado por momentos difíciles sin aquello pero... Pero la desaparición de Jack era demasiado para mí. Ni siquiera era capaz de llorar, me había bloqueado. Lo que sentía era tan intenso que no encontraba palabras para exteriorizarlo. Y sentía que si no canalizaba ese dolor de alguna forma, explotaría.

La mano me tembló sobre la pálida piel y solté un gemido cuando el acero hizo un corte limpio y recto entre otras dos cicatrices.

—¡Mel! —Se trataba de una voz preocupada, una voz tierna y asustada.

Me había dejado la puerta del baño abierta.

Alcé la cabeza, y vi al muchacho alto y fuerte de quien provenía la voz. Sus ojos verdes me miraban con infinito cariño y su boca entreabierta denotaba consternación.

—¡Jack! —Grité, sintiendo que algo dentro de mí se desgarraba. Una lágrima asomó a mis ojos, después otra y luego no lo pude controlar: rompí a llorar.

Jack se acercó corriendo y me arrebató la cuchilla de entre los dedos. La arrojó a un lado y me examinó el brazo.

—¿Qué ocurre? —Me acarició la mejilla, intentando deshacerse de las lágrimas que la surcaban.

—Tú... Tú...—Murmuré, incapaz de hilar más de dos palabras seguidas.

—¿Yo qué? ¿Ha pasado algo mientras no estaba? ¿Ha venido Daniel? —Se puso alerta, tenso, y se irguió.

—No. No. —Negué, intentando controlarme. Alcé una mano y le acaricé el pelo. Me parece

que era la primera vez que lo hacía. No había podido contenerme. Me daba miedo que volviera a desaparecer en cualquier momento. —Pensaba que te habías ido.

Jack sacudió la cabeza, después abrió mucho los ojos, comprendiendo.

—Mel. —Susurró. Me agarró de la nuca y me estrechó contra su pecho, rodeando mis hombros con sus brazos, sin importarle que estuviera empapada. —He ido a dar una vuelta... Algo me decía que debía salir y... bueno, eso no importa ahora. —Me separó de él y me sostuvo el rostro entre las manos. —Puede que algún día desaparezca. —Afirmó. Si intentaba consolarme, no lo estaba consiguiendo. —Pero no será para siempre. ¿Confías en mí?

Asentí.

—Entonces, debes saber que haré todo lo que sea para encontrarte de nuevo. No sé a dónde iré, pero sé que si desaparezco de aquí, apareceré en otro lugar. Lo sé. Y entonces te encontraré.

—¿Y si esta no es la primera vez que te pasa esto? ¿Si te olvidas de todo otra vez... y de mí? —Sollocé.

—Nunca podría olvidar a una chica como tú. —Contestó, sin más. —Me has dicho que confías en mí, ¿no? Entonces, que te entre en la cabeza que nunca me voy a separar de ti. Si alguna vez me voy, encontraré la forma de regresar. Confía en mí. Sé que lo haré.

—No puedes estar seguro de...

—Mel. —Me sostuvo con algo más de fuerza. —Nos volveremos a ver.

Dejé de llorar. Por alguna razón, aunque ninguno de sus argumentos podía parecer razonable a los ojos de la lógica, para mí fueron más que suficientes. “Nos volveríamos a ver”. No tenía de qué preocuparme.

—Ahora escúchame. —Me soltó. Ambos estábamos sentados en el suelo, que empezaba a mojarse con el agua que escurría de mi piel. —Tienes que estar preparada, no puedes desmoronarte si tuviera que irme. Recuerda que será por un tiempo, después te encontraré. No puedes hacerlo. —Me agarró del brazo y miró mi herida. —No puedes. —Repitió.

Sus dedos rozaron mi clavícula desnuda, y fueron a parar a escasos centímetros de mi pecho.

—Confía en mí. —Exigió.

—Confío en ti. —Declaré. Entonces, los ojos se me volvieron a llenar de lágrimas. —Pero yo... —Intenté encontrar las palabras para desatar una verdad que llevaba tiempo callando, incluso ocultándomela a mí misma. —Necesito que te quedes porque...

No me dejó acabar la frase. Sus grandes ojos verdes me miraron con intensidad.

—Ya lo sé. Ya sé por qué me necesitas. Yo también necesito quedarme. —Dijo, claro; conciso.

Ya está. Ya lo habíamos dicho. Pero ambos sabíamos que no había nada que hacer. Que debíamos averiguar qué le ocurría a Jack. Eso era lo más importante. Si no lo averiguábamos podría desaparecer en cualquier momento y el resto, daría igual.

Durante unos instantes, nos quedamos mirándonos, firmando una promesa muda.

Capítulo 24



Yo misma me limpié la herida, me puse algo de ropa y me sequé el pelo mientras, al mismo tiempo que trataba de hacer desaparecer la humedad, intentaba deshacerme de la angustia de mi interior.

Jack sabía lo que sentía, yo sabía lo que sentía él. Y lo que era más importante, sabía lo que sentía yo misma. Algo de lo que me había costado un tiempo percatarme.

Al salir del baño, me encontré con Jack en la habitación. Miró disimuladamente mi brazo izquierdo, pero estaba cubierto por la manga de la camiseta. Y después se centró en mí.

—Tengo algo que contarte.

Asentí y me senté frente a él, que estaba apoyado en el cabecero de la cama. Tenía un libro entre las manos, lo cerró y lo dejó en su regazo. Al parecer, se había aficionado a la lectura.

—Sabes que siento una especie de desgarró cuando estás lejos, como si estuviera unido a ti. —Esperó a que asintiera, y prosiguió. —El caso es que hoy, al despertar, sentí algo parecido, algo que me llamaba desde otro lugar. Pero nada comparado con lo que siento contigo, era más leve, más... “subliminal”.

Abrí los ojos y me mordí los labios.

—¿A dónde fuiste?

—Ese es el problema. Cuanto más me alejaba de ti peor me sentía y aquello que me atraía iba perdiendo intensidad. Así que no llegué a ningún sitio. Tuve que volver.

—¡Esto puede ser importante! —Exclamé, dando un bote sobre el colchón. —Tal vez nos dé una pista de lo que te pasó.

—Tal vez. O a lo mejor solo son cosas mías.

—¿Sigues sintiendo que algo tira de ti?

—Sí, pero de forma muy leve.

—No importa. —Zanjé. —Sea lo que sea lo seguiremos. Si voy contigo, tu vínculo conmigo no tiene por qué nublar al otro. —Busqué mi móvil en el escritorio y marqué el número de Christian con rapidez.

Recibí su respuesta al segundo tono, y me contestó animado. Seguir los vínculos de un amigo esotérico no era una de las actividades que entraran en la lista de las diez más cotidianas; pero, aun así, era agradable tener a alguien con quien hacer esas cosas.

Quedamos después de comer. Él se pasaría por casa, pues no sabíamos hasta dónde nos llevaría Jack. Así que, a las tres de la tarde, Christian ya estaba en mi salón, esperando a que terminara de prepararme.

En cuanto estuvimos listos, salimos y nos quedamos parados frente a la puerta. Christian me miró a mí, y yo miré a Jack. Este se irguió y echó a andar calle abajo.

—¿Queda mucho? —Protestó Christian, medio arrastrando los pies después de media hora

de caminata.

—¿Sientes algo diferente? ¿Te da la sensación de que estemos cerca?

Jack chasqueó la lengua.

—No tengo ni idea. Solo me dejo guiar.

Arqueé las cejas. El otro muchacho me miraba expectante, pero yo me guardé ese dato para mí. Si le decía que podíamos estar dando vueltas en vano, no se lo tomaría muy bien.

—Bueno... ¿y recuerda tu amigo algo más acerca de él mismo?

Jack negó con la cabeza. “Solo lo que tú ya sabes”, me dijo, y yo se lo traduje. Tras la súplica implícita de un aburrido Christian y el asentimiento de Jack, le conté lo que él me había relatado antes.

—Oh. —Murmuró, cuando terminé.

Pasábamos por una de las calles del centro de la ciudad. El tráfico vibraba frente a nosotros, en una carretera que deberíamos cruzar de un momento a otro si continuábamos en línea recta. Las nubes ocultaban el sol a ratos y, cuando este salía, arrancaba reflejos claros a los ojos verdes de Jack.

Mientras andábamos, ante las preguntas curiosas de Christian, le expliqué que Jack tenía ciertos recuerdos acerca de sí mismo, que sabía que le gustaban los batidos de fresa y que era muy popular entre las chicas.

—Y encima, según tú, es guapo. —Dijo, sacudiendo la cabeza. —Es justo la clase de chicos que me encantan.

—No sabía que te gustaran los chicos. —Bromeé, llevándome una mano al pecho.

—Ya sabes lo que quiero decir. Parece el típico guaperas que tiene a todas las tías que quiere y que, además, las trata mal.

—Bueno... —Bajé la voz. ¿Christian era consciente de que Jack estaba delante y oía cada una de sus palabras o simplemente era descaradamente desconsiderado? —Eso no lo sabemos. Es lo que cree él, y ni siquiera tiene una idea sólida al respecto.

—Si tiene esa sensación, será por algo.

Miré a Jack. Nos había adelantado y nos guiaba, caminando un paso por delante de nosotros. Los músculos de la espalda se le marcaban cuando esta se movía con gracia, al compás de sus elegantes pasos. Un nubarrón empañó la bóveda celeste sobre nuestras cabezas y el ambiente se tornó más gris.

—No lo conoces.

—¿Y tú sí? —Que a Jack no le molestara aquella actitud, no significaba que yo debiese mostrarme impasible. Aun así, Christian se me adelantó. —Tranquila, no quiero problemas. —Levantó las manos. —Seguro que es un buen chaval, solo que las cosas que parece recordar sobre él mismo son unas perlititas... ¡Menuda joya! —Rió con ganas y después trató de serenarse. —Eh, Mel, dile que no me pegue. —Bromeó.

Llegamos hasta un paso de cebra. Los cláxones de los coches rugían ante el tráfico de las tempranas horas de la tarde. Un Chrysler plateado hacía maniobras aparatosas reteniendo la circulación. El semáforo estaba en rojo, así que los tres nos detuvimos. Los transeúntes se quedaban mirándolo, mientras el resto de los conductores lo apabullaban haciendo resonar la bocina una y otra vez.

Si pretenden que se dé prisa, eso no es lo mejor que pueden hacer. —Pensé.

El coche estaba trabado de lado a lado, y me pregunté cómo habría acabado así. Interrumpía todo el tráfico. Christian y yo mirábamos, curiosos, la forma en la que maniobraba, torpemente,

para recolocarse en su carril. Entonces, dio marcha atrás de forma descontrolada, abrumado por la apremiante y creciente expectación.

El semáforo se puso verde para nosotros, y Jack echó a andar. Abrí la boca para comentar la torpeza de aquel conductor desorientado mientras el bramido de un motor empezó a resonar con fuerza. Habíamos dado dos pasos para cruzar la carretera cuando, antes de que mi pierna derecha volviera a tocar el suelo, Christian me puso una mano en el pecho obligándome a retroceder.

Me hizo daño por su brusquedad. Pero no tuve tiempo de reparar en el dolor. Se escuchó una colisión y un fuerte derrape, y agradecí que Christian me hubiera apartado.

Con el corazón desbocado, alcé la cabeza para descubrir al desafortunado conductor contra el que se había estampado aquel Chrysler, pero no encontré tal cosa. Con creciente horror, descubrí que allí no había otro vehículo que el accidentado. Después de chocar y frenar bruscamente derrapó, perdiendo el control. Pero... en medio de la carretera no había vehículo alguno.

—Qué loco. —Murmuró una señora a mi lado.

Entonces retrocedí la vista y descubrí un cuerpo tendido en el suelo. Miré en todas direcciones, preguntándome por qué diablos nadie corría a socorrerle. Aquel era el momento justo en el que en las películas alguien gritaba: “¡Apártense, soy médico!” Sin embargo, nadie parecía dispuesto a declarar tal cosa, ¿tal vez no hubiera ningún médico? ¿Tal vez no les importara la vida de un transeúnte más?

Di dos pasos hacia delante, instintivamente, para contemplar el cuerpo que había dejado un rastro de sangre en el suelo al ser arrollado, y sentí que el corazón se me detenía en el pecho.

Era Jack. Nadie podría ayudarlo si no lo veían.

Agarré con fuerza el brazo de Christian, paralizada. Algunas personas se acercaron al conductor del coche plateado; otros, reanudaron su marcha. El joven parecía querer echar a andar de nuevo, pero enseguida comprendió que algo no iba bien.

—Es Jack. —Logré articular. —Es Jack.

—Espera, ¿el coche ha chocado contra Jack? —Inquirió.

Incapaz de moverme, pedí a los cielos que el muchacho se hiciera visible al menos para otra persona. Pero, en el fondo, sabía que tal cosa no sucedería. Solo yo podía ayudarle.

Corrí como alma que lleva el diablo hasta él y me arrodillé a su lado.

Sangraba por la nariz y por la boca. Su mentón estaba bañado en sangre. Incluso la camiseta estaba empapada de sangre. Le puse dos dedos en el cuello, tratando de encontrar pulso, pero mi propio temblor no me dejaba percibir nada.

—¡Jack! —Lo llamé, agarrándole el rostro. Pero Jack no contestaba, ¿qué podía hacer yo? Noté que la gente se paraba al verme arrodillada en el suelo, interaccionando con algo inexistente.

Me llevé las manos al pecho, impotente. Y descubrí que estaban manchadas de sangre roja y brillante.

—Está lleno de sangre. —Murmuré. —Hay mucha sangre. —Le enseñé las manos a Christian, desolada.

—Yo no puedo ver nada. —Percibí cómo miraba a su alrededor, a sabiendas de que nos observaban, pero demasiado consciente de la gravedad del asunto como para que aquello le importara realmente.

Intenté encontrarle el pulso de nuevo; esta vez lo conseguí. Respiré, aliviada, pero no podía dejar de ver la cantidad de sangre derramada.

—Jack, despierta. —Susurré, angustiada.

—¡Circulen! Vamos, ¿qué están mirando? —Le oí decir a Christian.

Me giré hacia él. Más adelante, el coche continuaba haciendo maniobras para retirarse de la carretera y dejar paso a la hilera de coches que se había formado. Pronto, tendríamos que movernos.

—Respira; pero, ¿cómo nos lo vamos a llevar de aquí?

—Si pudiera verlo lo llevaría auestas pero...

—No, no creo que así puedas. —Le dije, desolada.

Volví la vista hacia el cuerpo de Jack y abrí la boca. Se había puesto en pie, y se alisaba la ropa con despreocupada parsimonia. Había manchas de sangre y barro en ella y parecía más molesto por el hecho de haberse manchado que por haber sido atropellado.

Si podía ponerse en pie, no estaba tan mal. Ante mi confusión, Christian me tendió una mano y me levanté apoyándome en él.

—¿Qué? —Inquirí, sin soltar al muchacho. Jack no respondió, siguió observando las manchas carmesí de su ropa.

—¿Qué ocurre? —Preguntó Christian, casi susurrándomelo al oído.

—Está en pie, como si nada.

—Entonces, vámonos. Antes no quería molestarte, pero la gente nos está mirando. —Pegó los labios aún más a mi oreja y yo asentí, sin dejar de mirar al muchacho.

Me dejé arrastrar hasta el borde de la acera y allí interrogué a Jack. Quienes me habían visto ya debían de haber alucinado con mi interpretación dramática hacia alguien recién atropellado e inexistente. Así que, un poco más de mi locura no les resultaría demasiado chocante.

—¿Qué diablos ha pasado?

—Créeme, estoy flipando más que tú. —Alzó las cejas y cogió aire. Tenía un feo moratón en el pómulo, pero me parecía menos hinchado que hacía solo unos instantes. — De todas formas, no creo que sea buena idea seguir hablando de esto en la calle.

—No. —Reconocí. —Volvamos a casa.

Christian asintió, como si hablara con él, y me agarré a su brazo mientras nos alejábamos. No queríamos quedarnos más tiempo entre la gente que había visto lo ocurrido.

Capítulo 25



Los tres nos sentamos alrededor de la mesa de la cocina. Busqué en el frigorífico algo que comer, y descubrí que debería hacer pronto la compra si no quería morir de inanición.

Encontré pan de molde e hice tostadas con jamón para Christian y para mí. Aquello era más típico de un desayuno, pero no había nada adecuado para una merienda.

Dejé el plato en la mesa, y me quedé mirando a Jack fijamente. Ya ni siquiera tenía rastros del accidente en la cara; estaba completamente recuperado.

—Así que, no puedes morir. —Murmuré. Después me giré hacia Christian, que ya engullía una de las tostadas con avidez. —Antes tenía moratones y magulladuras. Ahora está completamente curado, como si nunca hubieran estado ahí esos golpes.

—Bueno. Nunca me había preguntado si podría morir, pero tiene su lógica, ¿no? Él no está físicamente en este mundo, ¿por qué iba a sufrir las consecuencias de estarlo?

—Supongo que tienes razón... ¿Pero por qué puedo tocarlo si no está aquí físicamente, como dices tú?

El joven asintió. Jack se había recostado en la silla y había estirado sus largas piernas por debajo de la mesa. Tenía los brazos ante el pecho y escuchaba, paciente.

—Tal vez ese sea el problema. —Dijo Christian. —Nos hemos centrado en Jack, pero es evidente que tú tienes una especie de conexión con él. Deberíamos averiguar qué tienes tú de especial para poder verlo.

—Es otro punto de partida. —Reconocí. —Pero aún está el tema de seguir esa llamada que siente.

—Entonces investigaremos las dos cosas. —Zanjó, haciéndose con la segunda tostada. Yo me senté y cogí otra, saboreándola.

—Qué pena que no tengas apetito, Jack. —Le dije, con la boca llena.

—¿Puede comer? —Inquirió Christian.

—¿Eso nos dice algo? —Me emocioné.

—¡Sí! Que tengo que verlo. ¿La comida desaparece cuando se la mete a la boca? Vamos. —Tendió su propia tostada medio comida a la nada, esperando que Jack la agarrara. —Cómete esto, Jack.

—Dile que no voy a participar en sus idioteces. —Dijo el joven, aburrido. —Otra vez. —Matizó. Recordando, seguramente, la ocasión en la que le había hecho girar sobre sus talones. Resopló cuando Christian siguió insistiendo. Pero, esa vez, no hizo nada.

A la mañana siguiente, me duché, me vestí y esperé a Jack en el vestíbulo, apremiándolo para que bajara las escaleras. Iríamos a hacer la compra. Y, de paso, intentaríamos seguir esa llamada que sentía.

—Mel, puede que sea una paranoia mía. Si no me concentro, no lo siento.

—No importa. Tenemos que salir de todas formas. —Le hice un gesto con la cabeza, indicándole que me siguiera.

Un sol cálido y brillante me recibió en la calle. El cielo estaba espectacularmente azul y el viento había dejado de soplar, haciendo que el ambiente tuviera cierto aire primaveral.

Cogí aire. Y eché a andar por el mismo lugar por el que habíamos ido el día anterior. Enseguida, Jack me alcanzó y siguió caminando con las manos en los bolsillos.

Me pregunté si era capaz de sentir el agradable calorcillo del sol en la cara. No sentía el frío en la piel, ¿sentiría el calor?

—Jack, ¿nunca pasas frío?

—Nada que no pueda soportar. Si lo noto, es de forma muy leve, apenas perceptible.

—¿Y calor?

—Lo mismo.

—Es una pena. —Susurré, casi como si hablara para mí misma. Hacía un tiempo maravilloso y era una lástima que no pudiera apreciarlo tanto como yo.

Seguimos andando un rato, charlando cuando nadie miraba, y disfrutando del paseo; o al menos yo.

Sin embargo, mi tranquilidad se vio perturbada unos minutos después, cuando deambulábamos ya por una de las calles del centro. A lo lejos, cruzando una carretera, divisé a un muchacho con un polo blanco y unos vaqueros grises. Cuando descubrí quién era, me dio un vuelco el corazón.

Cambié rápida de dirección, y deshice mis pasos internándome por otra calle. Jack se percató del gesto y me obsequió con un “buenos reflejos”.

Me sorprendía que Daniel anduviese suelto pero, claro, ¿no era obvio? Hasta que se celebrase el juicio no sería oficialmente culpable. Y aunque sabía que en plena calle, a la luz del día, no se atrevería a hacer nada, no quería arriesgarme. Quién sabe cómo reaccionaría. Yo tenía unas largas vacaciones por delante, sin compañeros molestos ni doctores entrometidos, y pretendía disfrutarlas sin pensar en gente como Daniel.

Cuando llegamos al cruce donde habían atropellado a Jack hacía solo un día, dejé que me tomara la delantera y le seguí.

Pronto, llegamos al mismo corazón de la ciudad. Jack se detuvo en una calle. A nuestras espaldas decenas de tiendas, algunas de cosméticos y otras de ropa, se abrían al público. Cuatro carriles de carretera se interponían entre nosotros y la otra calle: Había un espectacular edificio blanco que sobresalía por encima del resto, con una decoración muy sobria y unos grandes portones principales. Se trataba de uno de los hospitales más famosos de la ciudad.

Un poco más allá, había un restaurante de comida rápida, un supermercado y varias tiendas más de ropa.

—Es aquí. —Me informé.

Yo volví a mirar en todas direcciones, cruzando los dedos en secreto para que no estuviéramos cerca de ningún cementerio. Porque, de ser así, deberíamos replantearnos la posibilidad de que estuviera muerto.

Había bloques de viviendas en la calle paralela a la nuestra. La calle contigua a la del Mc Donald's llevaba a la carretera general. Allí había un parking para el hospital y poco más.

Hice un gesto apenas perceptible con la cabeza para que el joven me siguiera. Tal vez, Jack vivía en los bloques de casas que había detrás. Saqué el móvil y me dediqué a recorrer las calles, apuntando el nombre de estas. Por el momento, no podía averiguar gran cosa. Pero estaba segura

de que encontraría el modo de saber si en aquellos pisos había vivido algún Jack.

—¿Te importa si nos encontramos aquí en una hora? —Me preguntó. Yo alcé la vista del móvil, interrogante. —He tenido una idea. Ahora mismo no siento nada nuevo. Pero si entrase en una de esas casas y resultara ser la mía... Bueno, algo cambiaría. Además, puedo entrar donde me plazca, y seguro que si allí tengo... ya sabes... familia, habrá fotos mías.

—Es una gran idea. —Susurré.

—Entonces, aquí en una hora. Supongo que si me doy prisa, me dará tiempo.

Asentí, dándole a entender que aceptaba. Y eché a andar de vuelta a la calle principal. Mientras estaba fuera, aprovecharía para hacer la compra. Después volveríamos en autobús; así no tendría que cargar con todo.

Hice la compra y me entretuve un rato mirando las tiendas. Cuando me di cuenta de que estaba sola, mirando escaparates y entrando de vez en cuando en algún local interesada en algo en concreto, me sorprendí a mí misma. Yo nunca iba de compras sola. De hecho, siempre iba con mi tía y era porque realmente tenía necesidad de alguna cosa concreta.

Tenía el recuerdo de haber salido de compras con mis amigas, una vez, muy joven y con apenas unos míseros billetes en la cartera. Lo recordaba muy vagamente, había sido hacía mucho, antes de mudarme; antes de que mi madre muriera.

Cuando pasó la hora, volví al lugar de encuentro y estuve allí esperando a Jack diez minutos más. Cuando lo vi aparecer entre las calles le sonreí, pero él sacudió la cabeza; al parecer, no había encontrado nada interesante.

Fuimos hasta la parada de autobús más cercana y cuando este apareció, me senté en uno de los asientos traseros, para poder hablar con Jack sin que nadie nos escuchara.

—¿Cómo te ha ido? —Susurré.

—Bueno, es interesante poder entrar en la casa de quién quieras cuando quieras. —Hizo una mueca. —Aunque he visto cosas inquietantes...

—¿Qué cosas?

—No quieras saberlo.

—¿Qué cosas? —Protesté. ¿Realmente no quería contármelo o estaba picándome para provocarme más curiosidad?

—El contenido de esa información es para mayores de dieciocho. —Ladeó la cabeza. —No veas lo enérgica que está la gente desde por la mañana.

—Vale, vale. —Alcé las manos. —No sigas. —Solté un suspiro, hundiéndome más en el asiento verde. —¿No has notado nada especial? ¿No has encontrado nada que te haya hecho recordar?

—No. —Reconoció. Parecía abatido, decepcionado. Supuse que darse una y otra vez contra la pared tratando de adivinar qué le había ocurrido y cómo había sido su vida antes de conocerme, debía de crear impotencia. —Las casas eran muy grandes, y había pocas familias, así que me ha dado tiempo a mirarlas todas. Sé que más allá no debía mirar porque sentía la atracción más levemente. —Suspiró. —Eran casas de familias acomodadas, había varios ancianos, algún matrimonio de mediana edad, familias con hijos... Y en ninguna vivienda he sentido nada diferente. Estoy seguro de que no vivía allí.

El autobús se detuvo, y una señora cargada con bolsas de la compra subió y se sentó cerca, imposibilitándome contestar a Jack. Le miré significativamente y le agarré la mano. Acaricié sus nudillos y él me respondió con una intensa mirada color esmeralda.

Inmediatamente, aparté la mano y luché por controlar el rubor que ascendía a mis mejillas.

Miré al frente y deseé que él no lo notara.

Un rato después, descansaba tirada en el sofá, con los pies en alto y leyendo uno de mis libros. Jack llevaba un rato intranquilo, paseando de un lado a otro e intentando mantenerse quieto para leer o ver la tele, pero incapaz de hacerlo.

Me giré hacia él y observé su gesto preocupado frotándose la frente con una mano y sujetándose la cadera con la otra.

—¿Te ocurre algo?

—No me encuentro bien.

—¿Cómo? Pensaba que eras inmortal. —Bromeé. Sin embargo, él no rió. Su bonita boca se había contraído en una mueca de disgusto. —¿Qué te pasa?

—Siento que algo me arrastra.

—¿Cómo que sientes que te arrastra?

—Algo tira de mí. Es apremiante. —Sacudió la cabeza. Inmerso en sus pensamientos, sus ojos sobrevolaron la habitación, que se llenaba con fantásticas sombras fruto del sol. Sus ojos se posaron en mí y su expresión cambió por completo, pareció volver del trance.

—¿Y a ti qué te pasa?

—¿A mí? —Me deslicé un poco más en el sofá al ver que se acercaba; quise encogerme sobre mí misma. —Nada. —Mentí.

—Te conozco. Desde hace poco, pero lo suficiente. —Se plantó frente a mí, imponente; y yo, por un instante, quise desaparecer.

Me hizo las piernas a un lado y se sentó. Me miró por encima de mis rodillas y arqueó una ceja.

—Me da miedo que vayas tras esa llamada y que no vuelvas.

Su mirada se tornó severa; y con una mano, firme pero cuidadosa, me hizo bajar las piernas al suelo. Se inclinó sobre mí y me sostuvo la barbilla entre los dedos, tibios y agradables al tacto.

—¿Te da miedo? —Preguntó, serio.

Yo no respondí, él sabía que sí.

—Mel, ¿qué te dije?

Cogí aire y lo miré, ladeando la cabeza. Su mirada me transmitía seguridad, determinación.

—Mel. —Insistió. —Nunca me iré para siempre. Debes saberlo.

—No tengo miedo. —Dudé. Sin embargo, aquello no le bastó, y sus ojos siguieron apremiándome. No me soltó. —No tengo miedo. —Repetí, más segura de mí misma. —No tengo miedo. —Dije, al fin, convencida, y Jack sonrió y retiró su mano.

Aun así, no dejó de mirarme, ahora con cariño. Estaba cerca, tan cerca... Unos cuantos centímetros y podría... Jack tragó saliva y se aclaró la voz, haciéndose a un lado.

—Ya estoy mejor. —Dijo, con la mirada al frente. Me incorporé y me pareció ver un rastro de rubor en su rostro moreno. No supe si me lo había imaginado; pero, de todas formas, sonreí para mis adentros.

—¿De qué te ríes?

—No me estoy riendo. —Dije, sin dejar de sonreír.

El rubor de Jack se hizo aún más intenso y mi sonrisa se ensanchó. Él se mordió los labios y yo me contuve para no reír.

—Ah, ¿sí, eh? —Se levantó de un salto y arrojó el libro al sofá tras arrebatármelo de entre las manos. —Mala elección.

Protesté, pero antes de que pudiera hacer nada me tenía cogida por la cintura y me alzó para

echarme sobre su hombro.

—Ya sabes lo que toca.

—¡No! ¡Te lo prohíbo! —Grité, siendo arrastrada hacia el piso superior.

Pataleé y traté de imponer algo de resistencia. Pero, en realidad, no quería que me soltara.
Nunca.

Capítulo 26



A todo lo bueno le llega su final. Y ahí estaba yo cinco días después, sola, sin la seguridad de hacía tan solo unas horas y sintiendo que mi mundo se desmoronaba a mi alrededor. La felicidad se había esfumado, el optimismo y las ganas de vivir habían abierto las alas y habían echado a volar. Cada vez más y más alto, sin posibilidad de atraparlas para que regresaran.

Me había sentido valiente, atractiva, segura... pero a su lado. Ahora él no estaba. Durante esos días había empezado a sentir esa maldita llamada cada vez más insistente, más molesta. La habíamos vuelto a seguir, pero no habíamos encontrado nada; Christian tampoco. Incluso había consultado a su madre, todo como un caso hipotético y sin mencionar mi nombre en ningún momento, por supuesto. Pero nada. No teníamos nada.

Las lágrimas rodaron por mis mejillas. Tenía los ojos enrojecidos. Christian me había llamado varias veces durante las últimas doce horas, pero desde que había despertado y no había visto a Jack a mi lado, sabía que algo iba mal y no había tenido fuerzas para contestar al teléfono.

No era como la última vez, como cuando había salido a dar aquel paseo. Ahora, lo sentía en mis entrañas, sentía que una parte de mí había desaparecido, que él ya no estaba.

Agarré la cuchilla con tanta fuerza que tuve que soltarla, haciéndome daño en la palma de la mano derecha.

La luz del baño reflejaba mi penosa sombra sobre los azulejos y mis mechones negros caían sobre mis ojos, impidiéndome ver con claridad mi magullado antebrazo.

No podía irse ahora. Los días que pasé con él fui feliz, aprendí muchas cosas, todo había ido mejor. De querer que los días transcurrieran con rapidez, había pasado a desear que no acabaran nunca, siempre quería más. Empezaba a comprender cómo era yo realmente, a entenderme a mí misma, empezaba a darme cuenta del verdadero valor de cuanto me rodeaba, empezaba a aceptarme.

Clavé el frío metal en mi piel y tragué saliva. Sin embargo, no pude hacer lo que me proponía. Respiré, me erguí; algo había cambiado. Dejé de llorar, me mordí los labios y volví a coger aire. Unos segundos después, con una súbita sacudida de valor, me puse en pie.

Salí del baño a grandes zancadas, secándome las lágrimas y movida por la fuerza de la determinación. Llegué hasta la cocina, me planté frente al cubo de basura y arrojé la cuchilla.

Me sentí reconfortada, mucho mejor que cuando me cortaba. Me sentí llena, orgullosa de mí misma. Sonreí. Me pareció que, en cierto modo, empezaba a curarme.

Y, poco a poco, descubrí que la felicidad, el optimismo, las ganas de vivir volaban cada vez más alto. El truco no fue hacerlas descender, sino echar a volar yo también...

En clase, un simple gesto marcó la diferencia.

Algo tan cotidiano como alzar la mano para responder, sin miedo, para mí fue un gran paso. Aquel día, cuando terminé de responder y la clase continuó, también escuché murmullos a mi

espalda, pero a mí no me importó.

En mí misma, pequeños detalles ayudaron a espantar mis miedos.

Llegada la primavera, empecé a ponerme manga corta para salir de casa después de mucho tiempo. Claro que no pude evitar las preguntas, pero me cuidé de que la única que no viera mis cicatrices fuera Beatrice; no quería darle más disgustos. A pesar de haber sido capaz de enseñarlas sin vergüenza, aquello no me bastaba, y tendría que encontrar alguna forma de que mi tía no las viera. Pero, de eso me ocuparía más adelante.

Respecto a Klen, dejé de verlo, pues ya no lo necesitaba.

Salir con Christian y los muchachos se convirtió en algo habitual. Los veía casi a diario, sobre todo a él. Incluso se acercó a visitarme sin previo aviso en varias ocasiones, ¡en vísperas de exámenes! Claro que, todas aquellas veces, acabé echándolo después de un tiempo.

A ojos de Beatrice y Roxane seguimos siendo pareja y, al parecer, resultábamos bastante creíbles.

El juicio contra Daniel se celebró y ambos conseguimos una orden de alejamiento para él. No fue a la cárcel porque lo declararon enajenado mentalmente y, en lugar de eso, lo ingresaron en un centro para jóvenes con problemas mentales, donde recibía diariamente las visitas de Klen.

El curso acabó, y yo conseguí sacarlo adelante. Mis notas no eran demasiado brillantes pero no podía quejarme.

Me había ido deshaciendo de mis fantasmas; de mis miedos e inseguridades, de la cuchilla, de la cobardía ante la gente que me hería, de mis complejos y de mis tormentos.

Y, por el contrario, gané en valentía, seguridad, determinación, felicidad...

Mi historia se acercaba a su final feliz. Pero, todavía quedaba algo pendiente. Algo que tenía que ver con un misterio sin desvelar y un par de ojos verdes...

Capítulo 27



Un soleado día de verano, quedé con Christian para tomar algo en una cafetería del centro. Nunca había estado allí antes, pero, al parecer, hacían unos batidos estupendos.

Estaba cerca, así que no tardé mucho más de media hora en llegar. Podría haber cogido un autobús, pero hacía tan buen día, que me apetecía caminar. Las puntas del pelo me rozaban los hombros desnudos y la brisa me acariciaba suavemente.

Sin darme cuenta, llegué al lugar acordado. Miré el reloj en mi muñeca; había llegado antes de lo previsto. Por si acaso, había salido de casa con tiempo de sobra, y ahora debería esperar un rato a Christian. Entre que yo había llegado pronto y él seguramente llegaría tarde, estaría un buen rato sola.

Entonces, alcé la vista del reloj y me topé con unos ojos azules que me miraban bajo el sol abrasador. Era una chica de mediana estatura, sin demasiadas curvas, pero bien definidas. Llevaba una camiseta de tirantes negra que resaltaba sobre una piel de marfil que empezaba a coger algo de color gracias al sol.

Llevaba el pelo azabache a ras de los hombros y las finas líneas de un tatuaje asomaban en su brazo izquierdo.

Sonreí a mi imagen proyectada en el escaparate, satisfecha con mi aspecto, y aparté la vista hacia los rótulos del local. Estos rezaban, con letras ondulantes y rosas *Strawberry Cake*. Por fin, me decidí a entrar y crucé la pequeña puerta, que hizo sonar una campana con un leve tintineo.

Dentro, el ambiente estaba calmado. No era un sitio demasiado grande, las paredes eran azules, blancas y rosas y las mesas hacían juego con estas. A la derecha se abría la barra azul. Allí había varios taburetes, pero nadie ocupándolos. Todos estaban sentados en las mesas.

Aún quedaban varias libres, solo había tres ocupadas, así que me dije que no me preocuparía de reservar un sitio todavía. En lugar de eso, me acerqué a la barra, dispuesta a leer la carta para ir haciéndome una idea de lo que pediría. La verdad es que tenía sed, y bastantes ganas de probar esos fabulosos batidos.

Reinaba la calma, y el mostrador estaba desatendido. Únicamente se escuchaba algo de movimiento al otro lado de la puerta que, seguramente, daría a las cocinas.

Una música suave, solo de fondo, se distinguía en un ambiente natural y relajado. Me incliné sobre el mostrador reluciente y agarré una de las cartas. Antes de llegar a los batidos me detuve más de la cuenta en la sección de dulces. Lo cierto era que tenían cosas que abrirían el apetito de cualquiera.

La puerta de la cocina se abrió y se balanceó durante un rato. Escuché los pasos de uno de los trabajadores de la cafetería al otro lado de la barra, pero estaba tan distraída descubriendo las delicias que servían que no me molesté en mirar.

—Enseguida te atiendo. —Me dijo.

—No tengo prisa. —Respondí, automáticamente. Sin embargo, aquella voz... aquella voz tenía algo que...

Alcé la cabeza y abrí la boca, perpleja.

Un muchacho vestido con una camisa blanca de uniforme y unos vaqueros ajustados reponía, torpemente, el ketchup de un bote. Se le resbaló un poco fuera y maldijo por lo bajo, limpiándose las manos.

Con esa camiseta blanca casi no lo había reconocido. Estaba tan acostumbrada a verlo de negro... Sus ojos verdes me miraron y mi corazón dio un vuelco.

Jack había regresado.

—¿Qué haces aquí, Jack? —Susurré, bajando la voz para que nadie creyera que hablaba sola.

—Repongo el ketchup. —Contestó él, susurrando también. —¿Por qué susurramos?

Enarqué una ceja, ¿seis meses sin vernos y me saludaba así? Si de mí dependiera, saltaría a su cuello y lo abrazaría con tanta fuerza que lo dejaría sin respiración.

Estaba a punto de reprenderlo por su poco afectivo reencuentro cuando la puerta se abrió y una mujer de mediana edad, con el mismo uniforme y el pelo cuidadosamente recogido en un moño salió veloz de ella.

Se dirigía a Jack a toda velocidad mientras este retrocedía con las botellas de ketchup marcha atrás. Reprimí una exclamación cuando se chocaron y me pregunté que creería la mujer que había ocurrido. A sus ojos había chocado contra una pared invisible... ¡Por no hablar de lo que pensaría acerca de esas dos botellas de ketchup flotando en el aire!

No obstante, la que se quedó atónita no fue la mujer, sino yo.

—¡Te he dicho que tengas cuidado! No camines marcha atrás cerca de la cocina. —Le bufó al muchacho, dejándome con la boca abierta. —Un día tendremos un disgusto. —La mujer se hizo con lo que había ido a buscar y volvió a internarse en la cocina.

Jack dejó las botellas junto a otro montón y rió. Se acercó a mí y apoyó las palmas de las manos sobre la barra. Yo le miraba boquiabierta.

—¿Y tú cómo sabes mi nombre? ¿Nos conocemos?

Pensé con rapidez.

—No. —Una sonrisa asomó a mis labios. Jack, había vuelto... ¿de verdad? ¿físicamente?

—¿Seguro? Me di un buen golpe y es posible que olvide cosas. Créeme, no me habría olvidado de una cara como la tuya a propósito.

Reí, halagada.

—Tranquilo, no nos conocemos. Escuché decir tu nombre a la cocinera. —Improvisé. —No es la primera vez que te regaña. —Añadí.

—Supongo que tienes razón. —Se frotó la nuca. Sus brazos seguían estando musculados. Pero, a pesar del verano, su tono de piel era un par de tonos más pálido y habría jurado que su rostro estaba más afilado; más delgado. Conservaba esa mandíbula marcada y esa perfecta boca, que esbozaba una sonrisa de infarto. Y su mirada seguía siendo igual de verde. —Soy nuevo y aún no me he adaptado bien. —Apoyó los antebrazos frente a mí y me miró a solo medio metro de distancia. —Así que, no nos conocemos.

—No. —Le dije, procurando no sonreír de felicidad.

—¿Y quieres que nos conozcamos?

Se sujetó el rostro entre las manos, clavando los codos en el mostrador y ladeando la cabeza. Me mordí los labios, incapaz de aguantar una risa que surgía desde lo más profundo de mi

corazón. Una risa clara, libre, henchida de felicidad.

Epílogo



Un año atrás, los últimos vestigios del verano desaparecían con el paso de los días y la naturaleza empezaba a vestirse de colores pardos. En una calle paralela a la Gran Avenida, los coches que no encontraban aparcamiento en las atestadas calles principales se amontonaban en hileras, bordeando las aceras que daban a las tiendecitas autónomas de la ciudad.

El rumor proveniente de la avenida era amortiguado por el silbido del viento, que levantaba del suelo las primeras hojas caídas. Un muchacho miraba distraído por el ventanal de una cafetería, ajeno a la cháchara de la rubia con la que compartía su batido de fresas.

Llevaba días sin prestarle atención, tal vez semanas. Ya no sentía ese cosquilleo en el estómago cuando la besaba, no disfrutaba cogiéndole de la mano y se había olvidado de por qué le gustaba. Pensaba poner fin a esa situación, pronto.

Aunque, de momento, el chico de ojos verdes seguía ausente, con la mirada clavada en la calle de enfrente. Allí, en un pequeño comercio con un amplio ventanal, una joven de pelo azabache jugueteaba nerviosa con su pulsera.

El dueño le sacaba prendas, y ella asentía o negaba tímidamente. A veces, se encogía de hombros. La chica había ido a descambiar una camiseta y se ponía de mil colores cuando tenía que decir que lo que le ofrecían no le gustaba. No dejaba de jugar con su pulsera, sencilla y de cuentas de diferentes tamaños azules. Se la quitaba y se la volvía a poner, la hacía girar, probaba la resistencia de su goma estirando de ella...

El muchacho vio a la joven recoger una bolsa, despedirse del dependiente y salir por la puerta. Caminó hasta el paso de cebra y cruzó la calle aún con la vergüenza pintada en la cara. Se pasó el asa de la bolsa por el antebrazo y, con las manos libres, siguió jugueteando con su pulsera.

Se acercó más, hasta la calle en la que se extendía el ventanal de la cafetería. Pero no entró, pasó de largo. Y, entonces, el joven que tomaba el batido de fresa pudo verle la cara de cerca. Se trataba de una chica preciosa, de grandes ojos azules y largas pestañas. Andaba deprisa, distraída, y se mordía los labios.

Involuntariamente, el muchacho se irguió un tanto en su asiento, para mirarla mejor. Pero el ventanal acababa, y con él la calle, que giraba a la izquierda. Pronto la perdería de vista. Ella seguía caminando, pulsera fuera, pulsera dentro...

Sin embargo, por fortuna para él y por desgracia para ella, la pulsera salió de su muñeca en un descuido y no volvió a entrar. Resbaló y el chico deseó que ella no se diera cuenta. La muchacha siguió andando, sin su pulsera, y se perdió en aquella esquina.

Poco después, en la cafetería, la pareja se despidió y el chico salió a la calle. Cerca de la esquina, encontró la pulsera azul. La sostuvo unos instantes y después la estrechó entre sus dedos, satisfecho.

Echó una ojeada a la tienda al otro lado de la calle. Era probable que allí supieran el nombre de la chica, pues esas tiendecitas solían ser muy familiares y cercanas con sus clientes. Y si no lo sabían, ya se le ocurriría algo.

Acababan de cerrar, así que no podría pasarse ese mismo día. Pero no le importaba esperar. Caminó hasta el paso de cebra. Allí, aparcado justo delante, estaba su coche; un Volkswagen polo del 95.

Se subió al asiento del conductor y dejó la pulsera en el salpicadero, sonriente. Se acomodó y agarró el cinturón, dispuesto a ponérselo.

No obstante, nunca llegó a hacerlo. Escuchó el golpe antes de sentirlo, pero fue demasiado tarde. Un coche se estrelló contra él, tratando de frenar en el último momento, en vano. El muchacho sufrió un fuerte tirón en el cuello, su espalda se despegó del asiento del conductor y los cristales de la luna se hicieron añicos cuando su cuerpo lo traspasó con una violencia espantosa.

El cuerpo del muchacho se precipitó entre los cristales, saliendo despedido varios metros hacia adelante. Cuando cayó contra el asfalto, produciendo un sonido quedo y seco, ya estaba inconsciente.

Una hora más tarde, el chico se encontraba en el hospital de la Gran Avenida. Era uno de los más grandes y famosos de la ciudad y estaba a tan solo unas calles del lugar del accidente, al lado de un Mc Donald's y enfrente de todas las tiendas de moda.

Una mujer de mediana edad lloraba al pie de la camilla del chico de ojos verdes, ahora cerrados. Abrazaba a su marido después de que el médico le dijera que su hijo, Jack, había entrado en coma.

En otro lugar de la ciudad, la joven de pelo azabache soltaba su vaso de agua, espantada ante la imagen de un apuesto muchacho que había encontrado el modo de colarse en su casa, en su habitación. Y que la miraba con sus profundos ojos verdes.



Eran las seis de la tarde cuando sonó el timbre. Aún no había quedado con Christian, pero deducía que podía ser él. Pues solo el chico se presentaba sin avisar tan a menudo. Grité que enseguida bajaba y me precipité escaleras abajo, dispuesta a abrirle la puerta.

Sin embargo, lo que encontré al otro lado me sorprendió, gratamente cabe destacar.

—¿Jack?

Jack me miraba sonriente desde la entrada de mi casa. Con su habitual camiseta negra y su preciosa sonrisa de infarto.

—¿Cómo sabías que vivo aquí?

—Tengo mis contactos. —Se encogió de hombros, con aire inocente. Yo puse cara de reproche, pero alargó su mano derecha hacia mí, sosteniendo un bonito ramo de flores.

—Te he traído margaritas.

Me hice a un lado para dejarle entrar, luchando por mantener a mi corazón en su sitio. Hacía tan solo un día nos habíamos vuelto a encontrar, y no me recordaba; no recordaba nada de nosotros. El motivo por el que, durante aquellos meses de invierno, solo yo lo podía ver y sentir seguía siendo un misterio. Un misterio que estaba dispuesta a intentar resolver.

Me quedé contemplando las flores, sonriente. Jack me había prometido que me encontraría, e incluso sin acordarse de mí, había cumplido su promesa.

—Son preciosas. —Le dije, cerrando la puerta y viéndole echar un vistazo al salón, curioso. —Pero, ¿por qué margaritas?

Jack se giró hacia mí, con las manos en los bolsillos y su mirada fija en mí.

—Porque, las margaritas son tus preferidas, ¿no?

AGRADECIMIENTOS



Gracias a todos mis lectores.

A *Alexia Jorques* por su preciosa portada.

A *Josefina* y *Eugenio* (Librería Delgado)
y a *Iñaki* (Librería Ekain).

A *Marivi Olano*.

Y a mis padres, *Charo* y *Pablo*, por apoyar mi pasión.

PAULA GALLEGO



Nació en San Sebastián, en 1995.

A los 17 años quedó finalista en el Ateneo de Novela Joven de Sevilla y publicó su primera novela, *Cristal, la guerrera esmeralda*, una historia de fantasía juvenil. Actualmente compagina sus estudios de Magisterio Infantil y Lengua y Literatura Españolas con la creación literaria.